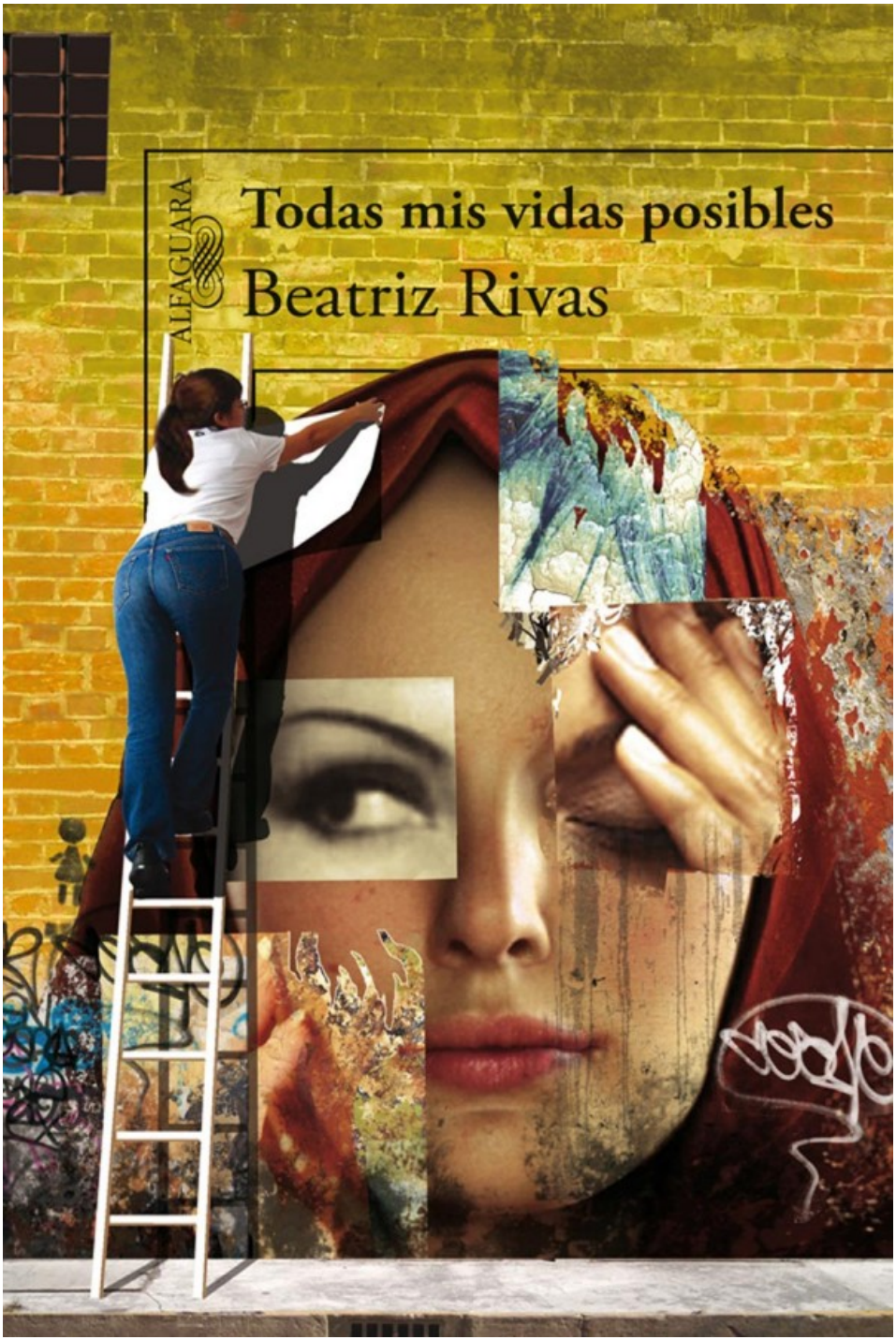
ALFAGUARA
Todas mis vidas posibles
Beatriz Rivas

ALFAGUARA

# Todas mis vidas posibles

Beatriz Rivas

# Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Cita
Beatriz Uno
Beatriz Dos: Correspondencia
Beatriz Tres: Una Comedia
Beatriz Cuatro: En una patera
Beatriz Uno
Beatriz Cinco: Asesinada
Beatriz Seis: En un salón de belleza
Beatriz Siete: De Carlos Ruiz Zafón
Beatriz Uno
Beatriz Ocho: Una mujer se traslada
Beatriz Nueve: Monólogo con su Ángel de la guarda
Beatriz Uno
Beatriz Diez: Encerradas
Beatriz Uno
Agradecimientos
Créditos
Grupo Santillana

*Para Ana Paula y Kiko,*
*nada más porque sí…*
*y por muchas otras razones.*
*También para Isabella,*
*siempre para Isabella.*

*De Langlais aprendió que entre todas las vidas posibles hay que anclarse en una para poder contemplar, serenamente, todas las otras.*

ALESSANDRO BARICCO

*Hace años que quiero cambiarme el nombre, pero nunca lo hago. Al principio, no tuve el valor, después no hallé en mí la fuerza suficiente y, al final, desesperados el uno del otro, mi nombre y yo acabamos por reconciliarnos.*

MEIR SHALEV

# Beatriz Uno

*A veces nos preguntan cómo surge el argumento de una novela y tenemos que callar o mentir porque la justificación es demasiado inverosímil.*

JUAN JOSÉ MILLÁS

Beatriz recibió esta carta una tarde muy calurosa. El bochorno subía desde el pavimento del Distrito Federal, una ciudad enorme, peligrosa y fascinante. Las ventanas de su estudio estaban abiertas para que el viento circulara libremente, así que mientras leía la carta, sentada frente a su escritorio, las dos páginas escritas en tinta azul se movían sin un ritmo preciso, en un intento de fugarse hacia algún lugar indefinido.

el 11 de febrero, 2008

Estimada Señora Beatriz Rivas,

Acabo de leer su novela *La hora sin diosas*, y quería felicitarla por habernos dado un relato tan maravilloso. Raras son las novelas que exploren las vidas de mujeres intelectuales de la historia verdadera. La manera como Usted lo ha hecho fue sumamente convincente. Leí su novela con mucho entusiasmo y deleite.

Además, su novela es de gran interés para mí porque el año pasado leí *Witwe im Wahn: das Leben der Alma Mahler-Werfel*, *Reflections on Literature and Culture* de Hannah Arendt y *The Truth about Lou*. Un amigo mío, sabiendo que me interesaba por las vidas de estas mujeres, descubrió su novela y me la mandó. Fue un golpe de fortuna para mí.

Yo estudié una maestría de la historia intelectual de la Europa. Por eso, su novela trajo a la memoria todos los libros que había leído durante muchos años de estudio en la universidad y después, cuando trabajaba como bibliotecario en las bibliotecas públicas de New York City y Fort Lauderdale.

Lamento mucho tener que decirle que soy actualmente preso en el pabellón de la muerte aquí en Florida. Me hallo aquí porque maté a mis ex-novias, Gloria y Lisa. Estoy torturado por el remordimiento; sé que he causado mucho, mucho sufrimiento a las familias de ellas. No sé cuándo me van a ejecutar, pero sí sé que mi

tiempo en esta tierra es limitado. Viviendo noche y día en el confinamiento solitario, no tengo acceso a las bibliotecas. Por consiguiente, me considero un hombre de dicha cuando logro conseguir un libro sobre la historia intelectual.

Su novela fue, para mí, una piedra preciosa.

Le agradezco mucho por haberla escrito,

Reciba un respetuoso saludo de

WILLIAM CODAY # L41976
UNION CORRECTIONAL INSTITUTION
RAIFORD, FLORIDA 32026, USA

Beatriz percibe algo en el estómago. ¿Un vacío, un crujido, un golpe seco? Vuelve a leer el texto una y otra vez. Deja la carta en su escritorio de madera oscura y revisa el sobre con dos coloridas estampillas de la bandera estadounidense. Un sello, en rojo, advierte: *Mailed from a Correctional Institution*. Si lo hubiera visto antes habría tenido, al menos, una pista. La sorpresa no sería tan ingrata.

Se recarga en el respaldo de su silla y reflexiona. En cuanto ven la luz, los libros comienzan a vivir por su cuenta. Los escritores nunca saben en manos de quiénes terminan, en qué ciudad, sobre qué mesa de noche, guardados en qué tipo de librero y junto a cuáles autores. Hay quienes acostumbran tener un libro en el baño, para esos momentos de larga espera. Qué frases subrayan, cuáles les traen recuerdos, qué les inspiran. Aquellos que los leen, los reinventan, completan su creación y le otorgan un sentido propio a las letras.

¿Cómo llegó este pedazo de Beatriz a las manos de un asesino, de un hombre que aguarda su muerte sin una cita fija en el calendario?

Beatriz piensa en la fragilidad de todo lo que pasa. En las minucias que deciden los actos, los encuentros, las fatalidades o las alegrías. En la ligereza con la que se toman muchas decisiones, en el destino de nuestros pensamientos. Cuando asesinó a esas mujeres, ¿Coday estaba consciente de que las consecuencias de cualquier acto son inevitables? ¿En qué condiciones cometió sus crímenes? ¿Alegó algún tipo de locura? Y, finalmente, ¿Beatriz qué tiene que ver con todo esto; acaso hay un karma universal intentando unir a los dos personajes?

Después deja de pensar y siente. Siente compasión por el preso

L41976. Vuelve a leer su carta y trata de imaginar una voz, un rostro, lo que significa vivir completamente aislado en una celda pequeña, uniformado, vigilado las 24 horas del día por una cámara y cada hora por un celador, esperando —deseando y temiendo— el momento en que le pregunten qué quiere ordenar para su última comida. Beatriz elegiría fideo seco, como el que hace su mamá, y milanesas con puré de papa. Pero no es probable que ella sepa cuándo tomará sus alimentos por última vez. Y si pudiera, ¿le gustaría conocer la fecha exacta de su muerte? En realidad, de cierta manera todos estamos en el pabellón que nos lleva, irremediablemente, hacia el final. Nuestra muerte puede llegar en cualquier momento, en cualquier lugar aunque vivimos como si eso no fuera cierto o, de lo contrario, enloqueceríamos. La situación de Coday es desesperada. Beatriz no se imagina lo que significa vivir en el encierro, sin salida posible, sin esperanza. ¡Peor que cualquiera de los infiernos que pudiera crear Dante!

De pronto, una sensación distinta la invade: esta vez de rechazo, desprecio a sí misma por haberse atrevido a tener un sentimiento, inexplicable, de compasión o afecto por un asesino confeso y juzgado. Ni siquiera se aventura a pensar en las víctimas: eran hijas de alguien, hermanas de alguien, amigas de alguien, dolor de alguien.

“Y me veía elegido por esta historia atroz, en sintonía con aquel hombre que había hecho aquello” afirma el escritor francés, Emmanuel Carrère, en su novela *El adversario*, sobre la historia real de un tal Jean-Claude Romand, quien mató a su mujer, a sus hijos, a sus padres y, después, intentó suicidarse sin éxito.

Beatriz, en cambio, se niega a hacer suya la historia, no quiere apropiarse del preso, rechaza tener su asesino particular en el pabellón de la muerte. No debe involucrarse: mirar al horror de cerca, tutearlo, es no poder escapar jamás, es cederle el paso al infierno. Como un olor tan penetrante que, aún después de mucho tiempo, se queda impregnado en la nariz… y más adentro. El olor de un cuerpo en descomposición, por ejemplo. Piensa en romper la carta en pedazos minúsculos y aventarla desde el piso 8, en el que se encuentra. Borrar cualquier rastro. No dejar evidencia. Pero la carta ha sido leída y la escritora sabe que hay un preso, esperando morir, que está conmovido por una novela que ella escribió hace

varios años.

Beatriz enciende su computadora con la idea de buscar detalles. ¿Realmente valdrá la pena conocer el rostro de Coday, saber sus antecedentes? Lo peor que me podría pasar, piensa, es sentir la necesidad de escribir una novela y, en el camino, terminar justificándolo: el hombre actuó así debido a la ceguera que produce una enfermedad mental de tales características. Acceder a la locura es siempre una tentación, una fuga hacia donde nadie es responsable. ¿La escritora debe enterarse, por ejemplo, de que Gloria Gómez murió de 57 heridas de martillo y 87 puñaladas? Apaga la computadora antes de entrar a un mundo de sordidez y violencia.

Se levanta de su escritorio y se sirve un whisky en las rocas. ¡Vaya que lo necesita! Camina con el vaso en su mano izquierda y la carta en la diestra, sobre la alfombra manchada. ¿Hace cuánto tiempo no manda lavarla? Va de un lado al otro de su estudio, ideando alguna solución. Los hielos hacen un ruido peculiar al chocar entre ellos y contra el cristal. No es fácil borrar lo que ya se sabe. El dios de la Biblia tuvo razón al prohibirle a Eva y Adán probar el fruto vedado: comer del árbol del conocimiento. A veces es mejor vivir en la ignorancia. Ignorar, por ejemplo, que lo que ella escribió es una piedra preciosa para un criminal. Esta carta no es para mí: Coday se equivocó de destinatario.

Entonces, una frase de Rimbaud se aferra a su memoria: “Yo es otro”. Hay un brillo en los ojos de Beatriz, como si hubiera entrado en una tregua. Yo es otra, dice en voz alta mientras sigue caminando. ¿Realmente soy la autora de mis novelas? ¿Tengo algo que ver con la Beatriz Rivas que firma mis libros?

Recuerda ese reciente encuentro consigo misma en el baño de algún restaurante. Beatriz había asistido a una cena y, cuando todos discutían inútilmente sobre política, fue a los sanitarios. Estaba vestida de negro total y calzaba unos tacones de charol que, se supone, están de moda. Sentada en el retrete volvió la cabeza hacia el lado izquierdo y miró, en el espejo, su rostro tan cercano. No puedo ser yo, se dijo al observarse. Esta mujer es una completa desconocida. Son mis ojos pero no es mi mirada. Veo una mirada fría y temible. Un poco asustada también. El cuello es distinto. La actitud, indiferente. Esa mujer da miedo. Me tiende una trampa:

pretende confundirse conmigo. Ahí sigue, retándome, imitándome. Yo no soy yo misma. ¿Cuántas veces me he desprendido de mí? ¿Cuántas Beatrices se me han muerto dentro desde que nací? ¿Cuántas otras están buscando salir de mi mente y cobrar vida?

Quien redactó *La hora sin diosas* cuando estaba embarazada de su hija, no es la misma persona que acaba de leer una carta enviada desde una prisión en la Florida. ¿Cuántas versiones de una persona pueden coexistir? ¿Cuántas vidas posibles contiene idéntico nombre? ¿Cuántas Beatrices me habitan?, se pregunta. ¿Merezco mi nombre y el destino que me ha traído?

La autora deja el vaso sobre el escritorio. Podría servirse otro trago pero prefiere encender su computadora nuevamente para buscar su nombre. *Search "Beatriz&Rivas"*. Lo escribe de prisa, como si estuviera huyendo de él y, al mismo tiempo, corriendo a su encuentro. Lee de manera nerviosa los títulos que se despliegan en la pantalla. ¡Cuántas Beatrices! Se podrían llenar páginas y más páginas con sus historias.

La que ahora nos ocupa, ¿puede vivir, sin necesidad de morirse, todas sus vidas posibles a través de las otras Beatrices que le susurran su historia al oído? ¿Y si en lugar de escritora hubiera sido doctora, abogada, investigadora, arquitecta, lideresa de algún sindicato? ¿Y si ustedes no fueran quienes son aunque conservaran su nombre? ¿Es deseable desterrar nuestro nombre?

El nombre es destino, dicen, y hay quien afirma que nombrar algo equivale a fijar la referencia de aquello que se nombra. Beatriz tiene su origen en el latín y significa bienaventurada, la que da felicidad. Santa Beatriz, aquella que enterró a sus hermanos como mártires, en las orillas del río Tíber, seguramente no fue bienaventurada. ¿Las reinas portuguesas y castellanas que llevaron ese nombre, lograron dar felicidad? ¿Contrataron a la preceptora de Isabel la Católica porque se llamaba, precisamente, Beatriz?

"La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió…" nos cuenta Jorge Luis Borges en *El Aleph*, mientras repite el nombre de Beatriz, Beatriz, Beatriz, muchas veces en unas cuantas cuartillas. "Beatriz era un mujer, una niña, de una clarividencia casi impecable, pero había en ella negligencias, distracciones, desdenes, verdaderas crueldades, que tal vez reclamaban una explicación patológica". ¿Acaso todo nombre, el del

asesino William, el mío propio, llevan en sus letras la posibilidad de cualquier patología?

El nombre no se elige, como tampoco el signo zodiacal, la carta astral, las líneas de la mano, el código genético ni la familia en que nacemos. ¿Podrá escoger en cuál Beatriz ha de reencarnar algún día?

La escritora guarda la carta en su archivero, dentro de un fólder con el título: "Historias para olvidar". Supone que cualquier autor es susceptible de ser leído por algún demonio, así que decide dejar atrás ese pasaje sórdido que ha provocado a sus propios demonios y dedicarse a escribir sobre las Beatrices que encontró. Plagiadas, reales, ficticias, inventadas y robadas: todo al mismo tiempo. Beatrices con distintas voces y destinos arrancados a las páginas de internet, a los libros y a la imaginación creadora. Antes de poner manos a la obra, redacta una carta para responder a la de William Coday. Hace su mejor esfuerzo por lograr un comunicado amable pero lejano, respetuoso, frío. Bien escrito, pues todo indica que va a ser leído por un hombre culto. Definitivamente ese señor no tiene el perfil tradicional de un asesino: el que corresponde al que la mayoría de la gente se imagina. La inteligencia distingue a muchos criminales pero, ¿la cultura?

Beatriz cuida cada una de sus palabras para que, por ningún motivo, se pueda deducir un ápice de apoyo, lástima o aprobación. Cuando termina de redactar la carta, la dobla cuidadosamente y la guarda en un sobre. Mañana, a primera hora, la enviará.

# Beatriz Dos:
# Correspondencia

*En un puerto lejano escribe su destino mientras indaga, pausadamente, el misterio de la vida. La arena húmeda y colmada del alba cobija las plantas de la mujer, quien parece mirar, por primera vez, la longitud de esa playa que le es tan conocida. Su piel se abre en cada poro y aspira el viento apenas cálido. Imagina: qué relación une el hecho cotidiano con el bienestar. Se pertenece, ahí, en ese momento, ¿por la tarde?, quién sabe. Se vuelve para ver las huellas que va dejando atrás, y piensa: serán mi presente hasta que la marea termine con su tiempo y ocupe su espacio. Luego, zigzaguea para jugar*.

ADRIANA ABDÓ

Casi han pasado dos años desde el fallecimiento de mi madre y el notario que se encargó del testamento y demás enredos *post mortem* me acaba de enviar un paquete. ¡Mamá! Me dediqué con tanto esfuerzo a ser tu enemiga y, sin embargo, te extraño. ¿Cómo no extrañar a alguien que fue la modelo para encontrar mi forma de ser? Exactamente la contraria. Ella era muy delgada y cuidaba, hasta el extremo, su figura. Yo me dejé engordar a partir de la adolescencia; comía como si alguien me obligara a subir de peso. Aún hoy en día siempre cargo entre ocho y diez kilos de más que, vale decirlo, desde que conocí a Román no me molestan. De hecho, cuando Román me acarició por primera vez, un breve roce en el brazo, me di cuenta de que ella nunca me había tocado. Probablemente de muy pequeña mamá era cariñosa conmigo, pero no recuerdo una sola muestra de afecto, un beso en la mejilla ni que me tomara de la mano para llevarme a la escuela.

Mamá hablaba a gritos desde que abría los ojos y comenzaba a darnos órdenes. Yo prefería mi mundo interno, las palabras estrictamente necesarias. No soy radio para que me prendas y apagues a tu antojo, para que trates de subir mi volumen, le decía cada vez que me acribillaba a preguntas. No eran las preguntas, era su manera de hacerlas lo que me agredía. Papá cuestionaba: ¿Cómo estuvo tu día, niña linda?, mientras ella atacaba con un ¿Se puede saber dónde anduviste metida toda la tarde? En ningún lado, era la respuesta lógica que me salía con un hilillo de voz cargado de

resentimiento. Papá era igual que yo, silencioso y ensimismado.

Mi madre siempre estaba bien vestida y se conservaba muy guapa. A pesar de que nuestra situación económica no permitía ropa de marca y, mucho menos, cirugías estéticas, se ponía todo tipo de cremas y hacía ejercicios con el rostro para evitar las arrugas. No salía si antes no se veía varias veces en el espejo de cuerpo completo que había colocado detrás de la puerta del baño. Yo corté mi cabello pequeñito, casi al ras, y decidí tatuarme una frase en sánscrito precisamente arriba de las nalgas. Después de tanto tiempo, he olvidado su significado pero recuerdo perfectamente la cara enrojecida de mi madre, sus aullidos de furia y las recriminaciones a papá. Para ella, mi padre tenía la culpa de mi supuesto comportamiento contestatario y radical. También Janis Joplin y Jim Morrison, por eso arrancó y tiró los carteles con sus fotos que había pegado en mi recámara.

Hasta donde recuerdo, mamá y yo siempre discutíamos y a mi hermano todo se le resbalaba, se conectaba a la tele y el mundo desaparecía. Papá y ella se ignoraban. Dormían en camas separadas y lo hubieran hecho en habitaciones distintas, pero nuestra casa, pequeña, no permitía esos lujos del desamor. Todavía no me explico cómo podíamos respirar en esa vieja construcción de la colonia Narvarte. El ambiente provocado por mi madre era muy pesado. Denso.

¡Sí que se ha puesto en marcha mi memoria! Un paquete de medianas dimensiones la ha desatado. Es un milagro que el mensajero me haya encontrado en casa; como representante de un laboratorio farmacéutico, siempre estoy viajando de un lado al otro del país. Los viajes… ¡otro problema eterno! Papá adoraba viajar, conocer nuevas ciudades, diversos paisajes. Mamá se negaba a estar en territorios que no le pertenecían, probablemente se sentía insegura. El único viaje obligatorio consistía en nuestra visita anual al lugar en el que había nacido y donde todavía vivían mis abuelos: Veracruz. Diez días en las navidades. En esa ciudad costera se sentía a sus anchas. Nos dejaba en la casa de su infancia, mi padre incluido, y salía durante el día entero a visitar amigas de su niñez o adolescencia, antiguas compañeras del instituto, familiares cercanos y lejanos. Papá, Kiko y yo convivíamos con los abuelos, íbamos a casa de los primos y nos las apañábamos para dar largos paseos.

Organizábamos picnics en la playa o simplemente recorríamos el centro, sin rumbo preciso. Ese inmovilismo de mamá me empujó a recorrer el país; a no pasar nunca más de cinco días en la misma ciudad. Lo he dicho antes: no quería parecerme a ella.

Aprovecho la luz de la tarde, que está a punto de esfumarse, para revisar el contenido del paquete. Son varias cartas extendidas, perforadas, unidas con broches metálicos y ordenadas por fechas como si se tratara de documentos bancarios o cualquier otra información de oficina. Mamá tenía tal manía por el orden… Otro de sus rasgos neuróticos.

Comienzo a leer:

Tlayaxcalán, Veracruz, Diciembre de 1953

Amada Beatriz mía:

Desde ayer me trasladé hasta este pequeño puerto donde revivo tus caminatas sobre la arena, mientras la noche estrella reflejos en las aguas mansas. Todo se parece a lo tuyo excepto tus humores, a ésos, sólo los trae de regreso el recuerdo.

Este es un reducto de paz a salvo, por el momento, de las implicaciones del progreso. Camino sobre las arenas medio vírgenes, donde la playa huele a tal y las noches no se dejan deslumbrar por el artificio de las luces. La única música que se escucha es la que cunde en el corazón y desciende presta debajo del ombligo. Aquí estoy, desprovisto de lujos innecesarios y desechables. Aquí mismo podría estar adentrándome en tus partes sin que la noche sospechara que te robo la comodidad de lo establecido. Soy un ladrón de ideas e instantes fugaces que, a lo mejor, merecen olvido. Mientras, como tienen vida, te los envío para que te sigan robando y, también, dando vida.

Con recuerdos condenados a la humedad, te escribo: Señora, tenemos que regresar a esta playa cálida: necesito amarte en tropicales circunstancias. Te envío un beso mojado, con sal y arena, todo mientras hago de tus ojos y el mar uno solo…

El tiempo se detiene. Así, de pronto, en el recibidor de mi casa. Sigo de pie. Fría. Abrí el sobre pensando encontrar papeles sin importancia. ¿Sin importancia? Las cartas de amor dirigidas a mi madre no tienen la firma de papá. Tengo que sentarme. La letra tampoco es suya, precisa e inconfundible. Son trazos en tinta china negra, fuertes y desordenados. Trazos enamorados.

¿Las fechas? Desde la primera carta, de 1953, mis padres ya estaban casados. Siempre creí que mamá había caminado virgen hacia el altar, como todas las jóvenes "decentes" de su generación, y enamorada de papá, por lo menos al principio. ¿De qué se trata este mensaje enviado por una muerta? No encuentro explicaciones de su parte. Nada que me dé una clave. Ni una disculpa. ¿Por qué no las había quemado? ¿Por qué deseaba que me enterara de que su vida no había sido como ella pretendía: perfecta? Las cosas son distintas a como las imaginamos, más aún cuando se trata de nuestros progenitores.

Para mamá, papá era un hombre mediocre y no se cansaba de decírselo. Tal vez era cierto; papá no se defendía… ni me defendía. Si no estaba en la oficina, huía a su taller de carpintería que había instalado en la cochera. Ahí, gritaba a su manera: con los serruchos, la sierra eléctrica. Se desquitaba a martillazos contra una pieza de pino. Yo también sé hacer ruido, era su mensaje, pero normalmente obedecía a la señora de la casa. Ahora que reflexiono, con varios años de por medio, me doy cuenta de que era el campeón de la medianía y el héroe del conformismo. Que se había resignado a todo, inclusive a seguir vivo.

Camino hacia Xalapa, Febrero de 1954

Beatriz prohibida:

Vengo de regreso. Abandoné la playa ayer.

Estoy amodorrado en una butaca de un viejo autobús. Voy junto a la ventana, mirando el panorama de la acción tempranera. Las vacas y los borregos cruzan los caminos e interrumpen el paso. La gente hace lo suyo y va a los mercados; las mujeres, siempre con esa cadencia que dan el calor y la buena dormida. Las iglesias brillan bajo el sol y parecen caramelos que prometen dulce. Todo imita el dibujo de armonía de un invierno exuberante. De pronto, repiquetea en mi mente tu recuerdo. Un sonido que añoro irrumpe: eres Tú. El tono inconfundible de tu voz asumiendo misterio. Cruzamos diez vocablos y algo se endurece. ¿Por qué? Porque arrancas las imágenes de campos verdes y la suplanta tu boca besando mi miembro erguido y suplicante de lujuria. Te agradezco la sorpresa de esta visita imaginaria, eso, va sin decir. Lo demás me lo debes… y conste en términos de vida que te lo cobro.

Debo sentarme, me repito en voz baja. Respiro profundo varias

veces, recordando las clases de yoga de la televisión, y decido leer todas las misivas con calma y, en la medida de lo posible, sin prejuicios. ¿Cómo imaginar a mamá en escenas de ese calibre? En el fondo, una parte de mí se alegra. Siempre fue tan fría, tan previsible. Todo lo tenía calculado. Nunca adiviné su parte sensual ni que fuera capaz de entregarse, de amar a alguien. ¡Qué terrible ignorar lo que significa descansar en distintos brazos!, pensaba. Perderse las diversas —y únicas— formas de ser amada. Aburrición y desencanto. La vida cotidiana nos obliga a ignorar las tentaciones porque la razón gana. El deber se impone. Y cuando cedemos, la culpa nos persigue a menos que encontremos un terapeuta suficientemente inmoral para que aplauda nuestros atrevimientos o a una amiga, y confesora, que siempre soñó con pecar pero el peso de la religión no le dio permiso.

En mis recuerdos, papá siempre tuvo el mismo trabajo: jefe de departamento en la Compañía de Luz y Fuerza. De pronto me llega una conversación que escuché de paso. Mi padre estaba muy contento; le habían ofrecido una importante gerencia en el norte del país. Mamá se opuso. O la ciudad de México o Veracruz, ella no podía estar en ningún otro lado. Si insistes, vete solo, anda, abandona a tu mujer y a tus hijos, lo amenazaba desde esa visión distorsionada que, yo suponía en ese entonces, tenía de las relaciones de pareja. Los hombres siempre acaban por hacer lo mismo, reclamaba. Papá rechazó el puesto. Desde ese día y hasta su jubilación, siguió en el mismo cubículo, con idénticos adornos y las obligaciones de siempre. Seguramente sus compañeros, que después andaban por otros rumbos, con otro sueldo, se burlaban: ¡Ya le tendrían que ir escriturando su escritorio, su archivero, su perchero y hasta el bote de basura… se los ha ganado a pulso!

Veracruz, Marzo de 1956

Querida Bea, lejana señora:

Cuánto quisiera, en este momento, alcanzarte en la distancia y besar el contorno de tu cuello, todo mientras mi diestra se introduce entre tus ropas buscando tus pieles que añoro. Ahora, suavemente me percato del volumen de tu pubis y hago a un lado los bordes de tus bragas. Quiero tocar tus labios, los mismos que he besado y mordido en calendarios recientes. Siento la humedad que producen tus jugos íntimos, me excito en la anticipación de la sensación

compartida. ¡Cuántas lunas vio la noche mientras te besaba sin descanso, sin pausa ni amnistía, sólo buscando la complicidad de los dioses del placer, los que tú has convocado! No me alcanzan los ojos para verte descender, de nuevo, hasta donde te aguarda mi pene siempre hambriento para que lo cobijes entre tus labios y me regales sentires con tu lengua. Eso, y más, has provocado.

Anoche hube de soñarte, llevabas la falda de mis obsesiones y estabas calzada con los tacones que celebré recientemente. Te volví hacia la pared y recorrí tus piernas cubriéndolas de besos que rebasaron la ternura para dejar paso a la lujuria. Me desperté inquieto.

¡Ay! hablas de amores y enamoramientos como si se tratara de una esfinge solitaria. Y yo, ¿qué? Sábete correspondida, en todo. Lo que puedo agregar lo hago silencioso para no inquietarte. Conozco tus reservas y además las comparto. Se trata de vivir, no de matar. Si por razones de providencia fuese necesario prolongar mis ausencias, que así sea. Ambos sabemos de la fragilidad del amor; de su extrema delicadeza. Por algo se trata del bien más codiciado de la existencia. No hay plata que lo compre. Cuando llega, llega. Así de simple. Por ello, con mi proverbial capacidad para aceptar los designios del Destino, te digo: no sucede nada sin la voluntad del hado universal. Aceptemos entonces lo que se nos ha dado, sabiendo de antemano que la calidad prístina de nuestros encuentros amorosos ha de suceder mientras las estrellas estén de ganas para darnos ese regalo.

A la mitad de la lectura, todavía sonrojada y tensa, me acomodo bien entre los cojines de la sala y le doy un largo trago al tequila que me serví en su honor. En honor de los dos y de los breves momentos que compartieron. Cierro los ojos y trato de imaginarlo. ¿Se parecería a papá? Bien dicen que buscamos parejas similares. Que terminamos enamorándonos del mismo modelo, con todas las virtudes pero también con todos los errores que odiábamos. ¿Le gustaría viajar como a papá, como a mí? Tal vez en eso nos parecemos: estar en movimiento es mi condición vital.

Quisiera ver su rostro, su cuerpo. Adivinar su profesión. Su nombre. Esta firma es un garabato que no me dice nada. Imposible reconocer las iniciales. ¿Es una eme o una ele? No. Necesito a alguien que me diga, a partir de su letra, qué tipo de personalidad

tenía. Carácter fuerte. Decidido. Romántico. Lujurioso. Aventurero. Soñador. Arriesgado. Siempre en búsqueda. Inestable. Enamoradizo. ¿Guapo? Deberé buscar una fotografía. Ojalá pudiera saber quién deseaba tanto a mamá. ¡Y yo que la veía como una mujer indeseable! ¿Quién le regaló tiempo de vida? Tal vez el puro recuerdo de esa relación le bastó para sobrevivir hasta los ochenta años con una salud maravillosa. Sentirse querida alimenta, sentirse deseada nos inmortaliza.

El rostro del amante de mamá tiene que estar en algún lugar. Recuerdo los álbumes que heredé y ahí busco entre algunas fotos que no tuvieron la suerte de encontrar refugio en un marco. Mi madre era enfermizamente ordenada y no le gustaba dejar las fotos en cajas. Recorro las páginas, reviso minuciosamente, observo lo que no acostumbramos ver: los rostros en segundo o tercer plano, las tomas borrosas, las miradas de aquellos amigos de la familia que nunca conocimos. ¿Podrá ser alguno de los elegantes jóvenes que rodean a mi madre el día de sus quince años?

Santiago Tuxtla, Septiembre de 1956

Amada mía, mi querido tabú:

No pensarías que nuestros intercambios de vida han pasado desapercibidos. Ahora mismo veo nuestra foto y me solazo observando tus ojos destilando ternura. Si los sigo bajando encuentro el rumbo a tus pezones, tan recorridos por mi persona, tan deseados en mi presente ausencia. No resisto en imaginar el placer que me da el deslizar tu vestido sobre los muslos, hasta toparme con la tela que separa la oquedad de tu sexo; ése es el reducto de mis sentidos y el puerto feliz donde se refugia mi miembro.

Me pongo de rodillas frente a ti. No para rezar: te alzo la falda para ver tu ombligo. Dejo caer los labios y la lengua en el espacio que reservo a mis deleites.

Mi vida se torna oscura; he recorrido el país vendiendo medicinas, me he inventado muchas vidas, he tenido algunas experiencias eróticas agradables a pesar de los kilos que me sobran… pero nunca he recibido cartas como éstas. Necesito otro tequila en mi honor y con la esperanza de ser amada de esa manera, aunque sea durante cinco minutos. ¿Acaso es la razón por la que no me he casado, porque nunca he despertado ese voraz apetito

sexual?

¡Bah! En realidad el deseo no es un requisito para contraer matrimonio. Sí lo son, en cambio, la paciencia, la tolerancia y el sentirse dispuesta a sacrificar la individualidad. Mis amigas que siguen casadas poseen esas virtudes. Papá poseía esa virtud, y el matrimonio de mis padres no era precisamente una invitación abierta a seguir su camino.

Por lo visto, en algún lugar debe haber una foto o, por lo menos, existió una foto de los dos. *Nuestra* foto, afirma en su misiva. No hay nada más importante para mí, en este momento, que encontrarla. Ver el rostro del amante de mi madre se ha vuelto imperativo. Necesito, al menos, saber el color de sus ojos, la forma de sus manos. Su aliento. Si arrugaba la frente cuando se molestaba, abría mucho los ojos cuando mamá lo hacía reír o se mordía los labios ante una decisión complicada. ¿Era mayor que ella? Probablemente se conocieron durante su adolescencia y no supieron decirse un *te quiero* a tiempo. Entró a la iglesia el día de la boda de mis padres, un 22 de junio, y espió sin ser visto, escondido detrás de un santo. Se conocía demasiado bien para saber que él no era un hombre de promesas eternas ni de compromisos. Mamá también lo conocía y pudo perdonarlo. Quién sabe. Es posible que el encuentro, un caso de amor a primera vista, haya sucedido en alguna tienda, eligiendo una novela en su librería favorita, paseando en el parque más cercano a casa. Él la sedujo de una manera tan inofensiva que ella no se supo atrapada hasta que se volvió dependiente de sus besos. Tal vez por eso se convirtió en una mujer tan insoportable e insatisfecha: estaba atrapada en el desamor, encerrada con un esposo que no veía más allá de sus gafas, un hijo indiferente y una hija que la odiaba.

Me arrellano en el sillón buscando una posición más cómoda. Mi pierna izquierda se ha quedado dormida y ahora me cosquillea. La estiro, la muevo, la flexiono. Cuando pasa la sensación, sigo leyendo:

Beatriz:

Te convoco con la mirada mientras conversas con tus padres en la sala. Te espero, escucho tus pasos leves sobre los peldaños de madera. Cuando finalmente apareces, siento un deseo irrefrenable de besarte. Te recargo en el armario mientras te beso y busco,

precipitado, los botones de la blusa que me han de dar acceso a tus senos, a tus adorables senos. Con la mano que me queda libre recorro tu falda por encima de tus muslos sólo para tocar, aunque brevemente, tu pubis enmielado. Ese recuerdo lo revivo a menudo y pienso que ha de darse en tiempos cercanos, por llegar. Mientras, te beso ahora mismo.

Esta carta confirma que se amaron desde antes, cuando mamá era soltera y vivía en la costa, con los abuelos. Seguramente ellos lo conocieron y pensaron que era un pretendiente de tantos, o sólo un amigo. Lo recibían para merendar bizcochos con chocolate, tostadas de pollo. Conversaban. Mi abuelo era un gran conversador. Debajo de la mesa su amante alargaría la mano para acariciar la rodilla desnuda de mamá, nada más su rodilla tersa de adolescente. Y ella temblaría por la emoción contenida. Ambos buscaban el momento, un instante oscuro, una oportunidad para decírselo todo en el más completo silencio.

Tengo tantas cosas que hacer y tan poca energía. No sé qué sentir. ¿Es posible que, como hija, aplauda una infidelidad sin sentirme culpable? Gozo las cartas, envidio a mi madre, comienzo a enamorarme de su amante, siento coraje, quisiera abrazarla e insultarla. La odio con ese odio de antaño pero también la admiro. Todo al mismo tiempo. Pienso en mi padre, engañado, y me dan ganas de llorar con él. Espero que jamás se haya enterado.

Veracruz, Noviembre

Musa de mis afectos:

A pesar de su avanzado embarazo, que tan bien me ha descrito, he de confirmaros:

Sí, la pienso.

Sí, la extraño.

Sí, recuerdo su cuerpo.

Sí, quisiera poseerla.

Sí, deseo su boca.

Sí, la tendré conmigo cada minuto hasta el día que muera.

No la olvido aunque usted haya decidido olvidarme. Pero soy hombre de palabra y no me permitiría, jamás, alterar su mundo. Si las estrellas ya no están de ganas para regalarnos más encuentros, he de respetar el designio.

¿Eso tranquiliza sus inquietudes? No se permita tristezas o las

lágrimas amargarán a ese bebé que pronto conocerá el mundo.

P.D. Mis sábanas todavía huelen a usted, a pulpa de amor entregado sin condiciones, sin regateos.

¿Embarazo? ¿Acaso mi hermano…? No, imposible. Es la viva imagen de mi padre. Con el paso del tiempo llegaron a ser idénticos. Y yo, ¿realmente a quién me parezco? Con mi cara ovalada, mis pecas que se han convertido en manchas y los dientes incisivos más pequeños de lo normal, no soy como papá. De mi madre sólo tengo los ojos un poco almendrados, casi estilo asiático. Nunca quise parecerme a ella: elegí no ser como ella. Por eso, cuando entré a la preparatoria decidí cambiar mi nombre. Ana Beatriz, había sido bautizada. Beatriz por mamá y Ana por mi abuela paterna. Les pedí a todos mis amigos que me dijeran Ana. En casa exigí el mismo derecho. A mi papá y a Kiko les tomó un poco de tiempo acostumbrarse al cambio. Mamá lo consideró ridículo, lanzó una interminable perorata y, hasta el día de su muerte, fue la única persona que me seguía diciendo Beatriz.

¿A quién me parezco, entonces? Busco. Reviso el paquete para ver si no olvidé algo. Releo la carta tratando de adivinar en qué año fue escrita. ¿Por qué mamá me envió este mensaje y por qué ahora? ¡Carajo! ¿Qué se supone que debo hacer con esta información a cuestas? Juzgarla. Cuestionarla. Perdonarla. Felicitarla. Envidiarla. Exigirle explicaciones.

Tuve una madre que fue infiel y jamás levantó sospechas. Que le dio a un desconocido todo el amor que nos negó a nosotros. Que me hizo huir de mí misma durante años. Que me obligó a alejarme para encontrar alguna salida.

Ante la sociedad, el matrimonio de mis padres aparentaba ser aceptablemente bueno: papá estaba acostumbrado a los gritos de mamá, a sus órdenes y manipulaciones y ella, al ruido infernal de la carpintería y a una quincena mediocre. Su relación duró para siempre y no dejaron de mostrarse mucho agradecimiento hacia la recta final. ¿Qué peso habrá tenido, en la construcción de sus días, el rostro de ese otro hombre que le profesó tal grado de pasión?

Ya es tarde. Más de las tres de la mañana; tengo sueño y estoy aturdida. No quiero seguir pensando ni sospechando. No vale la pena. Me desenrosco del sillón, acomodo los cojines en su sitio, bien colocados y, enseguida, guardo las cartas en un cajón que cierro con

llave. Necesito tener mi vida bajo control para seguir adelante: todo en su lugar. Odio las sorpresas. Con los años, he acabado pareciéndome a ella en algunos rasgos inevitables. Me duele la cabeza.

Voy a mi estudio para apagar la computadora que dejé encendida. Cuando el mensajero tocó el timbre, estaba trabajando en un documento que ni siquiera tuve el tino de salvar. Espero que no se haya borrado. A pesar del cansancio, todavía me doy tiempo para revisar el correo electrónico. Desde que existe internet, nadie usa el teléfono. Debo saber si hay alguna cancelación en las citas de mañana; tengo programado un viaje a Toluca de sólo dos días. Cuando regrese, seguiré atormentándome con ese pasado que creía superado. Trataré de digerirlo.

El último correo recibido, por lo tanto el primero en mi pantalla, es del notario. El licenciado olvidó enviarle este recorte, escribe una secretaria. Se lo mando por este medio porque nuestro mensajero no trabaja mañana, explica. Abro el archivo adjunto y encuentro una esquela. Apareció en el periódico de ayer. Los deudos lamentan anunciar su fallecimiento. Ahí, en letras grandes, claras, está su nombre acompañado de una foto en blanco y negro. Se me revuelve el estómago. Aprieto la mandíbula para apagar un grito de rabia que mamá ya no puede escuchar. Cierro los ojos: no quiero ver. ¿Por qué esperó hasta ahora para revelármelo? Es una canallada. ¡Qué fácil le resultó el engaño!

Miro la pantalla de nuevo. Aumento el tamaño de la foto. Observo.

No cabe duda: soy igualita a mi padre.

# Beatriz Tres:
# Una Comedia

*Siempre debe el hombre sellar sus labios, en cuanto pueda, para aquellas verdades que tienen apariencia de mentiras, porque redundan en descrédito propio sin culpa suya.*

DANTE ALIGHIERI

Tú, Beatriz, eres la más famosa de todas, la más antigua también. Has sido citada múltiples veces. La humanidad te conoce o imagina. Te hemos dado cientos de rostros y voces. Posees un nombre noble y milenario. Se habla de ti ahora como se ha hablado siempre: con respeto, porque fuiste los ojos de un gran poeta florentino, porque, gracias a tu intervención y a tu profunda fe, Virgilio aceptó guiar a Dante por los distintos círculos del infierno y el purgatorio, hasta llegar al último estadio: el de la revelación de la felicidad. Pero, ¿escondes algún secreto?

Ayer te encontramos lavando tus frustraciones o culpas en el Leteo, el río del olvido. ¿Pretendes que olvidemos tu existencia? ¡Imposible! Si deseas que ignoremos tus pecados, comienza por confesar: la palabra libera. En la *Divina Comedia* obligaste a Dante a confesarse públicamente; le dijiste que no llorara la desaparición de Virgilio, representante de la razón pura y queridísimo amigo del poeta, sino sus propios errores. Ahora es tu turno. ¿Qué debes decirnos? ¿Que el gran amor de la literatura, entre Dante y Beatriz, nunca existió? ¿Que fue tan ficticio como el de Francesca y Paolo, eternos amantes en el segundo círculo, en su propio infierno? ¿Vienes ahora, ante nosotras, las demás Beatrices, a deshacer un mito? ¿Si hubieras podido, habrías elegido otra de tus vidas posibles?

Confiésate ante Minos, como acostumbran hacerlo las almas de los pecadores.

Recuerda las afirmaciones del filósofo francés, Paul Ricoeur, cuando decía que la confesión es palabra que se pronuncia sobre uno mismo: “Es una experiencia ciega: una experiencia que queda enterrada entre la ganga de la emoción, del terror y de la angustia.

La confesión coloca la conciencia de la culpabilidad bajo los rayos luminosos de la palabra. Por la confesión el hombre se hace palabra hasta en la experiencia de su absurdidad, de su sufrimiento y de su angustia."

Tú misma lo has dicho: "Cuando de la propia boca del pecador sale su acusación, en nuestro tribunal del cielo pierde su filo la espada de la justicia".

Beatriz, llegó la hora: confiesa.

Yo soy Beatriz, sí, mas no "la de Dante". ¡Cuán penoso saber que nunca le pertenecí! Jamás me hizo verdaderamente suya y, sin embargo, ofrecióse ante mi vista como un salvador. Nos conocimos a finales del siglo trece, cuando yo apenas era una niña y él, un muchacho de mirada profunda y dulce. Algún día aseguró que sólo me vio tres veces y afirmó nunca haber hablado conmigo. Esto diciendo, transformóse en un mentiroso y me dejó sobrecogida de dolor. A semejanza de los pecadores que Dante retrata, me he cansado de aullar de rabia, de gemir de impotencia en las tinieblas lóbregas que aquí reinan. ¡Oh, Beatrices, vosotras que tenéis sano entendimiento, os ruego cuan encarecidamente puedo, que me liberéis de este amargo trance porque están temblando mis venas y mi pulso late acelerado! ¡Cuán piadosas seríais si me socorrierais!

En mi infancia, el joven Dante ganóme con mimos, con un cariño paterno que yo no había conocido. Mi padre abandonó a mamá antes de mi nacimiento. En el momento en que su vientre comenzó a abultarse, salió de la casa sin decir nada y jamás regresó. Presta sobrevino la tristeza. Me cuentan que mi madre dejó de sonreír. Nunca la vi reír, ni con la boca ni con la mirada. Y a la manera que lo hacen las bestias cuando enfurecen, del mismo modo mi madre rechinaba los dientes de soledad. Dedicábase a coser y limpiar hasta muy tarde en las noches y hablaba sola, eso sí, pero no dirigiéndome la palabra. Tenía lengua expedita para lamentarse, mas no para alentar, en mí, un poco de cariño. El *signor* Alighieri, en cambio, jugaba conmigo, narrábame historias, traducíame la vida. De esta suerte, a su lado, bajo el techo de su noble hogar, mientras mi madre lavaba la ropa, hallábame segura y querida.

En mi juventud, Dante siguió ganándome con sus versos y sus más de mil cartas que desaparecieron, misteriosamente, cuando dejé de existir. Me escribía sonetos, canciones y bellísimos textos en

prosa. También rimas eróticas que yo rompía con rapidez para mantenerlas en secreto, inaccesibles a la curiosidad morbosa de mi madre y, después, por temor a provocar la ira de mi marido. Tienes unos senos celestiales, me susurró una mañana al oído, turbándome, mas hízome sentir una mujer importante. Ese día decidí no reservar de él mi corazón.

*¿No sabías acaso, amadísimo Dante, que esas palabras despertaban deseos ardientes?*

El día que cumplí veinte años, el *signor* Alighieri llegóse junto a mí con un ramo de flores silvestres y juró que yo, Beatrice Carfagno, sería su musa, la gran inspiradora de su obra, si tan sólo aceptaba permanecer a su lado por siempre. Lo repitió varias veces: por siempre. Tenéis la obligación de ser eterna, insistía mientras acariciaba mis mejillas y depositaba una moneda en mi mano para aliviarme el hambre. Yo lo miré de hito en hito y sonreí por dentro. A pesar de que estaba casado con Gemma di Manetto Donati por órdenes de su padre, prefería mi presencia. Se comprendía al punto que su esposa era demasiado delgada, de pocas carnes y nulo sentido del humor. Ojos agrios y tan negros que no reflejaban emoción alguna y parecían lanzar, sin reposo, ayes lastimeros. La mirada mía, contrariamente, era más divertida y tierna, induciéndolo a un fervoroso afecto. Mis oídos sabían escucharlo aunque muchas veces sus palabras venían escasas a los sucesos. Dante me explicaba, con paciencia, que el ánimo apasionado debe entregarse al deseo, puesto que no reposa hasta gozar del objeto amado.

Yo también había contraído nupcias. Mi esposo era un hombre tan ausente como mi padre. Muy trabajador pero, también, muy bruto. Simone dedicábase al comercio y salía durante meses, a Bolonia y Arezzo, para comprar o intercambiar mercancía. Era su idea conseguir algún bien que se pudiese adquirir a buen precio para, después, venderlo muy caro y, de esa manera, sin esfuerzo, hacernos ricos en poco tiempo. Al menos, eran sus sueños. Durante aquellas ausencias, dejábame al cuidado de mamá para que vigilara mi comportamiento y garantizara una moral apropiada; sin embargo, no nos daba ni un florín para el sustento. Mamá, que en esa época ya no mostraba ni aflicción ni júbilo, dejábame hacer lo que me venía en gana mientras pudiera conseguir unas monedas. De

esa manera, sin saberlo, ambos empujábanme hacia Dante más todavía: impulsada por las ganas de verlo, ayudaba al gran poeta con la limpieza de su estudio dos veces por semana. Maravillas oiré si sigo sus pasos, me decía a mí misma. Ahí, entre piso, paredes y techo de madera, discretamente observaba al maestro escribiendo con total entrega. De cuando en cuando, Dante cerraba los ojos, colocaba el dedo índice sobre su nariz pronunciada, meditaba unos minutos y continuaba, deslizando su mano larga, plasmando una caligrafía firme y segura. ¡Qué poder tienen las letras! ¡Qué cauta tenía que ser con aquel que no sólo veía las obras, sino que con su inteligencia penetraba hasta en lo interior del pensamiento!

Un día muy cálido, al abrigo de los rayos del atardecer que iluminaban sus manuscritos, le prometí estar con él por siempre. A fe mía que haré lo que pides, pronuncié quedo, a sabiendas de que esas disposiciones no admiten tregua. Un mismo anhelo nos animaba a ambos, aunque yo abrigaba un temor sutil, como si tuviese una sospecha sombría. No cedí ante el indicio y díjele: Mi buen maestro, sé que me conduces según te place y estoy dispuesta a todo, así mueva su rueda la fortuna y suceda lo que quisiese.

Sin palabra pronunciar, Dante hizo el ademán de incorporarse. Bajando entonces los ojos, avergonzada, y temiendo que lo dicho le fuese enojoso, me acerqué a rostro descubierto, puse mi brazo para que se asiese de él al levantarse y lo agradeció con un leve beso en la mejilla y unas caricias que todavía siento. Terminado que hubo de tocarme a su antojo, me dijo apesadumbrado: Tú antes de ahora me has inducido a esto, mas la única pena verdadera es vivir con un deseo sin la esperanza de conseguirlo.

La mía fue la promesa de una mujer convencida y enamorada, dispuesta a entregar su cuerpo y comprometer su futuro; pero “siempre” es un término demasiado largo, demasiado imposible. A los cuatro meses fenecí, después de haber padecido una fuerte fiebre que duró tres días. A mamá y a Simone brotábales el dolor por fuera de los ojos. Mas el *signor* Alighieri quedóse impávido. Mi desaparición le fue enojosa, sentíase traicionado, pero no podía lucir contristado sin despertar sospechas entre los suyos. Revístete de todo tu ánimo, no decaigas, decíale desde mi tumba fría. Pero, sumido en el silencio, decidió vengarse de la más cruel manera: inventándome, eternizándome, sublimándome, convirtiéndome en

un símbolo, en la representación de la fe y la gracia divina. Desde ese momento, no he logrado descansar. De todas partes del mundo soy invocada. ¡Me han llamado en todas las épocas, me han recreado, reescrito, reconfigurado y reinventado tantas veces! Estoy agotada y dolida. Invádeme la zozobra. Yo deseaba algo simple, una vida a su lado, ser suya por completo, convertirme en su esposa, procrear a sus hijos, respetar su sueño y cuidar el silencio a la hora de la creación. ¿De qué sirve ser eterna, terriblemente eterna? ¡Con qué ansia pide cada cual la segunda muerte!

Sin mi permiso, Dante me hizo una mujer inaccesible y fría. Escribió que era piadosa, una verdadera alabanza de Dios, aunque dibujóme manipuladora. ¿Perfecta?

En la *Commedia* lo humillo, lo cuestiono, lo hiero con el rechazo, exíjole confesar sus yerros, manténgome impasible ante sus sollozos… cuando yo hubiese deseado limpiar sus lágrimas, beber de ellas, ampararlo con besos. En su *Commedia*, empujada por cánticos y tercetos, obligome a avergonzarlo de sus errores, hízome pedirle que levantara los ojos y me mirase para que su dolor fuese más intenso todavía. Hubiese preferido consolarlo, alejarlo de los terribles recuerdos que su viaje al ultra mundo le habían dejado, no exigirle nada y, sin la autorización del Bien Sumo ni de Dios, perdonárselo todo. Si Dante lo hubiese permitido, yo podía haberlo liberado del pecado. Lo hubiese acercado a las tres luces que abrazan todo el Polo, a las cuatro estrellas brillantes de las virtudes. *Venite, benedictri patris mei*. Pero me manipuló, convirtiéndome en un personaje etéreo y odioso.

He pasado más de seiscientos años sumida en un rumor de lamentos sempiternos y sintiéndome culpable al desear escupir su rostro inmortalizado en cientos de bustos y esculturas. A él, al más famoso poeta que Italia dio al mundo, quisiese golpearlo, mancillar su nombre, vituperarlo, descubrirlo ante sus admiradores, exhibirlo como un ser despreciable. ¡Lo maldigo! Borraría para siempre sus lecturas obligadas, en las que yo aparezco. ¡Quemad todas las *Commedias*, las *Rimas* y las *Vidas nuevas*! A partir de hoy sólo deben existir Shakespeare y Cervantes. Dante Alighieri no es más que una equivocación en las enciclopedias, un error de impresión en los libros de literatura. Un nombre maldito. ¡Prohibidlo!

A su lado, hallábame en el paraíso. Ahora estoy sumida en una

angustia lúgubre, que intimida. Tal vez debería estar a la altura de las expectativas que Dante de mí tuvo: no lo consigo, no lo he conseguido. Encuéntrome más parecida a Lucifer, el ángel caído en desgracia, que a la Beatriz que eternizó como su dulce consuelo. No tengo virtudes. Mis pensamientos pertenecen al vulgo. Mis deseos no merecen indulgencia.

*Odiadísimo Dante, Carísimo poeta, el momento de la verdad ruega por escucharnos. ¿Acaso realmente supe guiarte por el Paradiso? ¿Pude explicarte lo que sobrepasa los límites de la razón? ¿Aparecí en una nube de flores que esparcían al aire manos angelicales, coronada de ramas de olivo, cubierta de verde manto y de una túnica color de fuego? ¿Yo, que no tenía florines ni para adquirir ropajes de señora decente? En el vestir mostraba mi origen. ¡Vuélvete, obsérvame bien! ¿Por qué afirmas que soy una beldad o tengo rostro de ángel? ¿Crees que mis ojos son santos? ¿Podrías volver a escribir, ahora, que te parecí una madre severa porque siempre deja alguna amargura la piedad cuando emplea el rigor? Ay, signor Alighieri, no estabas sometido a mi voluntad, sino yo a la tuya. Fui yo quien fijó la vista y la contemplación donde tú quisiste, donde tú ordenaste*.

Si pudiese, reiría a carcajadas —pero en el lugar que habito sólo se alientan los gemidos lastimeros— cuando escucho ese cuento sobre la más famosa de las Beatrices, cuando leo mi falsa historia, aquella que Dante y sus biógrafos se encargaron de esparcir por el mundo: “Beatriz era una noble florentina cuyo verdadero nombre era Bice di Folco Portinari, de la que el poeta se enamoró hasta la perdición. Una mujer bellísima que pertenecía a la vida refinada y aristocrática. Dante sólo la vio en tres ocasiones y nunca habló con ella, pero eso fue suficiente para que se convirtiera en la musa inspiradora de su obra.”

Quisiera compadecer al escritor, como lo ha hecho el mundo entero, por la profunda tristeza en la que supuestamente se sumió a partir de mi fallecimiento, por la crisis religiosa que enfrentó con mi repentina desaparición y de la que se sobrepuso dedicándose a la filosofía y a la teología. Creo que en el fondo respiró aliviado: yo no le provocaba más que problemas, amenazas y escenas de celos de su esposa, reclamaciones familiares por mi condición social. Miedo. Tal vez hasta menosprecio. Si al menos hubiese sido agraciada, si me hubiesen educado como a una cortesana, *si al menos me hubieses*

*hecho tuya, poseyéndome como poseías las palabras, hubiera puesto el mundo más vasto bajo tus pies y habría llenado tu corazón de júbilo*.

Solamente quédame creer en el enorme poder de la literatura. Soy quien soy porque Dante Alighieri me ha nombrado y no puedo remediarlo. Represento al amor más puro, la luz eterna y, sin embargo, confieso que odio a mi creador y abomino de todo lo que de su pluma ha salido. Sus poemas cantan el amor que tuvo por mí y, sin embargo, son un monumento que me aprisiona, paraliza y repele.

*¡Ay!, signor Dante, quisiera que jamás hubieses escrito una palabra para que mi nombre, Beatriz, no formase parte de los cánones literarios y, entonces, lograra descansar tranquila, finita*.

*Anónima*.

# Beatriz Cuatro:
# En una patera

*Who has seen my cows?*
*Who has seen my goats?*
*These leafless trees and this dry land*
*must be why they left.*
*I was leading my father's cows,*
*my mother's goats*
*to a more prosperous land…*

YOUSSOU N' DOUR

¿Han visto la fotografía publicada en *El País*? La única mujer es ella: Beatriz Rivas Diouf, mitad europea y mitad africana. Llegó a las Islas Canarias hace tres semanas y sigue aquí, detenida en el centro El Matorral, donde trabajo como voluntaria. Estuvo hospitalizada dos días con deshidratación e hipotermia, pero ya se ha recuperado. Quizá mañana consiga su libertad; de algo le servirá haber nacido en territorio español. Aunque haya renunciado a su nacionalidad hace cinco años, es hija de español y eso basta.

Les cuento su historia en un instante. Ella me la platicó en pequeños sorbos, durante mis ratos libres. Nos identificamos enseguida porque tenemos el mismo nombre y el mismo humor en la mirada.

Comienzo: Beatriz nació en Valencia hace treinta años…

No, debo detenerme. Tal vez es mejor que observen la foto publicada por el diario español y, probablemente, por algún otro periódico extranjero. Apuesto lo que quieran a que siempre que miran la imagen de un barco con inmigrantes ilegales, recién llegados del África subsahariana a algún punto de España, ven los mismos rostros. Todos son negros, hombres jóvenes en su mayoría, demasiado delgados. Desesperados. Se cubren la cabeza con un gorro tejido o un pedazo de tela para que no se les escape el calor y, con él, la vida. De piel gruesa y dignidad enorme, sienten miedo, tanto que no se dan permiso de marearse con el movimiento de las olas. Transpiran terror en grandes gotas que iluminan sus rostros: no saben nadar y le temen, más que a ser atrapados, al mar.

¿Cuántos de sus parientes se han ahogado en las aguas saladas que dividen el primer mundo del infierno?

En la Agencia Europea de Fronteras deciden su futuro. ¿Acaso alguno de sus miembros atinaría a distinguir entre un inmigrante y el de al lado? ¿Entre el de la chaqueta roja y el de la bufanda verde anudada al cuello? Yo, que llevo dos años ayudando en los Equipos de Respuesta e Intervención en Emergencias, a veces no puedo diferenciarlos. Sedientos, con el cabello muy corto y firmemente entrelazado, nombres raros e idénticas incertidumbres. Algunos, sobre todo los saharahuies, presentan huellas de tortura en sus cuerpos y ni un signo en su mirada de que el futuro, cualquier futuro, los esté esperando. Todavía no pisan el continente europeo y ya extrañan su terruño: pobreza y sol calcinante, polvo.

Desde el centro de detención se observa el Atlántico, un océano que ha visto cómo proliferan los naufragios. Un mar que se traga, de golpe, barcas de madera, lanchas zodiac, cayucos y hasta hidropedales. Esas embarcaciones jamás se imaginaron que transportarían tantas historias: Idrissa y otros más han sido víctimas de hambrunas periódicas, por eso tienen hundida la mirada y las piernas flacas como los juncos que crecen en su aldea. Léopold y Amadou vienen huyendo de las pandemias; Abdou, el que siempre trae los ojos rojos, busca poner fin a una miseria de toda la vida; Moussah, Ismaël y Louis han pasado por demasiadas catástrofes naturales así que, de morir, prefieren hacerlo intentando llegar al paraíso prometido; Habib y Ferdinand no quisieron acostumbrarse a las guerras intermitentes, a los gobiernos corruptos y salvajes. Ousmane es un adolescente huérfano que no ha sabido perder la esperanza. Todos han destruido sus documentos para no ser identificados.

Pero tal vez eso, a ustedes, los tenga sin cuidado.

**Aimée Diouf**. La mamá de Beatriz se llama Aimée Diouf y forma parte de los veinticinco millones de inmigrantes legalizados en Europa; por decirlo de otra manera, sólo es una cifra más para los funcionarios. Cuando su padre la conoció, era ilegal y bella. Bellísima. Por lo menos eso me cuenta Beatriz, lamentando no tener ninguna fotografía que mostrarme. Su salida de Senegal fue tan intempestiva, que no pudo traer nada consigo; sólo la ropa que llevaba puesta.

La señora Diouf nació en Senegal, en la ciudad de M'Bour, y vivió apaciblemente hasta que murieron sus padres, con diferencia de un mes. Fallecieron en una epidemia de un mal que se cura con pastillas en los países del primer mundo. Ella, que apenas salía de la adolescencia, tuvo que hacerse cargo de sus cuatro hermanos menores. El tío Abdulaye le insistió en buscar trabajo en España, ya que él había vivido en Algeciras durante siete años. Allá dejé buenos amigos y ganarías en pesetas, le dijo. No es que Aimée tuviera muchas opciones: sabía salar y ahumar pescado, cocinar, limpiar y sonreír con su hilera de dientes blanquísimos; pero lo que finalmente la decidió fue el versículo del Corán que con frecuencia leía su tío en voz alta: "El que abandona su país por la causa de Dios hallará en la tierra otros hombres obligados a hacer lo propio, y recursos abundantes. En cuanto al que haya dejado su país y venga la muerte a sorprenderle, su salario estará a cargo de Dios, y Dios es indulgente y misericordioso."

Aimée partió hacia la capital. Ahí, por instrucciones de Abdulaye, debió esperar más de un mes a que llegara una oportunidad. De su estancia en Dakar y su arribo a España, no se sabe nada. Nunca quiso hablar del tema, o tal vez su esposo se lo había prohibido. Jamás le platicó a su hija cómo y por qué llegó de las Canarias a Algeciras y de ahí hasta Valencia. Sé que nunca regresó a su país y jamás volvió a ver a sus hermanos. Eso sí, los primeros meses enviaba todas las pesetas que podía ahorrar… hasta el día que aceptó a quien sería su esposo: el teniente Álvaro Rivas Mijangos.

El teniente era alto, de ojos verdes, siempre inyectados. Las venas, muy pronunciadas por su presión arterial alta, acostumbraban enrojecer el globo ocular. También las de su cuello sobresalían cuando enfurecía con cualquier excusa. Hombre de nalgas planas y mucho vello en el pecho, pero de piernas casi lampiñas y torpes, tropezaba continuamente al caminar.

La madre de Beatriz adora el mar, nació junto al mar y seguramente morirá viendo el Golfo de Valencia, las mareas, sus colores cambiantes, profundos. Conoció a su marido cuando caminaba por alguna de las calles que desembocan en el agua inmensa, azul.

La relación se dio poco a poco, paso a paso en los jardines de

Turia, caminando en las márgenes del río. Deteniéndose a conversar brevemente en cualquier banca. Recorriendo la *Ciutat Vella* sin entrar a las tabernas porque el dinero no alcanzaba. Acudiendo a los partidos de fútbol del Valencia; el teniente era un orgulloso miembro del club casi desde su creación. En otoño, cuando llovía a más no poder, se refugiaban en una sala de cine de la calle Calabazas y ahí, en la oscuridad, sin tocarse, pasaban tardes enteras. Fue un noviazgo de silencios. La soledad de Aimée la enfermaba y por eso aceptó, tan fácilmente, la protección de un hombre quince años mayor.

El teniente Rivas dirigía la cárcel. Lo hacía con el orden matemático y la honradez que había heredado de su madre, pero también con toda la crueldad que su padre le había enseñado. Probablemente no se puede ser carcelero sin cargar con una buena cuota de odio y resentimiento. Su mirada, metálica, lo decía todo.

Por si fuera poco, el papá de Beatriz era racista y le gustaba presumir de ello. Los extranjeros son ciudadanos de segunda, afirmaba Álvaro Rivas, pero los negros… de quinta, remataba con un dejo de burla. Hasta la fecha, Bea no se explica, entonces, cómo o por qué se casó con su madre. ¿Qué lo empujó a acariciar esa piel oscura, resistente y con un olor distinto? ¿Tanto lo atrajeron sus nalgas redondas y perfectas, sus senos breves y bien formados? Gracias a esos pequeños detalles inexplicables en la vida de los seres humanos, Beatriz pudo nacer, tiene un apellido español y una nacionalidad heredada que está a punto de regresarla a la libertad. Gracias a otros detalles que me ha platicado, está hoy aquí, en un centro de detención temporal, y así la he conocido. Me ha servido conocerla, ¿saben?, y conversar con ella. En mi labor diaria estoy acostumbrada a dar sueros, ofrecer alimento y ropa sin decir nada, sólo sonrío: es difícil encontrar algún inmigrante que hable más de dos o tres palabras de español y yo apenas mastico el francés. Con Beatriz he pasado tardes enteras platicando de nuestras vidas. Además, se ha convertido en mi eficiente traductora del wolof. *Dama marr, dama sedd, dama bëgg*… Tengo sed, tengo frío, quisiera… ¿Qué, qué quisieran los que se ven obligados a dejar su patria?

**Khalolou Wade**. Khalolou nació en una aldea de pescadores muy cercana a M'Bour, en la Petite Côte, y su futuro estaba

previsto: se convertiría en pescador como su padre, como su abuelo. Sería el terror de las merluzas negras y los bonitos de vientre rayado desde su lancha larga y estrecha, decorada con formas geométricas de vistosos colores. Sería…

De niño, disfrutaba correr por la arena, ganarle a las olas, refrescar su rostro con agua de mar, mirar el arribo de los adultos en sus piraguas, contar los peces, intercambiar algunos por mijo o arroz, llevarle el más grande a su mamá, subastar los demás en el mercado. Despreocupado y alegre, sonreía por cualquier cosa. Había aprendido de los suyos a ser tranquilo y optimista. Era dueño de una mirada profunda y dulce con la que tenía el tino de calmar a su madre y a su abuela antes de que pudieran regañarlo por alguna travesura.

A los trece años se enamoró de Duma. Podían pasar horas observando los troncos de los baobabs, espiando a los espíritus que los habitan, o recolectando *bouyes*. Por las noches, les encantaba asustar a los gálagos y morirse de risa al ver el miedo en los enormes ojos de esos primates. A veces entraban a los plantíos de maní y se robaban los frutos enmarcados por flores de un amarillo particularmente intenso. Con la ayuda de su abuela, los tostaban y se los comían tibios. El sabor de un pequeño cacahuete recién tostado es el que más le recuerda su infancia.

Pero el breve paraíso de Khalolou terminó una tarde, mientras limpiaba los pescados que recién había traído su padre: la tarde que escuchó los gritos de Duma. El adolescente está sentado sobre el piso de tierra, afuera de su casa de palma y techo de lámina. El aire tibio lo acaricia. Con un raspador de metal, arranca las escamas de los animales. Su mano va de la cola hacia la cabeza, usando movimientos rápidos y seguros. A su alrededor, el piso parece tapizado de laminillas grises con brillos de plata. Es un brillo mágico, piensa. Khalolou está tan concentrado que pasa por alto el primer grito. Pero el segundo, el más agudo de todos, cambia su vida. Aprieta los puños y cierra los ojos con fuerza. Rápidamente los abre; teme imaginar lo que está sucediendo a escasos metros. Los gritos que siguen, dolorosos, le dan la certeza de que algo, no sabe qué, está mal. El rito de iniciación de Duma, que enorgullece a madres y abuelas, se lleva a cabo cerca del mar, sobre la arena suave. El padre de la adolescente se mantiene alejado, pero

satisfecho de que el honor de su familia continuara protegido. Sabe, como todos los de su pueblo, que la *nyakaa* es necesaria para realzar la belleza y el estatus de su hija y, de esa manera, aumentar las posibilidades de contraer matrimonio. No se puede pedir menos de una mujer: estética, higiene y fidelidad garantizada.

Khalolou ve a Duma regresar caminando lentamente, con las piernas ligeramente separadas, la mirada triste y varios hilos de sangre escurriendo hacia la tierra, como si el líquido rojo intentara escapar a un lugar seguro. Avienta el pescado en turno y corre hacia ella. Le tiende una mano, mas su amiga se sigue de frente, ignorándolo. No hay lágrimas en su rostro, pero la mirada se ha opacado. Duma no era particularmente bella, aunque poseía una frente amplia, limpia y un par de ojos juguetones y brillantes. A partir de ese día ya no quería jugar, correr ni trepar y también el muchacho se transformó en otra persona: inconforme, caprichoso, rebelde. Un año después de la ceremonia, Duma y su familia se fueron del pueblo, emigraron a una ciudad turística cercana, pero al joven no se le quitó el enojo. ¿Por qué sentirse furioso a causa de una costumbre milenaria, de una antiquísima tradición cultural y, a todas luces, benéfica para la sociedad?, le reclamaba su padre. Las mujeres no deben gozar: su objetivo único y milagroso es la reproducción. ¿A qué se debe ese repentino e inútil descontento? ¿Qué daño te hace?, le preguntaba a gritos, perdiendo la paciencia.

El joven, inquieto, repasaba una y otra vez las 175 aleyas del sura IV del Corán. Nada. En ningún lado decía que las mujeres no tuvieran derecho a disfrutar del sexo. En las páginas del libro sagrado se estipulaba que “los hombres son superiores a las mujeres, a causa de las cualidades por medio de las cuales Dios ha elevado a éstos por encima de aquéllas”, pero la vida cotidiana de Khalolou era prueba de lo contrario. El verdadero sostén de su familia era la abuela. Con su mirada tierna, aparentemente inocente, y su voz cantarina, tomaba las decisiones más importantes, daba órdenes, disponía, meditaba los caminos a elegir, sentenciaba. Poseía, en sus manos callosas y arrugadas, el pasado, el presente y el futuro de la familia Wade. Por otra parte, su madre equilibraba el carácter seco de su padre; siempre se mostraba cariñosa y alegre. Y Duma, hasta antes de la ablación del clítoris, era más rápida, más ágil, más valiente y mucho más inteligente que

él. Curiosa, aunque mesurada; atrevida, pero tranquila. Un ser encantador y pensante. Superior, en todos sentidos, a los jóvenes del pueblo. Las mujeres son las raíces del baobab, también el tronco, las ramas y el follaje. El alma.

Khalolou dejó de salir a pescar con los demás: su estado de ánimo sólo traería mala suerte, agitaría los vientos malignos, opinaban los demás. Dios creó el mar para alimentar a sus hijos. La fuerza del océano es una prueba del poder divino, pero también una fuerza que puede enojarse y adueñarse de algunas vidas. En el pueblo nadie quería tener tratos con él. Por eso a su mamá no le sorprendió que, el mismo día en que murió su abuela, el adolescente decidiera irse lejos del mar y del olor de los cacahuetes tostados.

**Aimée**. Aimée posee una mirada dulce y cálida. Lo que más trabajo le costó, a su llegada a España, fueron los inviernos. A pesar de que el termómetro casi nunca bajaba más allá de los diez grados, el frío invadía sus huesos tratando de corromperlos, tal vez para quitarles su agilidad africana, ese andar cadencioso y rítmico que tanto atrajo al teniente Rivas cuando la vio por primera vez: tenía 16 años y un rostro perfecto. Sus nalgas iban de derecha a izquierda, en un movimiento hipnótico. Paseaba con un ejemplar del Corán bajo el brazo, a manera de amuleto pues no sabía leer, aunque no le dio vergüenza confesárselo al español que trataba de seducirla.

Al principio, él era distante pero amable. Hablaba a gritos, como casi todos los españoles, pero tenía algunos buenos detalles con la muchacha. Por ejemplo, pacientemente le enseñó a leer, usando algunos libros para niños y adolescentes.

Cuando Aimée aceptó ser la esposa de Álvaro Rivas Mijangos, supo que cambiaría para siempre el sabor del *tiboudiene* y el *mafe* por el arroz a banda, el *bisap* por un vaso de tintorro o de horchata, sus *bubus*, esos vestidos multicolores y alegres, por ropa recatada, oscura; el tamborileo polirrítmico de su sangre por una disciplina feroz, un *jërre jëf* por un *gracias* pronunciado con fuerte acento francés. ¿Qué debía agradecerle al teniente? Un techo, un empleo seguro y haberla vuelto a la legalidad el día que otorgó el sí: *waaw*. Nada más.

Aimée extrañaba el sonido, alegre y rítmico, del *xalam* que

tocaba su abuelo por las tardes y odió su boda demasiado sobria, sin los cantos de sus parientes, tambores ni danzas nupciales. Cuando escuchaba el cerrojo de la puerta, corría a esconder el Corán, la verdadera *kalam Allah*, y a hojear la Biblia. Se vio obligada a seguir los preceptos del Islam en silencio. En cambio, tuvo que colgar crucifijos y horribles imágenes de santos en su pequeña vivienda dentro del penal. Un asunto es que el Corán reconozca a Cristo y a la Virgen y otro, muy distinto, que una mujer musulmana se vea obligada a adorarlos.

Para Aimée, los días en Valencia pasaban con una lentitud impresionante: limpiaba, cocinaba, cosía, planchaba, hacía las compras, volvía a limpiar. Ordenaba todo de manera metódica y precisa, de acuerdo a las instrucciones militares de su esposo. Cuando salía al mercado, su marido contaba los minutos que le tomaba regresar. Calculaba el tiempo que se invierte en escoger carne, verduras, lácteos y la esperaba recargado en la puerta, reloj en mano, preparado para cuestionarla sobre su tardanza. No hay nada tan destructivo como un hombre celoso. Aimée se sentía más presa que cualquiera de los ladrones, asesinos y falsificadores que habitaban la cárcel que su marido administró, eficientemente, hasta el final de sus días.

Algunas veces la mamá de Beatriz se atrevía a pasear sola por las calles de la ciudad a la que ella llamaba, en secreto, Balansiya, igual que los árabes que la habían conquistado muchos años atrás. Las huellas de los "infieles" se veían en varios lugares: en la Mezquita que el propio Cid transformó en Catedral, en la Plaza de l'Almoina, en el Almudín, en los nombres de algunas calles. Por ejemplo, una de las mejores panaderías estaba en la cerrada Albulcacer Al Hudzali y su única amiga vivía en Rey Zayan 13, bajos. Esos leves contactos con el mundo musulmán le otorgaban a Aimée un poco de tranquilidad y amainaban su melancolía.

Cuando se supo embarazada, aun antes de que un médico lo confirmara, Aimée sonrió: su condición suavizaría los modos de su marido. Se equivocó. El estado de buenaventura no sirvió para ganar ni un poco de paz. ¿Acaso en España todavía no abolían la esclavitud?, se preguntaba, derrotada. Era una mujer hecha para el trabajo, pero estaba acostumbrada a cumplirlo a su manera, bajo la luz del sol, a campo abierto, mientras escuchaba las voces de otras

mujeres cantando al ritmo de los *tam-tams* o contándose las últimas nuevas.

Para el octavo mes de espera, el teniente seguía dejándole idéntica carga de trabajo y exigiéndole rapidez, como si su pesado vientre no le estorbara al barrer o hacer la colada. Tal vez presentía que su mujer no traía un macho en sus entrañas, un digno heredero. Efectivamente Beatriz nació un caluroso día de agosto y, para colmo, fue hija única. Después de varios intentos fallidos, el teniente dejó de visitar la cama de su esposa. Satisfacía sus instintos afuera, con mujeres expertas en hacerlo gozar.

**Khalolou**. Al huir de M'Bour, Khalolou eligió Thiès. ¿O fue esa ciudad quien lo escogió a él? Encontró trabajo en un mercado, como ayudante de un vendedor de legumbres y verduras. Por las tardes asiste a la escuela. Es la primera vez que estudia en un instituto, pero muy pronto aprende los conocimientos básicos y a contestarse todas las preguntas que le llegan en los momentos más inoportunos, por ejemplo, cuando está pesando calabazas, un enorme brócoli o buscando una dirección para hacer una entrega. Sus ganas de informarse lo han convertido en un aficionado a la prensa: devora los periódicos viejos disponibles. Separa las páginas más interesantes del *Wal Fadjri* y, con las demás, envuelve la mercancía.

Su clienta favorita, por distinta y libre, es una extranjera de cabello castaño, piel blanquísima, de unos cuarenta años. Le da buenas propinas y le sonríe siempre. A mademoiselle Melching comienza a plantearle sus dudas: ¿Por qué los ministros ganan tanto dinero y qué hacen con él? Leí que reciben el doble del sueldo que un ministro en España. ¿Quién envía las sequías? ¿Es malo estudiar? Molly, ¿por qué usted no es como las otras mujeres? ¿En qué Dios cree?

Molly Melching, encantada con la inteligencia natural de su joven marchante, le regala libros, revistas y hasta sus propios escritos: adora su curiosidad fresca y la indignación que provoca que las venas de las sienes le brinquen un poco. También le llaman la atención sus lentes rojos, de marco ancho y vidrios pequeños, y el tatuaje que adorna su antebrazo derecho: la estrella verde de Senegal.

De los labios de la norteamericana, Khalolou escuchó por

primera vez las palabras política, derechos de las mujeres, didáctica, proyectos de desarrollo, igualdad. Infibulación, ablación, mutilación femenina. Todo comienza a cobrar sentido. En su habitación ha colgado, orgulloso, carteles con las fotografías de Nelson Mandela y Léopold Sédar Senghor. También hay una foto de Bouba Diop, el jugador que le metió un gol a Francia en el 2002. Gracias a él, Senegal le ganó el partido a los galos, aumentando el orgullo del país.

Los gritos de Duma, que siguen interrumpiendo su sueño por las noches, se convierten en un claro mensaje. No, él no nació para ser pescador ni para trabajar en un mercado. Siente la obligación de pedirle un empleo a mademoiselle Melching para ayudar a los suyos y, si bien debió esperar dos meses a que se liberara una plaza, logra su objetivo: ingresar a Tostan, una reconocida organización no gubernamental.

**Beatriz**. La recién nacida se convirtió en el centro de atención de Aimée. Era su barca salvadora y su mejor compañía. Su madre le cantaba en su dialecto, le hablaba wolof y francés cuando el teniente Rivas no se encontraba presente. La tranquilizaba con los sonidos de su tierra, tocando distintos ritmos en las latas vacías. Para entretenerla, danzaba y, si tenía cólico, la curaba con hierbas, rezos o siguiendo un ancestral rito animista. Le daba a probar sus sabores y, al recostarla entre sus pechos desnudos y plenos, le contagiaba su olor a piel negra, a África.

A los seis años, Beatriz caminaba con el mismo vaivén de las mujeres de su etnia, famosas por su belleza natural: pasos musicales, cadenciosos. Había sido criada tras las rejas, pero ahora que iba a la escuela, podía entrar y salir de la mano de mamá que le mostraba, pacientemente, su herencia escondida y lejana.

Bea adoraba la voz suave de Aimée y temía el español a gritos de su padre. En los momentos en que estaban solas, Aimée era canto, juegos, caricias continuas. Se perseguían por la casa, se abrazaban tiradas en el piso, reían abiertamente. El teniente, en cambio, nunca le dio un beso y pocas veces le dirigía la palabra. Bea llegó a convencerse de que los presos la querían más: algunos de ellos, los que no eran peligrosos y podían salir unas horas al patio, le contaban cuentos desde el otro lado de una malla metálica, la miraban a los ojos, le sonreían. Los más atrevidos le mandaban

un beso cuando la chiquilla les obsequiaba pequeños caramelos bicolores.

Si Aimée terminaba temprano con sus obligaciones, le contaba sobre los *rap*, esos genios que habitan en los baobabs, unos árboles que Bea sólo había visto en el escudo del país que tanto ansiaba conocer. Juntas, se burlaban del murciélago que aparecía en el escudo de Valencia. ¿A quién se le ocurre elegir un animal tan feo?, decían. Sobre las piernas de su madre, Beatriz pedía escuchar, por centésima vez, la historia del *rap* de Gorée, un ser mítico que, para preservar la memoria de los esclavos, nunca ha permitido la construcción de un puente entre Dakar y la isla de Gorée, lugar donde almacenaban a los esclavos hasta mediados del siglo diecinueve, antes de trasladarlos a América.

—Han contratado ingenieros franceses y japoneses…

—¿Españoles no?

—No, mi bubusita, los españoles son malísimos para todo —respondía Aimée, provocando la risa de su hija.

—¿Y entonces?

—Cuando los constructores ya llevan avanzada la mitad del puente, el *rap* lo destruye y tienen que volver a empezar. A veces provoca una fuerte tormenta, un terremoto y, otras, nada más lo deja caer, sin razón aparente. Una y otra vez.

Bea aplaudía.

En el momento en que el teniente Rivas llegaba a casa, el paraíso desaparecía. Beatriz corría a refugiarse bajo la mesa del comedor, tras el mantel, y espiaba el silencio violento, la indiferencia. Si el teniente golpeaba la mesa porque algo lo había enfurecido, tal vez que el Valencia había perdido un partido aunque, en realidad, siempre estaba enojado, la niña no podía controlarse y sus orines la empapaban. Apretaba las mandíbulas y le rogaba a Alá, al que imaginaba negro, que el olor no la delatara.

En presencia de su padre, Bea se convertía en una niña callada, temerosa, ensimismada. Unos minutos antes de la hora de su regreso, procuraba esconderse bajo su cama a jugar con una muñeca de trapo que le había cosido su mamá. Ojos negros, piel negra, cabello negro de estambre. Abrazaba a su pequeña amiga, la apretaba muchísimo al escuchar los gritos ahogados de su madre. Ese salvaje militar acostumbraba golpearla con el cinturón cuando

regresaba bebido. No necesitaba estar muy borracho para descargarse con su esposa: dos copas bastaban. Aún hoy en día, Beatriz confiesa sentir terror cuando escucha el sonido de alguna persona quitándose rápidamente el cinturón. Un sonido que no alcanza a describir, como de látigo, unido a un sentimiento que no puede controlar.

Bea se sabía distinta; le encantaba su color café con leche y los labios gruesos. En cambio, lamentaba haber heredado las nalgas planas, la nariz respingada y el color de ojos de su padre: demasiado verdes. Mientras su madre planchaba, Beatriz se observaba en el espejo durante horas, soñando con que los rasgos españoles desaparecieran. Le gustaba escuchar su propia voz hablando wolof, era más dulce y ligera: *¿Danga sonn?*, le preguntaba a mamá cuando la veía muy cansada. *Amul soló*, contestaba Aimée, acurrucándose en un sillón a hojear revistas viejas o a ver alguna telenovela latinoamericana. No creía en los milagros de los santos católicos, pero sí en las pociones mágicas para protegerse del mal de ojo o de las enfermedades, en los espíritus buenos y en los malignos. Nunca dejaba los zapatos boca abajo y todas las noches, cuando su esposo estaba dormido, vertía agua fría en el umbral de la puerta para evitar algún conjuro enemigo.

A Aimée le gustaba enseñarle su religión y gozaba narrar pasajes de la vida de Mahoma: las conversaciones con el arcángel Jibril, su vida como mercader, camellero y hombre de familia. La anécdota favorita de Bea era la de la telaraña. Le pedía a su madre, una y otra vez, que se la repitiera: *Cuando Mahoma huía, él y su amigo Abu Bakr se escondieron en una cueva. Las cuevas son húmedas y oscuras, llenas de bichos ¿Te imaginas el terror que sentían? Al oír a los soldados, Abu Bakr comenzó a temblar pero Mahoma lo tranquilizó, asegurándole que Alá los salvaría. Y así fue. Un soldado pensó que estaban dentro de la cueva pero, al acercarse, vio una enorme telaraña que tapaba la entrada por completo. "Aquí no están", gritó a los demás. "No han podido entrar sin romper la telaraña". Entonces los soldados se marcharon y Mahoma quedó a salvo*. ¡Cómo le hubiera gustado a Beatriz que varias simpáticas arañas tejieran una telaraña gigantesca que cubriera su casa, dejando a su padre afuera!

Juntas rezaban cinco veces al día, obedeciendo las enseñanzas del Corán, siempre y cuando el teniente Rivas no anduviera cerca.

*Alá es el más grande. No existe más Dios que Alá y Mahoma es su profeta*. Aimée le mostraba que Alá tiene 99 nombres: los nombres más hermosos.

La figura de Cristo crucificado le provocaba pesadillas a la pequeña. Despertaba gritando en el momento en que Jesús, con el rostro de su padre y la corona de espinas que le llenaba las mejillas de sangre, descendía de la cruz y caminaba lentamente hacia ella, tendiéndole una mano lacerada. Aimée llegaba a su lado para tranquilizarla. La cubría con las sábanas, le acomodaba la almohada y tarareaba una melodía infantil de su tierra. En esos momentos Bea se prometía que, en cuanto tuviera la oportunidad, huiría al Senegal, *suñú gaal*, "nuestro barco", para nunca volver a pisar España.

**Khalolou**. Muy pronto Khalolou llegó a ser el empleado favorito de Molly Melching. Es el que llega más temprano y se va más tarde; un verdadero entusiasta. Pasa horas en la biblioteca municipal: quiere aprenderlo todo. Lee con creciente interés los periódicos franceses e ingleses que llegan a la ONG dirigida por su amiga y jefa. El mundo, otros paisajes, los demás países comienzan a existir: distintas costumbres, formas de pensar. Una visión que no lo convence y, sin embargo, le abre los ojos.

Él quiere lo suyo, quiere al Senegal, pero mejor. Al igual que los demás, disfruta comer en el piso, descalzo, sentado frente a un enorme platillo de verduras y arroz, tomando la comida con la diestra. Celebra la *Korité*, al finalizar el Ramadán, como su padre le enseñó. Se viste con una larga túnica sobre el pantalón y sólo en raras ocasiones usa vaqueros al estilo occidental. Está orgulloso del himno nacional, más nostálgico que marcial, probablemente de ritmo un poco infantil, que habla de un pueblo de corazón verde, surgido de la noche al galope de los caballos. Un pueblo cuya arma es el trabajo. Senegal: hijo del sudor del león. Baila al ritmo de Youssou N'Dour y se sabe de memoria las canciones de su disco *Wommat*. En sus raros momentos de ocio, toca el *sabar* en su habitación o en la calle. La palma izquierda golpea directamente el tambor, la derecha lo hace con un palo. Probablemente no lo sepa pero ha elegido ese instrumento por lo que significa. Se llama igual que la danza que celebra la sexualidad femenina. Bailes en los que manos y pies, brazos y piernas van hacia arriba, hacia abajo, hacia

los lados con total libertad, mientras la cabeza se balancea suavemente. Rodillas que parecen volar. Ojos cerrados. Cuerpos sensuales que se llenan de sudor. Piel brillante.

La sede de Tostan se ha convertido en el hogar de Khalolou. Más aún desde el día en que Molly lo invitó a quedarse a dormir en la vieja casona. Él ahorraría la renta de su cuartucho y el lugar estaría seguro sin necesidad de pagar vigilancia por las noches.

Los colaboradores de Tostan, entre otras cosas, se dedican a la promoción económica y social de la mujer. Defienden sus derechos a pesar de que las propias mujeres son las primeras en oponerse, en dudar. Cuando Khalolou tiene oportunidad, asiste a las juntas de trabajo para enterarse de los diferentes proyectos de desarrollo, los programas de educación. Así sabe que más de mil doscientos pueblos ya decidieron terminar con la práctica de la circuncisión femenina y del matrimonio obligatorio entre niños. Algunas noches, casi de madrugada, vuelve a escuchar los gritos agudos de Duma, una y otra vez, impresos en su memoria.

**Bea y yo**. Entro apresuradamente a la barraca que alberga el comedor. Sé que ahí está Beatriz pues, por la mañana, llegó un cayuco del Senegal con apenas doce personas: sus compatriotas. Ousmane permanece al lado de Bea, como siempre. Entre ellos hay una mujer con un niño en el regazo. Su otro hijo, el menor, se encuentra en el hospital luchando pacientemente contra la deshidratación. Es muy probable que sobreviva: la inocencia de los pequeños les da una gran fortaleza.

—Aquí están tus documentos, ¡finalmente! —le digo contenta, entregándole un sobre amarillo que ni siquiera toma entre sus manos. Me he encariñado con ella.

—¿Cuántas veces debo decirte que no quiero el pasaporte español? —responde Bea.

—Es de la Comunidad Económica Europea. Míralo —y le muestro su foto—. ¿Sabes las ventajas que te da poseer uno como éstos? Puedes vivir y trabajar libremente en Francia, en Italia…

—Quiero regresar a Senegal. Lo dejé claro desde el principio.

—Mentira; no es lo que me han dicho.

—¿Qué te han dicho? —pregunta, levantándose de la mesa. Aunque sus compatriotas no hablan nuestro idioma, Bea quiere más privacía y me señala unas sillas alejadas. Ousmane se incorpora,

tratando de seguirnos, pero Beatriz le dice algunas palabras en wolof que lo obligan a sentarse nuevamente.

—Que cuando la lancha de salvamento marítimo los rescató, a la deriva, lo primero que gritaste fue: ¡Soy española, yo soy española! Soy hija del teniente Álvaro Rivas. Nací en Valencia. Se los puedo comprobar. Esto es una gran equivocación, repetías. ¿No es cierto?

—Chica, el miedo me obligó a hablar así. ¿Sabes cuántos días llevábamos sin probar alimento? ¿Sabes que apenas unas horas antes se nos había terminado el último sorbo de agua? ¿Te atreves a pensar, siquiera, lo que es viajar en una frágil barca sin cubierta, repleta de personas, con el sol permanentemente en la cara y sin el equipo necesario para garantizar la supervivencia? No te imaginas el olor. Créeme: es el infierno y, cuando estás en el infierno, los demonios te obligan a decir tonterías.

—El gobierno español hace todo lo posible por la integridad de sus ciudadanos y…

—Yo renuncié voluntariamente a mi nacionalidad y a mi apellido paterno hace cinco años.

—Pues, te guste o no, acaban de devolverte ambas cosas —le dije, acercándole el pasaporte—. ¡Cuántos inmigrantes matarían por tener uno de éstos! Yo misma soñaría con ser la dueña de tu pasaporte. En menos de dos meses se vence mi permiso y me largan de vuelta a México.

—¡Hala!, no deseo seguir discutiendo. ¿Sabes algo de Madické?

—¿De quién?

—Del pequeño que llegó deshidratado.

—Bea, escúchame: en España están tus raíces, tu madre.

—Mamá tiene alzheimer. No reconoce a nadie. Pasa horas meciéndose en una silla y viendo el mar a través de la ventana. Además, de ninguna manera dejaría a Ousmane aquí solo.

—Pero allá, en África, no te espera nadie.

—*Allá*, como le dices a mi patria, está Molly, la gente de Tostan. Me necesitan.

—Ya encontrarán a otra persona que quiera trabajar para ellos. Piensa en ti: en Europa tendrás acceso a mejores posibilidades.

—También *allá* está Khalolou… y lo necesito. Quiero regresar a su lado y construir una vida en donde nacimos. Bueno, en donde debí haber nacido.

—¿Khalolou? ¿Quién es Khalolou? Por lo visto, no me has contado todos tus secretos. De cualquier manera ya puedes irte. Anda: eres libre.

—¿Libre para que alguien me contrate de mucama en Tenerife, me obliguen a hablar en canario y gane unos cuantos euros?

—Libre, en todo caso, para regresar a Senegal —le respondo de mala manera. Su testarudez me enfada.

—¿Con qué pelas? No tienes idea del trabajo que me costó conseguir el pasaje hace cinco años, a pesar de que trabajé horas extras como traductora y ahorré cada euro. Me niego a abandonar este lugar a menos que las autoridades acepten deportarme. O me mandan a mi país, o no me muevo de aquí. Es más —agrega, con la mirada iluminada por una idea de último momento—, o me envían a Senegal o no vuelvo a comer. Digamos que estoy en huelga de hambre —finaliza mientras camina, con pasos triunfales, hacia la mesa en la que la esperan sus paisanos.

**Beatriz**. Cuando Beatriz aterrizó en Dakar, supo que estaba en casa. Sonrió mientras sellaban su pasaporte español. A bordo de un taxi amarillo y negro que se desplaza hacia algún hotel barato de las afueras de la ciudad, Bea pega su rostro al cristal, como si tuviera cinco años y no quisiera perderse un detalle del paisaje urbano. Todo es nuevo para ella y, al mismo tiempo, esas imágenes están en su sangre. Aunque no todos le sonríen, como quisiera, aunque no todos la saludan, como pensaba, un grupo de niños descalzos y felices, que corren tras el taxi, la reconcilian.

En una calle, entre el pavimento y un pequeño camellón en el que pastan, hay un rebaño de cabras. La mujer que las cuida le trenza el cabello a su hija. Las dos son hermosas y le sonríen. Sobre aquel edificio se distingue la bandera del país: verde, amarilla y roja. Una estrella verde sobre el amarillo danza con el viento.

Le encanta observar a las mujeres caminando. Seguras. Certeras. Sus vestidos son de color rosa encendido, azul, rojo, naranja. Hay color por todos lados. Lo que más le llama la atención es la manera de lucir las joyas; de tono dorado, anillos, pulseras, aretes y collares contrastan con la piel negra; se muestran orgullosos. Mamá nunca usó joyas. Sólo en ocasiones especiales, como en mi cumpleaños, se ponía esas enormes arracadas con las que yo jugaba al columpio, golpeándolas levemente con el dedo, recuerda.

La gente disfruta la calle. Vive en el exterior entre puestos de sandías, palmeras, basura, un carrito de Nescafé y un desorden armonioso. Sentados en sillas blancas de plástico o sobre el piso, toman té servido de una tetera abollada. Conviven. Conversan o tocan un instrumento. Cantan y sus cánticos son como himnos de una religión feliz, rítmica, alegre.

Beatriz se siente en casa, está en casa. Lo que ha ahorrado puede estirarlo durante algunas semanas. Después, tendrá que buscar trabajo. Es traductora certificada pero no sabe si sus papeles serán válidos en este lado del mundo. Ya llegará la hora de preocuparse; por el momento, se sumerge en los olores, sabores y colores que añora.

Tal vez el lunes próximo, cansada de la enorme urbe, de tantos edificios blancos con techos de tejas rojas, decida partir hacia una ciudad más pequeña, hacia un lugar donde pueda ver baobabs muy de cerca.

**Khalolou y Rokia**. Khalolou conoció a Rokia Diouf cuando la joven caminaba por las calle de Thiès, buscando trabajo. Se acercó a ella porque presintió que ambos se necesitaban.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le preguntó en francés, con voz protectora. A Rokia se le iluminaron los ojos; era obvio que no conocía a nadie en la ciudad.

—Sí —respondió en wolof—, necesito un lugar donde vivir, un albergue temporal por lo menos y… un trabajo.

Enseguida, Khalolou percibió un ligero acento extranjero, pero decidió no decir nada: no hacer ninguna pregunta que pudiera incomodarla.

Sentados en un café cercano, le aseguró que adoraría a Molly y que en la institución necesitaban más gente y un buen cerebro para ayudarlos con el intenso trabajo de Tostan. Él ya ocupaba un puesto importante y podía garantizarle que la contratarían, aunque su sueldo no sería muy alto. La situación económica de la ONG era bastante precaria, pero había muchos planes para recaudar dinero, le explicó entusiasmado.

—¿Hablas otros idiomas?

—Estudié lenguas extranjeras. De hecho, soy intérprete-traductora. Hablo inglés, francés, italiano y… un poco de español.

—¡Perfecto! Es lo que necesitamos. Nos apoyarás consiguiendo

donadores en todas partes del mundo. Estamos creando una red y siempre surgen nuevos retos.

A Khalolou le fascinaron las manos delicadas de la mujer y el contraste de su piel ligeramente oscura con los ojos verdes, de un verde que nunca había visto antes. Le encantó su aire inconforme y un poco nostálgico. Tenían la misma edad: veinticinco años.

A ella le gustó su voz ronca. Parecía que Khalolou hubiera pasado la noche en vela, fumando y hablando. Cuando sonríe, muestra francamente, sin vergüenza, los dientes superiores. Los lentes le dan un aire intelectual y, al mismo tiempo, inocente.

Ahora son compañeros de oficina, mas no de confesiones. El hombre sigue sin plantearle preguntas sobre su pasado, pero la manera de comportarse de Rokia habla por sí sola. A veces parece conocer Senegal muy bien; otras, expresa las mismas ideas de los que no conocen el África subsahariana y se conforman con observar las noticias o los documentales de los canales europeos. Con un filtro estilo *National Geographic*, ve al continente como una serie de fotografías de momentos fatales: el genocidio de Ruanda con sus incontables tutsis masacrados, las sequías y las hambrunas, gobiernos corruptos, la guerra civil de Casamance, pobreza, migración, millones de infectados de sida, analfabetismo, falta de higiene y hasta un álbum a color sobre los turistas que llegan a buscar cebras, leones, elefantes.

—Tienes una visión cercana, pero parcial. Eres una extranjera afropesimista ¿sabías? —le dice Khalolou. Es medio día y están compartiendo un plato de cordero asado y té de menta. Rokia se ha convertido en bebedora compulsiva de esa infusión.

—No soy extranjera. No quiero serlo —se queda callada unos instantes, mientras da un sorbo y mastica una hoja aromática—. Mi madre nació aquí.

—Nunca me lo habías comentado.

—Nunca me lo habías preguntado.

—Por temor a un “qué te importa”.

Rokia permanece callada observando la *dibiterie*, una especie de restaurante al que acudían los miembros de Tostan con frecuencia, por las generosas porciones a módico precio. Casi todos los comensales consumen sus alimentos en silencio, sin una gota de alcohol. ¡Igual que los bares de Valencia!, piensa la mujer,

cediéndole paso a la ironía y recordando las borracheras de su padre.

—¿Qué escondes? —insiste Khalolou, con una mirada inquisidora.

—Quisiera arrancarme la mitad de mis genes. Adoraría hablar wolof sin acento, pasar desapercibida. ¿Sabes qué odio sobre todas las cosas?

—¿Qué?

—El color de mis ojos —confiesa, cubriéndolos con ambas manos.

—Eres europea, ¿cierto? Bueno —corrige inmediatamente para no hacerla enojar—, mitad europea, mitad *toubabou*.

—¿Se nota tanto?

—Tantísimo. Tu nombre es africano, tarareas las mismas melodías que mi abuela me cantaba en la infancia, conoces algunas de nuestras historias y los cuentos que pasan de generación en generación. Sabes el nombre de los platillos y evitas usar cubiertos cuando Molly o alguna de las otras extranjeras te los acercan, pero en el fondo te comportas como si vinieras a salvarnos. Te expresas como una mujer que pertenece al primer mundo y está dispuesta a dejar sus comodidades para ayudar a los pobres africanos, atrasados y muertos de hambre.

—Me estás agrediendo y no entiendo por qué. *¡Bayma!*

—Te agredes tú al odiar esos ojos que tanto me gustan y la mitad de tu origen… ¿británico, italiano? Es difícil adivinar. Hablas todos los idiomas con acento.

—Español. Mi padre era español; un cabrón hecho y derecho.

—¿Entonces… tu apellido?

—El día que aterrizó mi avión en Dakar, decidí usar el apellido de mi madre. Me encanta: es tierno y musical. Digamos que representa mi pasado luminoso. Además, me cambié el nombre para no tener ningún rastro de España.

—Tú eres luminosa, tierna cuando te lo permites, y musical. Pero también tienes esos ojos… sería capaz de cualquier cosa por poseerlos.

—¿Te gustaría tener ojos verdes? ¡Estás loco! Te verías ridículo —dice, burlándose.

—No, Rokia, me gustaría poseer *tus* ojos y… todo lo demás, si se

puede —afirma, acariciando los párpados, las pestañas y el contorno de los labios de su amiga.

—Dime Beatriz, es mi verdadero nombre. Be-a-triz —murmura, pronunciando lentamente para que los sonidos no le sean tan ajenos —. Quiero saber cómo se oye mi nombre con tu voz —agrega, conduciendo la mano grande de Khalolou hacia la mejilla y cerrando los ojos.

En ese instante, un corazón cree encontrar su meta o, al menos, un paradero momentáneo, un lugar de la geografía masculina que sabrá recibirla y hacerla suya. Pertenecer. Los días siguientes los dedican a inventar un lenguaje; fusión de dos o cien horizontes. Intercambian sudores y aromas. Tejen certidumbres y comprueban que, junto a la opacidad de una piel con herencia blanca, el negro es brillante y contagia fuerza. Casi lampiño pero cejudo, de cuello ancho, músculos marcados con falsa timidez, lo que más le sorprende a Bea de Khalolou es el color tan blanco de sus uñas y sus dientes. Lo que más disfruta es esa mezcla de ternura y violencia al hacer el amor. Sus labios, que la abarcan completa, ahogando los gritos de placer. Su forma de controlarse para permitir que ella disfrute primero. ¿Te gusta?, le pregunta constantemente. ¿Gustarme, nada más gustarme? La musicalidad nostálgica y sensual de sus movimientos la enloquece.

Khalolou y Senegal se transformaron en una unidad indisoluble e imprescindible: origen y destino.

**Khalolou y Bea**. El primer viaje que hicieron juntos fue a M'Bour, casi en el punto más occidental del continente, en cuanto se enteraron de que Khalolou y la mamá de Beatriz, Aimée, eran de esa ciudad costera. ¿Será cierto que todas las cosas pasan por algo? ¿Existen las casualidades? ¿Un mismo origen implica un mismo destino?

M'Bour los recibió como a un par de turistas más: Khalolou se había jurado no regresar nunca al hogar de sus padres, así que eligieron una pequeña casa de huéspedes en la ruta hacia Nianing. "Desayuno incluido", avisa un letrero que da a la carretera. Sólo cinco habitaciones, muy limpias y con mosquitero, aunque sin ventilador. La dueña es una suiza regordeta y bastante simpática. Apenas llega a los cincuenta, pero el sol le ha dejado la piel tan poblada de arrugas que luce mucho mayor. Su cara parece haber

sido invadida por pecas, manchas rojas y cafés. Ella sonríe sin que nada de su cuerpo le preocupe. Ya ha vivido lo suficiente para saber que el físico de una persona es fútil, casi prescindible.

Lo mejor del hotelito es la vista al mar. Un mar profundo se extiende ante sus ojos. Las olas quieren confesarles algo íntimo, pero la pareja ignora el lenguaje del océano. Bea y Khalolou corren hacia el agua, muy clara en la zona que se une con la arena, y se mojan las piernas hasta las rodillas pues ninguno de los dos sabe nadar.

—Lo que más me gusta del mar es que es eterno.

—Infinito.

—Eterno.

—Infinito.

—¿Qué más da? Se extiende para siempre y no deja de moverse nunca.

—Invita.

—Acaricia.

—Ahoga.

—No eches a perder la poesía de sus olas.

Bea cierra los ojos y Khalolou aprovecha su distracción para agacharse. Con las manos cerradas, comienza a aventarle agua salada, salpicada de espuma. Ella grita, lo persigue, corren, lo derrumba con facilidad sobre la arena caliente. La persecución los agota.

—Anda, te invito a comer algo. Tengo hambre ¿tú no?

Entonces, con los pies llenos de arena, entran a *Le Barakuda* a comer un buen *yassa* de pescado y unas cervezas Gazelle, con poco alcohol.

A Bea la consume la emoción de estar en la ciudad de sus antepasados. Quisiera buscar su apellido en el directorio telefónico para encontrar, probablemente, algunos tíos o primos. Desearía correr al barrio de su madre, buscar la casa en la que vivió, ver los paisajes que tantas veces escuchó en las narraciones nocturnas… pero Khalolou, que evita ese reencuentro con su pasado, la convence de pasar el resto del día como si fueran visitantes extranjeros.

Por la tarde recorren el mercado, a un paso del puerto. La alegría de Bea contrasta con el semblante de su pareja. Ella está

feliz eligiendo una artesanía, hecha con caracoles, para llevársela a Molly de recuerdo. Palpa las telas, huele las especias, compra leche de coco y admira las mandíbulas de tiburón que uno de los niños intenta venderle. Por más que regatea, no consigue un precio convincente.

El ambiente del mercado es efervescente, lleno de vida, olores y sonidos: las personas salen de todos lados, compran, venden o sólo observan, y se dirigen a otros lugares sin orden aparente, como un gran hormiguero en constante movimiento. Las mujeres caminan con cubetas o cestas sobre la cabeza y sombrillas para protegerse del intenso sol. En el bullicio, Beatriz se siente ansiosa y feliz: quisiera platicar con todas, preguntarles si conocen a alguien apellidado Doiuf.

Khalolou, en cambio, tiene frío en el estómago, sobre todo cuando llegan a la zona en la que comercian con pescado fresco. Debe apagar su memoria y, sin embargo, no puede. El humo de la procesadora de pescado, el olor, pero también el sonido que producen los vendedores al raspar las escamas, lo llevan de inmediato a su infancia. Junto a los puestos, el piso de tierra roja está cubierto de laminillas brillantes que hacen ruido al pisarlas. También hay restos de vísceras y gotas de sangre compactando el polvo. De algún lado llega el ritmo del *mbalax*, probablemente un disco de Cheikh Lô que escuchan en un comercio cercano.

De pronto, Beatriz también comienza a sentir náuseas por el hedor. No puede dejar de ver que, sobre un plástico que colocaron en el piso de tierra, hay varias rayas grises y gelatinosas, manchadas de sangre, una cubeta con cangrejos enormes y una decena de besugos que todavía se mueve, abriendo la boca lentamente, en una ingenua súplica por un poco de oxígeno. Lo que más impresiona a Bea es la completa vacuidad de sus ojos abiertos.

Por una o por otra razón, la pareja camina muy aprisa, buscando alejarse del mercado. Sus pasos, impulsados por la huida, los llevan hacia el puerto, como si el destino les jugara una broma negra. Ahí, cerca de un viejo muelle de madera, sentado en un bote de pintura, está un chiquillo que llama la atención de la pareja. Ousmane canta sin distraerse ni un instante de su tarea. Tiene ojos enormes y tan negros que no se distinguen las pupilas, alma limpia, labios grandes, acolchonados, y el cráneo completamente rasurado. Pronto

cumplirá once años. Vive y estudia en una escuela coránica. Por las tardes trabaja remendando las redes de los pescadores. Sus manos, pequeñas y muy hábiles, le permiten ganar unos cuantas monedas para pagar sus alimentos. Si bien en la escuela le dan alojamiento a cambio de que se aprenda el Corán, Ousmane es orgulloso y no está dispuesto, como sus compañeros *talibés*, a conseguir comida mendigando.

—*Salamaleikoum* —le dice Bea, poniéndose en cuclillas para quedar a su altura. Pero el niño no responde; ni siquiera se vuelve. Khalolou le hace una seña, tocándole suavemente el hombre derecho, y Bea se aleja. Entonces, Ousmane deja la red sobre el piso, se levanta y le susurra algo al hombre. Después, todavía sin mirar a Beatriz, regresa a su tambo de pintura y a las redes. Canta muy concentrado sin saber que, al día siguiente, los verá de nuevo.

**Ousmane**. Ousmane nació en M'Bour, igual que Khalolou y Aimée, la madre de Bea. A diferencia de ella, que se fue a España para siempre, él jamás ha salido de esa ciudad. Es huérfano. Su madre murió el día que lo trajo al mundo y a su padre, un militar de cierto prestigio en la zona, lo asesinaron en Casamance hace cuatro años. La guerra civil había terminado pero, al parecer, algún rebelde separatista recién salido de la cárcel cobró venganza. Otras versiones dicen que murió al pisar una mina. El pequeño se aferró a su hermano mayor e intentó que la vida continuara como si nada hubiera pasado. Y lo logró… hasta hace diez meses. Djeli lo dejó solo, prometiendo enviar por él en cuanto reuniera dinero suficiente. Partió a Europa; su destino final, le aseguraba, era Alemania. En algún lado había visto fotografías de ese país y se había fascinado con las montañas boscosas y la nieve. Djeli quería conocer la nieve.

Ousmane no ha recibido noticias de su hermano. Con la urgencia de aprender a leer, y sin un lugar para vivir, decidió meterse a la escuela coránica. Necesitaba leer muy pronto para buscar el nombre de su hermano en los periódicos y saber si aparecía en la lista de los inmigrantes que mueren ahogados o que son atrapados y deportados, de nueva cuenta, a sus países.

Además de descifrar letras, Ousmane adquirió otra obsesión: reparar la mayor cantidad posible de redes para ahorrar dinero. Le hace falta una fuerte suma con la única meta de migrar. Un

pescador le ha dicho que ir en avión a Alemania es inaccesible para su bolsillo, pero que es posible conseguir espacio en un barco de esos que, en vez de mercancías, llevan seres humanos hacia las Islas Canarias. Una vez en territorio español, llegar a suelo germano resulta menos complicado. Ahí, con un poco de suerte y apoyado por sus compatriotas, podría encontrar a Djeli y comenzar una nueva vida. ¿Una vida mejor? Ni siquiera lo ha pensado: simplemente no quiere estar solo, sin su familia. No le interesan las promesas de un mundo más cómodo, de salarios justos y euros suficientes para comprar, por ejemplo, un automóvil de segunda mano. Busca el calor y las canciones de su hermano. Le gustaría verse en su rostro… y reconocerse.

En la madraza, su maestro espiritual, su guía en el sendero de las palabras, es un verdadero morabito con un carisma impresionante. El viejo trata de convencerlo, por quincuagésima vez, de que olvide sus planes de abandonar Senegal. Ve en Ousmane algo especial y desea que se quede en la escuela coránica. Es inteligente y obediente. ¡Tienes tanto futuro entre estas paredes! Hay mucho que aprender de las frases dictadas por Mahoma, nuestro último profeta. Todas las respuestas se encuentran en el libro sagrado del islamismo; no hace falta atravesar mares, océanos ni tierras desconocidas para encontrarlas. Tu búsqueda debe ser interior: si estudias el Corán y cumples las reglas, dentro de ti mismo encontrarás lo que hace falta.

Ousmane no lo escucha. Nunca lo ha escuchado pero hoy menos todavía: hace una hora recibió una oferta tentadora. Un compatriota y una extranjera de ojos verdes y dulces le propusieron un trabajo en la ciudad de Thiès con el que ganará el doble. Lo mejor: no tendrá que obedecer ningún precepto religioso.

**Ousmane, Khalolou y Bea**. Desde que se conocieron en el puerto de M'Bour, hace dos o tres meses, se han hecho inseparables. Ousmane trabaja ahora con Molly Melching, como mensajero para Tostan, y ya no es *talibé*. Puede hablar con las mujeres aunque no pertenezcan a su familia, y se ha dejado crecer el cabello. Odiaba su cráneo rasurado y un poco deforme; lo hacía sentir inferior a los demás niños de su edad.

Los miembros de la organización no gubernamental se han encariñado con el adolescente por su sonrisa pronta y porque

ningún encargo le parece difícil. Si tiene que barrer la acera, toma la escoba con fuerza y, cantando, aleja el polvo y la basura. Cuando le piden que ayude a reparar el techo, trepa con agilidad la escalera y tararea, con clavos en la boca, mientras usa el martillo hábilmente. Aunque nunca había salido de M'Bour, encuentra cualquier dirección de la ciudad de Thiès con facilidad. La estudia en un mapa desgastado y, de un brinco, se sube a la bicicleta con la carta, los documentos o el paquete a entregar. Es entusiasta y sonríe, sobre todo los días de pago. Ahorra cada centavo y en las monedas ve reflejados los ojos de su hermano, muy negros, contrastando con la nieve alemana. Imagina el sabor de la nieve al chupar un hielo, trata de sentir la textura ligera. Se sueña explorando los bosques de coníferas, siguiendo las huellas de Djeli sobre el lodo. Escucha la voz de su hermano, en perfecto alemán, y trata de repetir sus palabras. Molly le obsequió un diccionario francés-alemán y estudia cinco palabras nuevas cada día, pero no hay nadie que le ayude a saber la forma correcta de pronunciarlas.

Khalolou y Bea intentan equilibrar los ideales de su pequeño amigo con razones de peso. Bea le cuenta la historia de su madre, lo terriblemente triste que es ser extranjero en un país tan distinto. Peor aún: la tragedia de tener la piel negra en un país de blancos blanquísimos. Ousmane imagina a los alemanes muy rubios y de ojos azules… y eso le produce una gran ternura, aunque no dice nada por temor a las críticas. En las noches, Bea recuerda a Aimée escondiendo sus costumbres, disimulando sus creencias, forzada a olvidar su idioma y la geografía del Senegal. Cuando el adolescente no los escucha, Khalolou le confiesa a su pareja un temor que, día con día, aumenta: seguramente Djeli ha muerto ahogado, deshidratado o de alguna enfermedad, pero ha muerto. Un año sin noticias es demasiado. Ni una llamada telefónica, ni una carta. ¿Y si estuviera detenido en una prisión de las Canarias, de la España continental o de Alemania? Ousmane llama por teléfono a la tienda de monsieur Traoré una vez al mes, en donde Djeli sabe que puede localizarlo o, al menos, dejarle un mensaje. Nada.

El adolescente sigue cantando mientras trabaja. Canta aún más fuerte cuando recibe su salario pero, una tarde cualquiera, decide dejar de hablar de Djeli y de Alemania para no angustiar a sus amigos, que se preocupan por todo. Su hermano está vivo y pronto

estarán juntos en algún pueblito de nombre impronunciable.

**La huída**. Ayer, Ousmane cumplió trece años. Hoy guarda sus posesiones en un saco de lona, color militar, que le regaló Molly. Algo de ropa, su diccionario francés-alemán, un ejemplar del Corán, el caparazón de una tortuga que encontró en el mercado de M'Bour y un peine de plástico con gruesos dientes azules. La única fotografía que conserva es de su mamá, su padre y Djeli cuando tenía dos años. En blanco y negro, los tres sonríen pero no miran directamente a la cámara sino algo o a alguien ubicado detrás del fotógrafo, en un punto lejano. Ousmane todavía no había nacido y ni siquiera se distingue protuberancia en el vientre de su madre. Esa foto es su tesoro, además de los billetes que ha ahorrado.

Como regalo de cumpleaños, Bea y Khalolou prometieron llevarlo a pasar el fin de semana a Saint Louis. Khalolou consiguió un coche prestado para no tener que tomar el autobús que se detiene cada rato. Además, la ilusión de Ousmane es visitar, sin prisas, la Mezquita de Tivaouane, en la carretera. El año pasado estuvieron ahí en el Maouloud, la celebración del nacimiento del profeta Mahoma, pero ese día había tanta gente que no pudo disfrutar la amplitud del templo, ni su magia. Tampoco logró leer los versículos del Corán labrados en las paredes de la mezquita con una caligrafía perfecta: *Creo en Alá, sus Ángeles, sus Libros, sus Mensajeros, el Último Día. Creo que todo lo bueno o lo malo lo decide Alá y creo en la vida después de la muerte*.

Aunque Ousmane no es particularmente religioso, las palabras que le enseñó su morabito le han ayudado a no perder la esperanza. Sobre todo, se le quedó grabada la historia de la huida de Mahoma en el año 622: perseguidos por los líderes políticos de la época, que temían la creciente popularidad del profeta nacido en La Meca, Mahoma y sus seguidores lograron huir gracias a la ayuda de Alá. Ousmane está seguro de que en su pequeña *hégira*, Alá suavizará los obstáculos y lo ayudará a llegar sano y salvo a Europa porque Él todo lo controla.

Ousmane se mantiene en silencio durante el recorrido por la carretera; observa el paisaje y lamenta no haberse despedido correctamente de Molly. ¡Hasta el lunes!, le dijo su jefa, deseándole un fin de semana divertido. Al adolescente le hubiera gustado abrazarla, agradecerle lo mucho que ha hecho por él, explicar el por

qué de su partida definitiva, pero no quiso despertar sospechas. Sabe que nadie aprobaría sus planes.

Al llegar a Saint Louis, Ousmane luce francamente nervioso. Parecen no impresionarle la riqueza de la ciudad ni los paisajes tan verdes gracias a su ubicación: en la región del río Senegal, muy cerca del mar. Es un lugar estratégico para la migración: las aguas dulces de esa zona no tienen corrientes peligrosas. Por lo tanto, las barcas pueden cargar tranquilamente a los pasajeros y, una vez en el río, enfilarse rumbo al mar.

Los tres amigos se alojan en un albergue cercano al puente Faidherbe. Consultan un mapa y leen las fotocopias de una guía turística. Deciden pasear por la ciudad, sin itinerario ni prisas, como si fueran una familia: padre, madre e hijo. Para mañana dejarán la visita a la catedral, al centro cultural y al mercado N'Dar Tout.

Pero al día siguiente, al atardecer, es la cita en el barrio de los pescadores y Ousmane planeó todo, excepto cómo escaparse en el momento necesario. Decide que lo mejor es irse hoy por la noche, en el instante en que Khalolou se quede profundamente dormido. Cuando duerme, no hay fuerza que lo despierte. El adolescente ya encontrará un lugar dónde esconderse mientras llega la hora del encuentro.

Bea se despide de Ousmane con un beso en la frente y después se dirige a su habitación. Khalolou y Ousmane inspeccionan la suya: el color de las paredes, verde encendido, luce deslavado en algunas zonas. El foco del techo está fundido pero la luz de la lámpara de mesa es suficiente. Mientras Khalolou se lava los dientes, platica. Tiene esa mala costumbre.

—¿Shsras entooo?

—No entiendo nada —dice el adolescente.

—¿Estás contento? ¿Te gusta Saint Louis? —vuelve a preguntar, ya sin el cepillo dentro de la boca.

—Sí, mucho —responde inseguro.

—Pues no parece.

—Tengo dolor de estómago. Tal vez algo que comí me cayó mal.

—Duérmete y no pienses en tu dolor. Es la mejor solución —concluye, apagando la luz. Desde el exterior les llega el canto del almuecín llamando al último rezo del día.

A la mañana siguiente, los gritos de Khalolou y sus golpes sobre

la puerta despiertan a Bea.

—No está, se ha ido. *Merde!*

—¿Qué pasa? ¿De qué hablas? —contesta la mujer, abriendo la puerta.

—Ousmane se fue.

—¿A dónde?

—A Europa.

—No es momento para bromas.

—No estoy bromeando. Nos engañó: nos trajo aquí para embarcarse rumbo a… ¿Cómo pude ser tan estúpido?

Bea lo abraza por la cintura, tratando de calmarlo. Está amaneciendo y, otra vez, se escucha el llamado al rezo. Khalolou alza las manos hasta los hombros, con los dedos separados. Después las coloca sobre las rodillas e inclina la cabeza. Ante la mirada sorprendida de Beatriz, se arrodilla y toca el suelo con las palmas de las manos, la nariz y la frente.

—¿Qué haces?

—Rezo.

—Eso es obvio —dice Bea molesta—, pero ¿por qué precisamente ahora te da por volverte religioso?

—Si Alá no lo ayuda, se va a ahogar.

—Se ahogará si nosotros no nos vestimos rápidamente. ¡Anda, ponte algo, trae las llaves del automóvil y vamos tras él!

—¿A dónde?

—Decidimos en el camino. ¿Vale?

—Por lo pronto, supongo que debemos recorrer las márgenes del río.

—O buscar a alguien que se dedique a transportar migrantes y nos dé información. Barcos negreros o como se llamen.

—Eso nos llevaría horas. No creas que hay letreros por dondequiera. Es una actividad ilegal, ¿recuerdas?

—Deja tu humor para después y abre la puerta del maldito coche —dice Bea, consternada. Ousmane se ha convertido en una especie de hermano menor. Se sentía bien protegiéndolo, y ahora se cree culpable—. Deberíamos habernos dado cuenta. ¡Qué casualidad que repentinamente, de un día al otro, no habló más de Alemania!

—Es más listo que tú y yo juntos.

—Sin duda.

Está cayendo la tarde. Bea y Khalolou siguen dando vueltas por las calles de la ciudad en el automóvil prestado. Comienzan a desesperarse y, al mismo tiempo, a perder la fuerza. No han probado alimento y no saben a quién dirigirse. Han ido a todas las oficinas de información, han cuestionado a la gente de la calle, a los vendedores en los mercados, hasta a los policías. Nadie habla; nadie quiere hablar. La migración ilegal no existe. Es imposible llegar de Senegal a Europa. ¿Acaso no han visto un mapa? ¿Las Islas Canarias? ¿Son reporteros? ¿Embarcaciones con africanos sin papeles? Aquí no hay de eso…

Al anochecer, entran a un pequeño comercio para comprar algo de comer. Deciden preguntar una vez más.

—*Salamaleikum* —saludan.

—*Aleikum Salam* —responde, con una sonrisa, la mujer que los atiende. Es bastante gorda y carece de dientes incisivos. Sin embargo, su sonrisa es reconfortante. Al escuchar lo que necesitan, muy amable, les indica que pasen a la trastienda: *Kay fii*. Enseguida, mira hacia la puerta para comprobar que ningún otro cliente haya entrado. Protegidos por unas cortinas, la enorme mujer se acerca y les susurra, muy quedo:

—Las lanchas salen en las noches sin luna, en las afueras de la ciudad, de los plantíos de caña de azúcar para poder esconderse. Tomen el camino hacia el sur, el que los lleva al final de la *Langue de Barbarie*. A unos veinte kilómetros, busquen un sendero hacia el río. Pregunten a la gente del lugar. Esos perros siempre cambian de posición para burlar la vigilancia. Si necesitan ayuda, digan que los manda Birago, es el nombre de mi hermano —Khalolou trata de interrumpirla pero la mujer lo calla y continúa—. Es policía y ayuda a los traficantes. Yo me mato en esta tienda y él gana mucho más solamente por hacerse el ciego. En fin… Por favor no mencionen mi nombre ni que fui yo quien los guió hasta allá.

—Madame —dice Bea— ni siquiera sabemos cómo se llama.

—Y jamás la hemos visto —agrega Khalolou —, pero rezaremos por usted y le estaremos agradecidos siempre. *Dieureudieuf!*

Nadie sabe con qué argumentos toma decisiones el destino. ¿Quería, acaso, que Bea regresara a su país de origen? ¿Deseaba alejarla de Senegal? Las casualidades y causalidades se unen para

mover los hilos de la obra con una lógica que a los seres humanos nos cuesta trabajo entender. Por eso existen las religiones: nos invitan a aceptar lo inevitable apoyados en un inocente conformismo.

Como si lo hubiera dispuesto una fuerza superior, igual que si Mahoma se divirtiera moviendo las fichas, Bea y Khalolou llegaron a un camino sin salida, a la mitad de un sembradío de caña. Las varas verdes, delgadas y bastante largas, se movían con el viento, haciendo un ruido peculiar. ¿Otros sonidos? Probablemente alguno inaudible, como el que produce la esencia de las estrellas al chocar con la tierra africana. De pronto, la quietud fue quebrada por el brillo de una linterna y los gritos de un policía.

—¿Birago? —preguntó Khalolou, cauteloso.

—¿Quién le dijo mi nombre? —gritó molesto.

Bea se acercó al uniformado, con las manos en postura de rezo, inclinando la cabeza.

—Por favor, necesitamos su ayuda. ¿De dónde salen las barcas de los sin papeles?

—De ningún lado. Aquí sólo hay terrenos para la agricultura…

—Un terreno cerca del río —intervino Khalolou—. Además, a estas horas y en este lugar no creo que usted ande atrapando ladrones. Por favor ayúdenos, buscamos a un pequeño que quiere ir a Europa tras su hermano. Apenas tiene trece años. Es un viaje muy peligroso para él.

—¡Si supiera! —dice con una carcajada al darse cuenta que esos dos no representan un riesgo. Sus risas se asemejan a los gruñidos de un marrano—. Se embarcan hasta con niños de teta. Apenas la semana pasada un viejo quería subir una vaca. No estaba dispuesto a irse sin su animal… ¡el muy mierda! —agrega, escupiendo saliva pastosa.

—Entonces, ¿nos ayuda? —pregunta Bea, juntando nuevamente las palmas de las manos y cerrando los ojos para no ver el escupitajo que ha caído cerca de su zapato.

—*Du fric* para soltar boca. Pero rápido porque vamos tarde… —dice, canturreando.

—¿Perdón?

—Quiere dinero. Dame lo que traigas.

—¿Y para la gasolina?

—Ya nos arreglaremos. *Am* —le dice al policía, dándole los billetes arrugados.

La pareja sigue a Birago, que se desplaza hábilmente entre las cañas. La linterna ilumina el camino del gendarme, pero Bea y Khalolou no pueden ver bien lo que pisan. Tropiezan varias veces y se atrasan otras tantas. El policía les hace señas, escupe y murmura groserías sin dejar de avanzar.

Al llegar a un pequeño claro, se detiene y apunta hacia una hilera de árboles que marca las márgenes de ese río anchísimo y tranquilo. No se ve nada, no se escucha nada.

—Caminen en el sentido de la corriente, hacia allá. Si llegan al mar, ya la jodieron. *Maa ngi dem* —vuelve a reír y su nariz se transforma en la trompa de un cochino. Da media vuelta y cuando está detrás de las cañas, completamente cubierto, se escucha un "gracias por el regalo", que provoca en Bea unas terribles ganas de golpearlo.

—Ni siquiera nos dejó la linterna —se queja. Mientras, Khalolou trata de esconder su temor de que el policía los haya engañado: no hay señal de barca alguna, ni una pisada sobre el lodo. ¡Y encima, le dieron todo el dinero que traían! Comienza a avanzar, sorteando piedras y brincando las enormes raíces de las ceibas. Bea lo imita.

De vez en cuando, un ruido en la maleza los obliga a detenerse. Serpientes o pequeños mamíferos, incluido un tímido chacal, son los culpables, pero se esconden rápidamente entre los juncos. Después de caminar durante casi una hora, siguiendo el cauce del río Senegal, Beatriz se detiene. Se sienta, agotada, sobre una roca y deja escurrir varias lágrimas. Khalolou se paraliza: nunca la había visto llorar.

—Dime que lo vamos a encontrar, por favor dímelo —solloza.

—Lo vamos a encontrar, *Incha Allah*.

—¡Y aunque Alá no quiera! —se revela Bea—. No podemos dejar todo en manos de Dios.

En ese momento, como salida de la nada, una patera pasa frente a ellos, sin hacer ruido. Apenas se escucha el agua al chocar contra la embarcación. Khalolou sigue paralizado, sin embargo, Beatriz reacciona como, tal vez, no debería haberlo hecho: poniéndose a gritar el nombre de Ousmane a todo volumen. Grita cada vez más fuerte, siguiendo al bote. Pronto, el agua le llega a las rodillas. Ella

no lo nota; parece haber olvidado que no sabe nadar. Khalolou trata de detenerla.

—¡No hagas tonterías! Regresa —pero la mujer lo ignora. Más aún cuando se oye la voz tímida y aguda de Ousmane, desde la barca, que la llama. No alcanzan a verlo, pues los traficantes mantienen su cargamento lo más escondido posible, obligándolos a apretarse y agacharse para que sus cabezas no sobresalgan de la borda.

—¡Be-á, Be-á! —grita el adolescente, partiendo las sílabas del nombre de su amiga, como lo hace siempre, con su acento particular.

Beatriz siente el lodoso fondo del río, podría resbalar… afortunadamente las piedras la sostienen. Sigue adelante, usando sus brazos como remos. Ha perdido la noción del tiempo. Seguramente no sabe ni en qué país está. Sólo piensa en abrazar a Ousmane y bajarlo de esa lancha demasiado estrecha y frágil. El agua, tranquila, le ayuda en su misión.

De pronto, un martín pescador blanco pasa volando muy cerca de Bea. El ruido de las alas y su repentina aparición, a media noche, la distraen. Pierde el paso o llega a una zona más profunda o se tropieza con alguna rama, el hecho es que el agua le cubre la boca y comienza a chapotear, agitando los brazos, desesperada. Khalolou grita con todas sus fuerzas. A su vez, Ousmane se incorpora y trata de llegar al lanchero, provocando que la barca pierda su precaria estabilidad y comience a balancearse peligrosamente.

Entonces, el patrón de la patera decide retroceder para rescatar a la mujer, no por su calidad humana, sino para evitar una volcadura y, al mismo tiempo, detener los gritos enloquecidos del hombre que, desde la orilla, contempla la escena sin atreverse a hacer nada. El traficante no puede arriesgarse a que alerten a la policía o que los gritos llamen la atención de los campesinos cercanos. Lo más rápido posible, enfila la embarcación hacia Bea y le tiende esa especie de remo con el que dirige hábilmente su patera. Ella apenas puede aferrarse, pero el hombre la jala con fuerza y la ayuda a subir, de un solo movimiento. Es obvio que tiene experiencia y evidente que está furioso. Sin levantar la voz, comienza a insultarla y a quejarse en un dialecto que ella no entiende. Está agotada, empapada. Siente pánico aunque se calma

cuando ve el rostro de Ousmane, sus ojos arrepentidos que se asoman detrás de un costal. Con el pie sobre la espalda de Bea, el mafioso la obliga a mantenerse escondida y quieta. La mujer siente un dolor agudo en su columna, pero se queda callada. Ningún otro pasajero se mueve; el terror los ha paralizado. El patrón continúa avanzando hacia el mar: afortunadamente ya está muy cerca. La presencia de un gran número de palmeras y el fuerte olor a sal, lo anuncian.

Khalolou queda atrás, rezagado. Trata de seguir la lancha; se detiene: no encuentra un lugar seguro donde pisar. La zona en la que se unen las aguas, dulce y salada, es demasiado peligrosa por las corrientes. Siente miedo y odia reconocerse frágil. Soy un cobarde, piensa. No pude proteger a Duma, no pude salvar a Bea ni a Ousmane: no sé proteger a los míos. Una cascada de hubieras comienza a atacarlo: hubiera ido tras ella. No hubiéramos venido a Saint Louis. Si hubiera sospechado o sabido…

Su respiración se agita. Ve el cielo y sus pies y otra vez el cielo y sus pies y la cabeza le pesa demasiado como si fuera enorme y comienza a escuchar un zumbido en los oídos y cree perder la razón y lo que pierde es la fuerza de sus piernas y cae mareado agotado rendido inútil culpable timorato avergonzado pusilánime arrepentido menguado apocado medroso.

Con la mirada busca una piedra filosa para hacerse daño. ¿Mi sangre podrá lavar este pecado? Pero se encuentra en medio de un barrizal. Utilizando sus uñas, demasiado cortas, trata de herirse: apenas deja unas pequeñas marcas sobre la piel del rostro, tan negra, tan gruesa. Avienta sus anteojos con fuerza. Llora.

El sonido de un animal nocturno rompe la escena. Khalolou se arranca la túnica y comienza a untarse fango: sobre su cara, brazos, pecho, su cuello ancho con venas que saltan, piernas, vientre, en su sexo encogido. Se llena de lodo y grita —aullidos preñados de dolor — pidiéndole a Alá, en todos los tonos, que salve a Bea, que le permita el milagro del reencuentro, a pesar de que no se lo merece pues se ha convertido en un hombre miserable, cobarde.

*Incha Allah, Incha Allah, Incha Allah* repite, hasta el amanecer. Aunque es probable que el amanecer nunca llegue.

## Beatriz Uno

Beatriz divide su tiempo entre su hija, que ya entró a primaria, sus talleres literarios y la escritura de la novela sobre las Beatrices, que ahora la mantiene ocupada. Aún así, no ha logrado separarse de esa historia que llegó en un sobre con su nombre escrito en una letra bastante clara. Sigue pensando que ella no es la verdadera destinataria, que habiendo tantas Beatrices en el mundo, fue una casualidad que llegara a sus manos. ¿Si mi nombre no fuera Beatriz, me hubiera escrito de igual manera?

A pesar de que guardó la carta de William Coday en el fólder de "Historias para olvidar", no deja de pensar en él. Cuando abre la puerta de su estudio, avienta las llaves y la bolsa, se descalza y después revisa la correspondencia para saber si ha llegado alguna otra carta con los timbres de la bandera norteamericana. Hace dos meses le respondió y constantemente se pregunta si el asesino habrá recibido sus palabras.

Enciende la computadora y, después de revisar sus correos, en contra de esa voz que le dice "no lo hagas", busca el nombre de la persona que se está convirtiendo en una obsesión. La misma voz le sugiere que vuelva a su labor, que siga investigando sobre la Beatriz senegalesa mientras escucha un CD de Youssou N'Dour, por ejemplo, pero la escritora ignora el llamado. Aprieta las teclas y se despliegan varias páginas. Decide abrir la de la cárcel que habita. La lista de los presos es larga, pero más larga aún la de las reglas, normas y restricciones para ponerse en contacto con ellos. La idea le viene de la nada: debo visitarlo, hablar con él, conocerlo.

DC Number: L41976
Name: Coday, William
Race: White
Sex: Male
Hair color: Brown
Eye color: Hazel
Heigh: 6'02"
Weight: 210 lbs.

Birth date: 01/25/1957

Release date: DEATH SENTENCE

Revisa las fotografías de las celdas, un mapa para llegar a la prisión de Raiford, la transcripción del juicio, varias fotos de Coday con la novia a la que mató y sólo una de la cárcel, con su traje anaranjado y unos lentes que lo hacen lucir como lo que es: un ratón de biblioteca, un hombre al que clasifican de brillante, que habla cinco idiomas y posee amplios conocimientos. Se entera que tiene contacto con muy pocas personas, lo dejan ducharse tres veces a la semana y no puede abandonar su celda, siempre esposado, más que por razones médicas, para su media hora de ejercicio o alguna visita de tipo legal. Todos los domingos ve la misa a través del circuito cerrado de televisión. Se arrodilla y reza. *Our Father, who art in heaven…*

Beatriz lee su confesión: *I broke into a rage, a demoniac rage*. Cuando confesó, lo hizo por escrito, a mano. ¿Habrá trazado la misma letra, tan cuidada, tan estudiada, de la carta que le mandó?

Después consulta algunos sitios más, toma apuntes de diversas notas del Miami Herald y otros periódicos. Poco a poco reconstruye su pasado: aparentemente una infancia de rechazos y temores. Resalta esa escena claustrofóbica de sus seis años en la que tres muchachas adolescentes lo torturaron, encerrándolo en un refrigerador, y se burlaron de él cuando gritaba pidiendo ayuda. Risas. Más risas. Desde entonces tiene alucinaciones paranoicas y, cada vez que en su vida adulta se ha sentido aterrorizado, sigue escuchando las burlas.

La escritora piensa en su propio pasado: todo era color de rosa. Un mundo mágico con unos padres amorosos y presentes. Buena posición económica. Amigos, viajes, cariño, educación, seguridad, protección, armonía. El pasado le pesa, pesa mucho. Sin ninguna mancha ni trauma, ¿qué excusa puede encontrar para el fracaso? Y, además, ¿qué mérito puede tener una persona a la que no le ha costado trabajo nada? ¡Se siente tan culpable! Recuerda a aquel escritor del Berlín Oriental al que conoció unos meses después de la caída del Muro. Conversaron en su departamento en una zona de la ciudad que todavía era gris, como si la historia la hubiera abandonado. Un retrato de Marx, en blanco y negro, era lo único que colgaba de una pared tapizada con tonos amarillos deslavados.

—Pensaba que cuando cayera el muro sería feliz, que todo sería más fácil para mí.

—¿Y no ha sido así? —pregunto.

—*Nein!* Todo lo contrario —confiesa el alemán, dando un sorbo al café—. Todo se ha complicado. Antes teníamos una excusa para nuestras frustraciones, nuestras amarguras: el muro. ¿Nadie quería publicarme? Era culpa del muro, en Berlín Occidental seguramente sí hubieran admirado mi obra. ¿Mi esposa me abandonó? Claro, porque un muro me limita y me ha amargado. Ahora, sin muro, ¿qué excusa tengo para que continúen sin valorar mis novelas? Mi mujer no ha regresado y ya no tengo a quién responsabilizar.

Un pasado perfecto no admite errores y, al mismo tiempo, convierte a su dueña en un monumento a la intolerancia. En eso, Beatriz se parece a Coday, a quien ya llama cariñosamente, "su" asesino. Él fue incapaz de tolerar el abandono de sus novias. Gloria lo había sacado de su vida, compartía techo con otro hombre, estaba enamorada nuevamente y Coday la atrajo con una mentira: le dijo que padecía un cáncer muy avanzado y quería verla por última vez. Ese día la mató. ¿Cómo alegar que no fue un asesinato premeditado? Beatriz no se cree capaz de quitarle la vida a nadie pero, a veces, las decisiones poco dependen de la razón. Obedecemos a nuestro nombre, a nuestro destino.

Regresa a sus planes: visitar al preso en la cárcel de Florida. Llevarle algunos libros para suavizar la espera. Lo que más se le antoja es ver su mirada de cerca y plantearle varias dudas. ¡Tiene tantas preguntas!

Beatriz sabe que Coday es un hombre intelectualmente inquieto y un amante apasionado de la literatura, sobre todo de la poesía de Keats. Su primera esposa lo describe como un buen marido, a pesar de que en sus seis años de matrimonio sólo tuvieron una relación sexual. Según su segunda esposa, Tooska Amir, es cariñoso y delicado. Aun después de sus divorcios, las procuraba y ayudaba cada vez que tenían un problema. "Hasta este momento —declaró con lágrimas en los ojos—, nadie ha tenido tanto impacto en mi vida. Él me abrió las más hermosas puertas hacia la literatura y el arte".

También en eso se parecen la escritora y su sujeto: ninguno de los dos puede vivir sin libros. Beatriz siempre carga uno: lee en el

coche, mientras espera la luz verde; en el consultorio médico, rogando porque el doctor se tarde en recibirla; durante la clase de ballet de su hija. Coday leía hasta cuando caminaba hacia el trabajo. Jamás se tropezó, parecía que conocía cada escalón, cada grieta del pavimento. Ahora, en la cárcel, no tiene acceso a una biblioteca. Ambos escriben. Coday, después de asesinar a Gloria Gómez, huyó y desapareció casi durante un año. Algunos diarios dicen que atravesó la frontera hacia México y se refugió en la casa de un viejo compañero, en Ciudad Juárez. ¡Qué ironía! Ciudad Juárez: el infierno mundialmente conocido por sus muertas… En ese tiempo se dedicó a redactar una novela de doscientas páginas titulada: *Crepúsculo: A Journey into Obsession*. Dudo mucho que logre publicarla, si eso buscara, pues en ella narra los detalles de su relación compulsiva con la colombiana y el camino que lo llevó a quitarle la vida. Un asesinato que planeó durante un mes.

# Beatriz Cinco:
# Asesinada

*Es una forma de conocimiento bíblico: el que el asesino se otorga.*
*Descubre de alguien esta intimidad absoluta: la muerte.*

AMÉLIE NOTHOMB

De todas, soy la única que murió de manera violenta. ¿Quién fuiste antes de que murieras?, me hubiera preguntado Dante desde alguno de los círculos del infierno. Contar mi historia se convierte en una tarea sumamente difícil pues he empezado a perder la memoria; tal vez como protección natural contra el horror. Necesito decirles lo que me pasó antes de olvidarlo. ¡Qué irónico! A los muertos nos sigue creciendo el cabello, las uñas… pero comenzamos a perder los recuerdos. En cambio, lo único que les queda de nosotros a los vivos son, precisamente, los recuerdos.

La muerte,

L a  m u e r t e

# La Muerte

es juguetona y está en los renglones de cada vida. Pocos se dan cuenta de que se asoma a nuestros ojos por lo menos tres veces al día. Necesita leer la mirada y saber, de esa manera, el momento en que estamos listos. Nunca se atreve a irse lo suficientemente lejos de las agendas cotidianas. Está ahí, al acecho, siempre dispuesta a interrumpir las metas que algún día nos fijamos.

Si desde pequeños pudiéramos contemplar nuestros límites, como entendemos los límites de todas las cosas —países, ríos, casas, propiedades, clase social—, no la pasaríamos mal al morirnos. Yo siempre pensé que estaba demasiado viva para desaparecer de pronto, que mi lista de cosas por hacer era interminable, que tal vez al cumplir los ochenta y cinco tendría la tranquilidad, y el tiempo, para despedirme. Pero el destino no me pidió permiso. Tuve que entregarme a él, como debe uno entregarse a los amores: sin reservas ni condiciones.

De todas las muertes, las violentas son las peores aunque nos otorguen la dulzura de la rapidez: sólo sentí la primera puñalada. Enseguida perdí la vista, aunque conservé los ojos abiertos, muy abiertos. Se dice que la mirada de un moribundo es algo que no se olvida. Hubiera querido observar fijamente al asesino para que, al menos, sintiera culpa. Escuché sus gemidos, gemidos de placer. ¿Es placentero, acaso, atravesar la carne una y otra vez? ¿Algún hueso interrumpió o desvió el trayecto de la hoja metálica? ¿Quedaron sus manos, su ropa, llenas de mi sangre? ¿Gritó su triunfo, como en un rito caníbal? ¿Limpió sus huellas y huyó, o se quedó ahí, sobre mí, masturbándose? ¿Es lo mismo matar por placer que por venganza?

Me mataron en Juárez, en esta frontera infame, como a muchas otras mujeres. En menos de un minuto —¿eso tarda en escaparse la

vida?—, mi caso aumentó las estadísticas. Soy un número más, un reportaje más, una muerta de Juárez más, una cruz rosa más marcando el lugar donde me encontraron… aunque tal vez reciba una mención especial en la prensa porque soy, o era, periodista. Y de verdad —no lo digo porque esté muerta—, presiento que andaba sobre una pista correcta. Una sola pista. No como las autoridades de Chihuahua, que únicamente se dedican a afirmar que tienen abiertas varias líneas de investigación. ¡Si supieran que quien más me ayudó con el caso fue un norteamericano que también se obsesionó con estos inexplicables asesinatos! Willy me enseñó, con paciencia, la personalidad de los asesinos seriales. Me dijo que el culpable no era un solo hombre. Con su mirada bondadosa escondida tras unos lentes de bibliotecario, me guió al lugar preciso en el que localicé al asesino, a unos de los asesinos, pero el criminal también supo encontrarme. Parecía que me estaba esperando. Dos vidas paralelas que nunca se deberían haber cruzado se unen puntualmente en un punto preciso, igual a dos amantes que llegan a su cita de amor.

La escena fue bastante macabra, puesto que me descubrieron días después, en un lote algodonero. Me anunciaba la fetidez de la muerte. Mi cuerpo no era mi cuerpo, era un juguete completamente roto, desmadejado, que en caso de haberse podido reparar, no hubiera servido de nada. Apenas conservaba forma humana: una masa de tejidos malolientes, líquidos pútridos y jirones de ropa sucia, enlodada. En términos del reporte forense, estaba en posición de decúbito dorsal, mis jeans a las rodillas. Varias heridas punzo penetrantes en vientre y senos, excoriaciones en ambos brazos, golpe contuso con hematoma a nivel maxilar y a nivel de pómulo derecho, hemorragia bucal y nasal, excoriación lineal cerca del cuello, manos atadas con cuerdas de zapatos. Es cierto, perdí los zapatos, unos muy cómodos que me llevé a propósito para recorrer la ciudad sin cansarme, entrevistando a los familiares que han contado su historia muchas veces y lo hacen con la misma expresión en sus ojos: un odio conforme, una tristeza que ya se acostumbró a estar entre su vestimenta. Hasta los niños, los huérfanos, han olvidado las esperanzas y los rostros de sus madres, salvo unos cuantos afortunados que conservan alguna fotografía. Los culpables somos todos, no sé por qué todavía los están buscando, me dijo una

adolescente sin detenerse, mientras se dirigía hacia su trabajo en la maquila.

Mi primer encuentro con la muerte fue hace mucho tiempo. Tenía cuatro años y apenas iba al jardín de niños. A mi abuela le dio un derrame cerebral que la mantuvo en el hospital casi tres meses. En casa nadie mencionaba a la muerte, pero escuchaba las conversaciones entre mis padres: meningitis no habla no tiene expresión en la mirada está dormida hubiera sido mejor…

Papá dejó de llegar temprano por las noches y mamá empezó a quejarse de dolores de cabeza. Los fines de semana ambos buscaban con quién encargarme para ir al hospital. Los planes cambiaban de un minuto al siguiente y me di cuenta de que no entendía lo que estaba pasando. Antes me conformaba con pensar que los muertos están enterrados, así de simple y sencillo. Ya había visitado un panteón y no me impresionó: todo lo contrario, corrí entre las tumbas y jugué a ser soldado. En Día de Muertos ayudaba a mamá a poner la ofrenda y me entretenía con las calaveritas y los adornos. Cuando nadie me veía, le daba una mordida al pan de muerto y corría a escupirlo; casi siempre estaba duro. Alex y Emilio, mis hermanos, acostumbraban luchar con espadas luminosas o pistolas que producían ruidos extraños e, invariablemente, uno de los dos acababa muerto. Era natural.

Con lo de mi abuela, la muerte se transformó en una amenaza constante. En un miedo que me acechaba y al que no podía encontrarle explicación. Comenzaron las preguntas a horas y deshoras. ¿Qué pasa cuando mueres? ¿En cuánto tiempo te conviertes en angelito? ¿Al morir sigues pensando? ¿Las nubes son más suaves que los conejos recién nacidos?

No podía quitarme a la muerte de la cabeza y, aunque parezca lugar común, realmente comencé a ver la vida de otra manera. Le pedí a mamá que me asegurara que moriríamos al mismo tiempo para no sufrir su ausencia. Yo le hice idéntica promesa. Juramos morir al mismo tiempo, el mismo día, en idéntico segundo.

Cuando se pierde la inocencia, es para siempre. Y mis padres ¿cómo podían explicarme lo que yo no quería escuchar pero ya intuía? ¿Cómo explicar lo que ni ellos comprendían? ¿De qué manera se habla de la muerte a una niña que todavía tiene la piel suave y usa talla seis? La desaparición física sigue siendo uno de los

grandes misterios.

Después de cumplir 27 —fui lenta para encontrar mi vocación—, mi pasatiempo era ver programas de investigación forense en la tele. Las muertas de Juárez se convirtieron en una obsesión. Quería abrazar la tarea investigadora sobre las víctimas como si se tratara de una cruzada para salvar al mundo. Mamá opinaba que los medios lo exageraban todo. El caso es que tardé más de seis meses en convencer al editor de la revista para que me mandara como enviada especial: le garanticé un gran reportaje. El tema está agotado y, además, si enviara a alguien sería a un hombre. Lo hubiera escuchado. No soporto pensar en el dolor de mi madre: prometimos morir al mismo tiempo y no logré sostener mi juramento. Pero la culpa no es mía sino de estos hombres sedientos de sexo forzado, de sangre dulce, rostros asfixiados, órganos latiendo, crujir de huesos, cuerpos expuestos al sol, al calor, a los perros. De cuerpos abiertos, violentados, deshechos de manera absurda e inexplicable. De mujeres que tuvieron al enemigo enfrente, encima, detrás y lo único que pudieron hacer, como yo, fue gritar.

U n G R I T O

fue lo último que salió de mis labios. Ni siquiera me dio tiempo de insultarlo de enterrarle las uñas de darle una patada en los huevos de sacar el gas pimienta para salvarme. Fue un grito ahogado y suave, con voz aterciopelada. Papá siempre decía que mi voz era de terciopelo. La hemorragia interna debilitó rápidamente mi resistencia. La sangre inundó mis pulmones y se esfumó el oxígeno de la vida. Empiezo a separarme de lo que alguna vez consideré imprescindible. Me he desprendido de la materia, lo mío ya es otra cosa: estoy muerta.

Comienzo mi viaje final hacia la tierra, hacia el lodo suave y tibio que me acogerá. La energía fluye y todo se ilumina.

Lástima que los muertos no podamos escribir, porque mi reportaje hubiera sido el mejor de todos. El más atinadamente escrito: *Soy una de las muertas de Juárez y quiero contar mi historia*. Así comenzaría. He visto la muerte y la he sufrido. He observado el dolor y lo he sentido. He visto de cerca los ojos de una bestia. He padecido sus manos y su aliento. He oído su voz, insultándome. He escuchado sus carcajadas, impunes. He visto el cuchillo en su mano,

la danza mortuoria de sus brazos. He contemplado, en él, a todos los asesinos. He clamado por todas las venganzas. He palpado el desprecio a la vida de mujeres pobres y jóvenes. He gritado por todas las muertas. He sido devorada, violada, golpeada, ultrajada, apagada, humillada, mutilada, consumida. He sido una muerta de Juárez.

Al final del texto aparecería mi nombre: Beatriz Rivas, en caracteres grandes y orgullosos. Mi madre recortaría el reportaje. Con su letra finita, casi incomprensible, agregaría: “Ni una más. Todas son nuestras hijas. Todas son nuestras muertas”. Después lo mandaría a enmarcar y lo colgaría en la pared de su recámara. Tal vez, entonces, sentiría solidaridad por las madres de más de seiscientas adolescentes, estudiantes y obreras asesinadas. Tal vez, entonces, podría perdonar mi promesa incumplida.

# Beatriz Seis:
# En un salón de belleza

*Un hombre puede aguantar cosas grandes.*
*Son las pequeñas las que te desarman.*

V. S. NAIPAUL

—¿Tiene cita con Minerva? No está anotada.

—No hice cita pero, de ser posible, me gustaría que hoy me atendiera Bety.

—¡Uy! Bety no tiene tiempo: está llena.

—Por favor Begoña, es una emergencia.

—Perdón, pero todas dicen lo mismo…

—Por favor. Realmente lo necesito. Llevo dos días sin dormir; estoy muy preocupada.

—Está bien, señora Rivas, pásele a la salita y veo cómo le hago para meterla entre dos citas sin que se den cuenta las demás, pero sólo porque es nuestra clienta desde hace muchos años.

—¿Y ahora por qué pidió que Bety la atendiera?

—¡Qué rápido corren los chismes, Mine! No te ofendas, pero no tengo ganas de hablar hoy, me siento mal… ¡Yo qué sé! Es la que tiene más clientas. Parece que regalara algo. Tal vez realmente es la mejor.

—De eso nada. Lo que pasa es que se supone que cumple deseos.

—Deseos. ¿Cómo?

—Bien no lo sé.

—Cuéntame, por favor, ya había escuchado algo pero no acabo de creerlo.

—Es que no estoy informada…

—¡Resulta que le tienes envidia y por eso no quieres platicarme!

—Le tengo poco de coraje porque no ha respetado la única regla: jamás robar clientas ajenas. Yo apenas me he quedado con unas cuantas señoras. Ayer corrieron a Mónica y a la Connie. Pobrecitas, pero al salón no le estaba conviniendo. Por cierto, ¿cómo le fue en sus vacaciones de Semana Santa, le duró el barniz?

—Sí, sí. Pero dime, ¿es cierto que Bety cumple deseos?

—No es que los cumpla, los sueña, señora Rivas.

—¿Los sueña?

—Si le cuento, ¿me promete que va a seguir viniendo conmigo? Me muero si me corren. ¡Y con mi bebita recién nacida! Además, le debo un montón a Estela por lo de la tanda.

—Te lo prometo.

—Pues dicen que lo que sueña Bety después se hace realidad. Por ejemplo, un día soñó que Isa se sacaba la lotería. ¿Se acuerda de Isadora, la peinadora muy delgadita que trabajaba aquí antes?

—Creo que sí.

—Resulta que Bety le dijo: oye, ayer soñé que te sacabas la lotería. Isa le dijo: házmela buena o algo así. Si me la saco, te invito de viaje. El caso es que un día Isa ya no regresó, eso fue como un mes después del mentado sueño. Una tarde, uno de los dueños la vio paseándose en un carrazo; parece que sí se sacó la lotería. No el premio mayor, ¡qué va!, pero una buena cantidad y se fue sin dar ni las gracias.

—¿Y nada más por eso afirman que la mujer cumple deseos? Habrá sido una simple casualidad.

—No es lo único. El del valé parquin, Pablo…

—¿El cojito?

—Ése. Pues un día Bety lo soñó en un accidente. Vio muy clarito cómo se le venía encima un autobús. Dicen que se levantó a media noche, sudando y gritando el nombre de Pablo. Imagínese la pelea con el esposo, que no dejaba de preguntar quién era Pablo. Yo no sé bien porque a mí no me lo contó ella, sino Claudia, la tinturista. Pero como le iba diciendo, lo soñó atropellado.

—Qué horror. Sería una pesadilla.

—¿Quiere un cafecito?

—No, Mine, mejor sígueme contando mientras espero a que me pasen con Bety.

—¿En qué quedamos?

—Sólo hoy, Mine. ¡No sabes cómo la necesito!

—Bety no sabía si decirle a Pablo su sueño. Decidió decirle: sentía que era su responsabilidad y él no se burló ni nada, es bien respetuoso, pero ni caso le hizo. Como si no hubiera oído a la mosca volar. Pues a la semana siguiente lo atropellaron en el Eje Central, un domingo. Le rompieron la pierna en no sé cuántas partes. Por

eso dejó de venir tanto tiempo y ahora cojea. Dicen que porque un tornillo o clavo le quedó mal o le tuvieron que cortar parte de un hueso… algo así. La verdad, nunca le he preguntado.

—Yo también tengo una amiga, Lore, que a veces sueña cosas que después suceden. ¿Y cómo le hace Bety para cumplir los sueños?

—Mientras les pinta las uñas, las clientas le cuentan un poco su vida, sus pesares o sus problemas y le piden que sueñe con ellas. Que sueñe que el marido regresa, que sueñe que es delgada, que sueñe que su hija cancela la boda con el novio que no les gusta, que sueñe que compran una casa más grande, que sueñe que la empresa del esposo no quiebra y así.

—¿Estás hablando en serio?

—Si no me cree, pregúntele a Araceli al rato que la peine o a Octavio, si es que se va a cortar.

—¿Y cómo saben que los sueños realmente se han cumplido?

—Bueno, no toditos se cumplen. Además, no siempre sueña lo que le piden. Pero ya ha habido varios casos y se pasa la voz. Las señoras regresan felices y piden más sueños, más cosas. Si no les hubiera cumplido antes, ¿para qué regresan entonces?

—Casualidades, aunque me gustaría creer que es cierto. Necesito creer que es cierto.

—Si no me cree, le ayudo a conseguir su cita con Bety. Sólo una, y yo después le hago el

*pedicure* y me cuenta, pero prométame que no va a dejar de ser mi clienta.

—Te lo prometo, Mine, te lo prometo.

—¿*Manicure* o nada más cambio?

—*Manicure* por favor.

—¿Le corto la cutícula?

—No.

—Todavía no meta las manos en el agua, primero le voy a limar las uñas. ¿Redonditas o cuadradas?

—Cuadradas, pero no demasiado, se me rompen fácilmente. ¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, señora.

—¿Por qué siempre tienes tantas clientas? Si no me anotan haciendo trampa, hubiera tenido que esperar un mes.

—Es que soy muy buena. La única con diploma. Las demás comienzan como asistentas y después, poco a poco van aprendiendo. Yo sí estudié. Fui la primera en la zona en poner uñas de acrílico. Además, puedo pintárselas con estrellas o flores y soy bastante rápida. Tengo mucho cuidado para no lastimar a las clientas, sobre todo cuando hago *pedicure*. Siempre desinfecto mi material. No soy coda como las demás que compran barnices baratos y, pues a la larga, se nota.

—Pero mira, Bety, por mejor manicurista que seas, algo más tienes que hacer para que se peleen por que las atiendas.

—……..

—¿Eh?

—Seguro ya le dijeron.

—¿Y es cierto?

—……..

—Cuéntame. Necesito que me ayudes. Mi hija se fue a trabajar a Ciudad Juárez. Prometió reportarse todas las noches. La primera semana me llamó a diario y platicábamos muy a gusto, como siempre. Pero llevo tres días sin escuchar su voz. Ni una llamada telefónica, ni un correo electrónico, ni una noticia. Su jefe tampoco sabe en dónde se ha metido. ¿Cómo puede hacerme esto si sabe lo aprensiva que soy?

—Ay, señora, la veo angustiada pero no puedo prometerle nada. ¿Quiere un pañuelo?

—Por favor. No necesito que me prometas nada, sólo me gustaría saber si está bien.

—No soy adivina.

—Entonces sueña con ella. Sueña que regresa a la casa, que está sana.

—¿Cómo se llama?

—Beatriz, igual que yo.

—Y que yo, ¡qué coincidencia! Puede ser una buena señal. ¿No cree? ¿Trae una foto?

—Varias. Desde que era pequeña tengo la costumbre de cargar sus mejores fotos.

—Le voy a contar: la verdad es que muchos de mis sueños se convierten en realidad y las clientas del salón han comenzado a enterarse. Primero fue una, después otra. Yo ni hablo de eso, pero

ellas llegan, solitas, y me preguntan.

—¿Y qué les dices?

—Que voy a intentar ayudarlas, aunque no siempre me sale. Justo antes de irme a la cama veo la foto de mi clienta o cliente durante mucho tiempo y pienso en lo que me pidió, que siempre lo escribo en una hojita pequeña pues a veces se me olvida o podría confundirme y eso sería tremendo, ¿no cree?

—Supongo.

—Imagínese que sueñe que una de mis clientas se cambia de casa y sea precisamente la que más feliz está viviendo en un súper departamento. Por eso debo ser muy ordenada y, entre cita y cita, anoto lo que me van pidiendo. Señora Ramírez: que la amante de su marido se enferme de gravedad, cáncer de ser posible. Señora Infante: que a su hija se le quiten las ganas de andar puteando. Perdone usted, pero ella misma me lo dijo cuando me entregaba una foto de su hija y la verdad es que sí tiene una pinta… Señor Suárez: dejar el alcohol. Señora Ramos Francia, conseguir un buen puesto político. Y así. Como son muchos sueños, escojo.

—¿Podrías escoger mi sueño?

—Sí, pues cumple mis reglas: trato de no hacerle daño a nadie. Jamás soñé lo que la señora Ramírez me pidió. ¿Cómo voy a provocarle cáncer a una persona? Me sentiría muy culpable. Ayudo a quien realmente lo necesita.

—Yo lo necesito.

—No, no vuelva a meter toda la mano al agua, nada más le voy a limpiar las uñas para que el barniz le dure. Le acabo de poner crema. Por cierto, tiene muy seca la piel.

—Sí, siempre tengo la piel seca por más crema que me pongo.

—¿Qué color quiere?

—Mmm, no sé, tal vez un rosa translúcido, discreto. ¡Dios! ¡El que sea, me da lo mismo! Estoy demasiado angustiada para pensar en eso. Lo que necesito…

—… es que sueñe con su hija, sí. Me va a tener que dar su foto, porque lo que hago es acostarme con la imagen de la clienta, en este caso de su hija, y hago mi mejor esfuerzo por soñar con ella.

—¿Cobras por soñar?

—Mire, tocaya, ¿le puedo decir tocaya? Pues sí, cobro algo simbólico. Cobro por soñar y, si se les llega a cumplir su deseo,

cobro más, como una especie de bono de desempeño: así me dijo un cliente que se decía. Pero no me siento mal, ya que he hecho felices a muchas personas y, gracias a eso, tengo a mi hija, la mayor, estudiando en una universidad privada. Va en el primer semestre de ingeniería.

—No me des explicaciones, que yo no he dicho nada ni te estoy juzgando.

—¡Es que me vio con una cara…!

—Me siento muy mal, tengo un terrible dolor de cabeza.

—Y tiene muy rojos los ojos. ¿No se le estará subiendo la presión? Es peligroso.

—Siempre he sido de presión alta y, además, estoy preocupada. Por eso te pido, por lo que más quieras, que sueñes con mi hija. No me importa el precio. ¿De cuánto te hago el cheque? ¿O prefieres efectivo?

—No me pague ahora, señora. ¿Usted le cobraría a una tocaya? Déme lo que quiera cuando su hija regrese. ¿Le parece el trato?

—Gracias, Beatriz, mil gracias.

—Bety por favor. Beatriz se oye demasiado rudo, muy seco, como que no fuera yo.

—¿Y a ti, Bety, se te cumplen tus sueños?

—¡Ay, señora, qué más quisiera! Si se me cumplieran, ¿usted cree que seguiría aquí, como empleada de un salón de belleza, limando uñas y escuchando deseos ajenos, soñando sueños que no son los míos? ¡Habría tantas cosas que estaría haciendo en este momento! ¡Tantos problemas que hubiera resuelto! Le aseguro que sería mucho más feliz. Pero jamás, lo que se dice jamás, he podido soñar conmigo.

# Beatriz Siete:
# De Carlos Ruiz Zafón

*Son las cualidades, no los defectos, las que arrastran al hombre a la tragedia*.
HARUKI MURAKAMI

¿Alguien sabe qué ha sido de Beatriz Aguilar, hermana de Tomás Aguilar y esposa de Daniel Sempere, el personaje principal de la novela *La sombra del viento*? Porque en caso de que nadie lo sepa, de que ninguna de las Beatrices pueda explicarlo, tendré que inventármelo. Es la penúltima oportunidad, ya no preguntaré más… Si no encuentro pronto noticias de su paradero, no seré responsable de su destino ficticio.

Última oportunidad. Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero…

Después de cuatrocientas sesenta y dos páginas, Bea y Daniel se casaron en 1956, en la iglesia de Santa Anna, en Barcelona… Interrumpo la narración, pues creo necesario explicar el tema del libro para que quienes no lo hayan leído puedan comprender la historia. No se preocupen, no voy a contar el final ni detalle alguno que eche a perder su interés en *La sombra del viento*. Todo lo contrario.

La historia comienza en 1945 cuando un adolescente, Daniel Sempere, es llevado por su padre, dueño de una librería, a un lugar misterioso y oculto en las calles de Barcelona: el Cementerio de los Libros Olvidados. En una especie de rito de iniciación, Daniel debe elegir un libro entre todos los que están en los estantes para adoptarlo, es decir, para hacerse responsable de su supervivencia. Escoge *La sombra del viento*, de un desconocido autor catalán llamado Julián Carax. A partir de ese momento se desatan extraños acontecimientos y una fina red se teje entre Daniel y Julián. Las vidas de los dos personajes se unen sutilmente a lo largo y ancho del texto.

Ahora sí: después de cuatrocientas sesenta y dos páginas, Bea y Daniel se casaron en 1956 en la iglesia de Santa Anna, en la Barcelona que vio nacer al escritor Carlos Ruiz Zafón. Daniel apenas estaba repuesto del balazo que casi acaba con su vida, del balazo

que se disfrazó de muerte durante unos instantes eternos (sesenta y cuatro segundos para ser exactos), del disparo que atravesó las costillas y rozó el corazón.

Bea se casó preñada, notablemente pálida pues todavía le preocupaba la salud del novio, ahora marido. Su mirada iba del rostro de Daniel, muy demacrado, al rostro del sacerdote, el único párroco que se había atrevido a presidir la ceremonia matrimonial de una pareja que, a todas luces, ya había pecado. Era imposible no observar el vientre de la novia y la moqueta roja del pasillo de la iglesia, manchada, sucia. Por lo visto, desde hace años nadie se había tomado la molestia de pasarle una aspiradora.

Al nacer, Julián Sempere Aguilar tenía marcado su destino. Bea, su madre, se lo había escrito, cuidadosamente, durante las treinta y nueve semanas que duró la espera: sabía que más pronto que nunca, tendría que irse lejos. Para ello, tomó uno de los cuadernos de hojas blancas que vendían en la librería de su suegro. Eligió uno de piel café, tapa dura y con candado. Sobre la cubierta mandó grabar, con letras doradas, el nombre de su hijo cuando ni siquiera sabía su sexo. Es un hombrecito, aseguraba con tranquilidad, será un chico muy majo y se llamará Julián. Las mamás lo sabemos todo; los papás, casi todo, aunque normalmente pasan por alto lo más importante.

Daniel contemplaba a Bea escribiendo durante horas. Cuando no estaba diseñando el destino de Julián, atendía el mostrador de la librería, conversaba con un cliente habitual, tomaba un pedido o respondía una llamada telefónica. De preparar la comida, ¡ni hablar! Enrique, el padre de Daniel, que ya no podía leer el lomo de los libros sin sus bifocales, se encargaba de cocinar. Siempre había sido un sibarita. Desde temprana hora se dirigía al mercado de la Boquería a comprar productos frescos. Planeaba el menú sobre la marcha, según el antojo y los productos del día: espárragos, solomillo, merluza, rape, espardeñas, un buen plato de judías o gallinejas con patatas. A veces, Fermín y la Bernarda pasaban por casa con alguno de sus críos y Fito, un caniche demasiado viejo para ladrar. Llegaban sin avisar, precisamente a la hora de los alimentos: siempre había lugar para ellos y una botella de tinto para chocar los vasos sin decir nada, aunque era común que prefirieran tomarse una caña.

La última noticia que tuvieron de su amigo Julián Carax, en cuyo honor bautizaron a su hijo, fue el libro que les envió de París con la siguiente dedicatoria: *Para mi amigo Daniel, que me devolvió la voz y la pluma. Y para Beatriz, que nos devolvió la vida a ambos*.

Daniel, aunque se creyera parte de la isla que Bea había inaugurado al dar a luz un 3 de septiembre, se encontraba muy lejos: tierra adentro, a leguas de cualquier sospecha. Podría haberse preguntado qué significaba aquello de "nos devolvió la vida a ambos", pero estaba demasiado ocupado con la administración de la librería, ganando el sustento para satisfacer las necesidades de su familia.

Año tras año, día tras día, hora tras hora, Bea observaba a Julián como si nunca hubiera existido un crío tan magnífico. Daniel los miraba a los dos, consciente de que "los unía un lazo invisible que apenas empezaba a comprender. Le bastaba sentirse parte de su isla y saberse afortunado".

Los domingos, como muchas familias, caminaban hacia la plaza Colón para contemplar el mar. Después comían en alguna fonda de la Barceloneta. Julián devoraba la leche frita y, con la boca llena de azúcar, besaba el cuello de su madre para rogarle que lo dejara jugar en la calle. Ante tal empalago amoroso, Bea aceptaba, no sin antes pedirle una dosis más generosa de besos. Los mimos de un hijo son la entrada al paraíso, pensaba Beatriz, observando a Julián corriendo hacia la puerta, con sus piernas demasiado flacas y las calcetas que le escurrían hasta rodear sus tobillos. Daniel y el abuelo Enrique sonreían mientras apuraban el último trago del tintorro o compartían un puro.

Los años pasaron, como siempre pasan. Transcurren hasta para los muertos, aunque los vivos los recordemos con los mismos rostros que dejaron plasmados en las fotos, la misma edad, idéntica sonrisa. En 1966 Julián cumplió diez años. Soñaba con ser marinero y, si bien sus padres conservaban la librería y se había criado entre papel, tinta, letras y polvo, no sentía ningún afecto por los tomos que se amontonaban en los estantes de madera. No había aprendido a encontrarle placer a la lectura ni podía creer lo que su abuelo le repetía: que los libros hacen vivir más intensamente.

Por las mañanas era estudiante del Instituto Goumier. Al finalizar las clases, a las cinco, corría por las Ramblas hacia el mar,

aprovechando la pendiente. El océano acostumbraba llamarlo para contarle historias, historias mucho más entretenidas que las que sus padres le leían, más interesantes que aquellas que su maestro, el profesor Iván Cruz de Echeverría, le dictaba en el salón de clases. El maestro, a pesar de su edad, conservaba una inevitable fama de Don Juan que lo convertía, a ojos de Daniel, en merecedor de respeto y envidia.

El primer cuento que el océano le narró a Julián tenía su origen siglos atrás. Lo que no había aprendido en sus lecciones de historia griega, lo escuchó directamente del mar una tarde en que decidió irse en tren a la playa de Sitges.

La voz le llegó, tal vez, desde alguno de los brazos más importantes y vivos del Mediterráneo, los mares Egeo y Jónico que bañan, sin mayores pretensiones, la Grecia peninsular. Era una voz firme y constante, una voz de olas rompiendo en la arena, una tras otra. Hipnótica.

Me llamo Océano. Soy uno de los titanes, hijo de Urano y Gea. Junto a los poderes de mi mujer, Tetis, domino las aguas. De nuestra afortunada unión han nacido las oceánidas, ninfas de mar, quienes serán tus compañeras permanentes si así lo deseas. Los dioses de los ríos son mis hijos y no siempre me obedecen. Eso lo sabrá tu padre mejor que tú. Soy Océano y respeto a los que me respetan, llamo a los que me admiran. Soy Océano y te reconozco.

Julián manifestaba una atracción especial por el mar, un amor parecido al que se siente cuando se adora a un dios. Navegando sobre sus olas, quería conocer el mundo entero. Deseaba descubrir lugares inhóspitos, aunque no supiera el significado de esa palabra que sonaba a aventura. Su habitación estaba decorada con fotos del mar, pinchadas en la pared con chinchetas.

A los quince años era un experto. Conocía los movimientos y profundidades del Mediterráneo. Adivinaba su color y temperamento. Recitaba el ir y venir de sus corrientes, el nombre de sus habitantes, el comportamiento de su flora y fauna. Sabía que había naufragios: que una mar furiosa se tragaba barcos enteros. Podía predecir el humor del viento, la fuerza de las tempestades.

Su mejor amigo era un pescador de casi cincuenta años cuyo padre, un marinero inglés, había muerto devorado por las olas. Su madre, española, falleció de tristeza, negándose a ver el mar,

siempre volviéndose hacia la tierra firme y segura. La mujer sobrevivió un año a la muerte de su marido: doce meses en que vistió de negro. Trescientos sesenta y cinco días en que caminaba en reversa o de lado, con tal de no mirar el océano. No puedo ver la cara del asesino de mi Billy, decía. No puedo verle el rostro.

Rafael Sprowls se llamaba su amigo y, con la silenciosa aprobación de Bea y los temores escondidos de Daniel, en cuanto llegaban las vacaciones invitaba a Julián a unos días de pesca. Eran momentos de arduo trabajo, de manos agrietadas por la sal, de un sol implacable durante el día y un frío húmedo y penetrante por la noche.

El joven no podía decidir si prefería el mar agitado o el del amanecer, que acostumbra disfrazarse de laguna, tranquilo y parsimonioso, pero le quedaba claro que su destino estaba en esas aguas inquietas. El océano es lúdico, lúcido y poderoso. Contiene al mundo, lo llena y lo abarca. Le da su color característico: el planeta azul.

Pensaba que si existía el Dios de los católicos, el Dios al que Bea le rezaba, seguramente habitaba en el mar, en su interior, decidiéndolo todo. Las iglesias tendrían que construirse a sus orillas. Las ciudades deberían estar continuamente bañadas por sus olas. No se explicaba que Madrid no tuviera mar, que París no tuviera mar, que Berlín estuviera alejado de las costas alemanas. En sus planes, sólo quería conocer ciudades enamoradas del mar, que vivieran por él y para él, que se alimentaran de sus aguas y se completaran a través de ellas.

Mientras Rafael le daba órdenes para que tensara más la red, para que jalara más fuerte, Julián observaba los reflejos color plata del agua moviéndose desesperadamente para no soltar la presa: lubinas revolcándose con furia, ahogándose con el aire puro y transparente que acariciaba al océano. El adolescente no quería ser pescador: odiaba arrebatarle vida a la vida, pero era la única manera que había encontrado para estar en el océano.

—Ande granujilla, tire *palante* o perdemos la carga. ¡Hala! ¿En qué mundo anda? —gritaba Rafael cuando el adolescente se distraía escuchando las voces del agua.

Julián regresaba a casa oliendo a pescado, el cabello pringoso, con una sonrisa imborrable y la compañía del vaivén de las olas que

permanecía con él durante tres días. Su padre preparaba un rodaballo en salsa verde o un arroz negro y disfrutaban una cerveza juntos. Bea reía de lado, lo abrazaba, cubría su rostro de besos y, antes de dormir, le pedía que le contara alguno de los cuentos que había oído del océano. Pasaban horas juntos, conversando, en una relación que más parecía de cómplices que de madre e hijo. ¿Sabías que en los mares también hay cordilleras, cuencas, planicies? ¿Sabes que el Océano Atlántico se formó hace ciento cincuenta millones de años? ¿Te imaginas? Es muchísimo tiempo. ¡Ah! Y leí que se llama así por Atlas, uno de, no, no es un dios, bueno… un señor de la mitología griega.

Se podría decir que de *La sombra del viento* no quedaba ni rastro. Que los misterios liberados por ese libro maldito habían perecido frente a la historia de amor que Daniel y Bea crearon sin darse cuenta. Beatriz Aguilar ya no tenía una figura espectacular, se había puesto algo fondona y hacía mucho tiempo había dejado de ser una señorita de buen nombre. Ahora era un ama de casa que no sabía cocinar pero que atendía, a las mil maravillas, el negocio de su marido. El abuelo Enrique había fallecido, sin dolor, a los ciento dos años. Daniel disfrutaba su familia de tres miembros, su mundo pequeño.

El mismo mes de la muerte de Franco, cuando Julián alcanzaba los 19 años y en España se respiraba un clima de libertad y de incertidumbre, el joven decidió perderse en las olas. Vio la oportunidad la tarde en que un barco carguero, necesitado de brazos fuertes y ganas de trabajar, buscaba empleados jóvenes; no garantizaban buena paga pero sí alimentos suficientes. El navío se dirigía a Safí, en Marruecos.

—¿Sa… qué? ¿Y con ese sueldo de miseria piensas vivir decentemente? —inquirió Daniel.

—¿Qué es para ti una vida decente? —lo retó Julián, indignado.

—Una profesión honrada, con…

—¿Es más honrado ganar pesetas de los libros que del mar?

—Tantos años de estudio para terminar cargando bultos, ¡mira que se tiene que ser bruto!

—Algún día me dijiste que la librería daba para pasarla sin lujos pero que eras incapaz de imaginarte haciendo otra cosa. Yo soy incapaz de imaginarme en otro lado: no logro ser yo más que en el

mar, sobre él o adentro de sus aguas.

—¿Y no podrías, al menos, esperarte unos días para pasar las navidades con tu madre? —preguntó Daniel, señalando a su esposa. Bea estaba tan concentrada empacando las cosas de su hijo en una valija marrón, que ni siquiera volvió la mirada—. ¿Y a ti, mujer, lo único que se te ocurre es preparar su ropa en vez de apoyarme? ¿Acaso lo quieres lejos de ti? ¿Estás dispuesta a perder a tu hijo?

—Lo perderé más rápido si se queda… —murmuró Bea como única respuesta. Después, le hizo la señal de la cruz tres veces, lo besó en la frente y en ambas mejillas.

Casi llegaba la primavera de 1976: el viento cálido que venía del Mediterráneo la anunciaba. Juan Carlos I había sido proclamado Rey de España cuatro meses atrás y se vivía una ardua etapa de reajustes y construcción. Todos en el barrio hablaban de política y tomaban partido: algunos se reconocían franquistas y respetaban el duelo, pero los demás, poco a poco se atrevían a hablar, sin miedo, contra el régimen autoritario del dictador desaparecido. Unos clamaban, a gritos, venganza. La mayoría se inclinaba por la conciliación. Eso sí, todos estaban felices de poder expresarse libremente en catalán.

Bea y Daniel observaban los acontecimientos desde el mostrador, reacomodando los libros de viejo, totalmente ajenos a lo que pasaba en las escuelas, en las instituciones, en las calles. En realidad, a partir del día en que se quedaron solos, las pocas veces que conversaban lo hacían sobre su pasado, como si fueran ancianos de noventa años.

Una noche en que a Bea se le nublaron los ojos por culpa del viento, de las sombras o las lágrimas, Daniel dejó caer una pregunta frente a un chocolate caliente y una típica corbata de Unquera.

—¿Nunca te has arrepentido de no haberte casado con el novio ése que tenías, el alférez Cascos Buendía?

—No, nunca. Jamás estuve enamorada de Pablo. Era un chico estupendo, pero no sentía por él más que un poco de afecto y mucho compromiso —dijo con la mirada triste, cansada.

—¿Extrañas a Julián, entonces?

—A Julián lo he extrañado siempre. Siempre…

Fuertes golpes en la puerta interrumpieron la breve conversación y la extraña respuesta.

—¡El destino es una mierda y el océano un traidor! *Fills de puta* —gritó Rafael Sprowls al entrar, apresurado y culpable.

—Nos deja de piedra con esta visita a deshoras —dijo Daniel, sin adivinar el miedo en los ojos del pescador. Bea lo supo desde que escuchó el puño golpeando la madera. Comenzó a sollozar y a rogar por su hijo. ¡Dios mío, yo lo mandé al mar, yo lo maté, Dios mío!

—¿Pero qué pasa? ¿Alguien puede explicarme qué mierdas sucede? —preguntó Daniel, desesperado.

—Que el barco en el que iba Julián ha desaparecido.

—Bea… —murmuró Daniel, sin fuerzas. Tuvo que sentarse. Rafael buscó una botella, tomó la primera que encontró y les sirvió un trago de jerez. Un trago largo y amargo.

—No te pongas así, que no ha naufragado, sólo ha desaparecido.

—Julián está muerto —susurró Bea.

—No lo creo, señora. El mar perdona a los que lo respetan, de eso sé un rato.

—Julián no lo respetaba, lo amaba como aman los jóvenes: sin medir límites ni fuerzas —dijo Daniel, acariciando el cabello de su esposa, que continuaba con el cántico:

—Lo he matado, lo he matado. Al querer alejarlo de ti, lo he matado.

—¿Alejarlo de mí? Pero, mujer, ¿de qué coños hablas?

—Siempre temí que, con el paso del tiempo, al hacerse hombre, no vieras en él tu mirada, no reconocieras ninguno de tus rasgos.

Daniel se apartó de ella como impulsado por un poderoso magnetismo.

Bea seguía con la cabeza entre las manos, tratando de que Dios la escuchara: soy culpable, soy culpable. Rafael tomaba jerez directamente de la botella; requería algo que lo sacara de ese embrollo.

—Sí lo mataste, Bea, lo mataste —dijo Daniel, con la voz apagada.

—Habrá que avisarle a su padre —contestó ella, implorando con sus manos y sus lágrimas.

—A su verdadero padre —completó él—. Por lo menos dime en dónde fue, cuándo, cómo pudiste…¿Qué nos hiciste Bea, qué nos has hecho? ¿Por eso insistías tanto en ponerle Julián? ¡Además de ramera, has sido una descarada!

—No voy a responderte. Insúltame todo lo que quieras: el daño no tiene remedio, la herida ya está hecha y es demasiado profunda. Hay que escribirle a París… ¿lo haces tú o lo hago yo?

Rafael bebió el último trago de la botella y salió sin decir nada, dejando la puerta ligeramente abierta.

—¿De todos los hombres del mundo, tuviste que escogerlo a él? —preguntó Daniel, pensando irremediablemente en su amigo Julián y en la figura de su hijo sumergiéndose en el océano, sonriente y seguro.

—Fue él quien me eligió —respondió Beatriz—. Ya estaba decidido. A mí también me escribieron el futuro. Julián Carax lo redactó cuidadosamente, en su vieja máquina, segundo a segundo desde el verano en que tu padre te llevó al Cementerio de los Libros Olvidados.

Contra el destino y la fuerza de las olas es inútil luchar, pensó Julián Sempere Aguilar unos segundos antes de desaparecer en el espacio del mundo que más quería. Beatriz, la Beatriz de Carlos Ruiz Zafón, se ahogó con su hijo, para él y para siempre, en tierra firme.

# Beatriz Uno

Gloria Gómez no fue la primera amante que Coday asesinó. En 1978 es hallado culpable de matar a golpes a Lisa Hullinger, una estudiante norteamericana que conoció en Alemania cuando ambos cursaban algunas materias en una universidad de la Selva Negra. Después de un año de estar preso en una cárcel germana, fue liberado. ¿Por qué?, se pregunta Beatriz. ¿Cómo es posible que hayan soltado a un asesino? ¡Falso que exista la rehabilitación!, piensa la escritora, indignada.

Imagina a Coday el día en que le dictaron sentencia de muerte: llevaba una corbata italiana, muy elegante, que hacía juego con su traje Ungaro seleccionado cuidadosamente por sus abogados. Su padre, William Coday Sr., aportó los mil dólares que costó el atuendo. La camisa era francesa y estaba muy bien planchada. Al escuchar el veredicto, Coday, impecable, sonrió. Sonrió con franqueza. No era una sonrisa irónica, sino tranquila y feliz. ¿Culpable? Cinco años después dijo sentirse muy arrepentido, pero sólo él sabe qué significado tenía aquella sonrisa que no se congeló ni siquiera cuando volvieron a esposarlo para llevárselo a través de una puerta de madera.

¿A dónde nos conduce la culpa? Se sabe que “no hay vínculo más fuerte ni más indestructible que la culpa”. Beatriz es eminentemente culposa. Ha cometido errores, ha lastimado, ha pecado… como todos, mas ella no puede deshacerse de ese sentimiento que la paraliza. Por las noches sueña con diferentes castigos de los que no logra escaparse. Malentendidos que la hacen regresar con quien ya no quiere compartir su vida. Su hija, reclamándole faltas, ausencias, intolerancia. Aquella amiga que se sintió traicionada, la perdona pero continúa alejándose, sin darle la mirada. En todas las pesadillas de Beatriz aparece la culpa, una especie de hiedra que la estrangula, la ahoga.

Ha anochecido. La escritora sigue en su estudio, revisando los documentos que ha encontrado sobre su preso. Los imprimió y se acumulan encima de su mesa de trabajo, al lado de las cuatro cartas

de Coday que ha recibido. ¿Y la novela que estaba escribiendo? ¿Y todas las Beatrices que salieron de internet? Probablemente las ha olvidado.

Beatriz lleva algunas horas evadiendo la tentación de investigar más sobre los *serial lovers*: aquellos hombres o mujeres que se convierten en admiradores de los asesinos en serie y que, incluso, llegan a enamorarse. ¿Acaso lo que siente por William es una atracción irremediable? Imposible. Nada más de pensarlo se horroriza. Aún así, entra a esa página: cyberspace-inmates.com. Un sitio diseñado especialmente para que los presos pongan anuncios personales buscando amistad o romance. La computadora despliega una pantalla negra con letras rojas que aclaran: "Recuerden que todos cometemos errores", y nos explica lo importante que es recibir correspondencia electrónica para los prisioneros que llegan a perder toda relación con el exterior; normalmente sus amigos y familia terminan por abandonarlos. Es muy probable que los presos estén encerrados en su celda 22 horas al día. Ni siquiera tienen contacto con sus compañeros.

Beatriz no tarda en encontrarlo: Coday se anuncia como un "compasivo amante de los libros que ama la comida mediterránea y la poesía". La lista de los presos que buscan amistades virtuales es impresionante. Hay muchos latinos, varios en el pabellón de la muerte. También una página en memoria de aquellos que fueron ejecutados. Cuando a William le toque el turno, ¿se decidirá por la silla eléctrica o por la inyección letal? A Beatriz le parece increíble que la silla eléctrica todavía esté en uso. Es de madera y sólo tiene tres patas; así fue diseñada hace bastantes años. Al ver la foto en internet, siente un agudo dolor de estómago. Fuertes lazos color beige, que abarcan el mueble de arriba hacia abajo y de un lado al otro, impiden que te muevas mientras tus órganos se fríen y tu mirada comienza a derretirse.

# Beatriz Ocho:
# Una mujer se traslada

*No somos más que lo que no somos*.

JEAN PAUL SARTRE

Todo comenzó en Puebla.

Mentira, como ya se los había dicho en algún otro lado, todo comenzó gracias a mi desamparo y a las ganas de no parecerme a mamá. La atmósfera irrespirable de mi casa y la guerra tenaz que emprendimos mi madre y yo un día, tal vez sin darnos cuenta, me empujó a buscar uno de esos empleos que te obligan a viajar mucho.

Para contarles la historia desde el principio, voy a narrar en presente aunque todo esto haya quedado en el pasado lejano.

Soy joven todavía y estoy escribiendo en mi libreta de hojas blancas mientras el autobús me traslada a Pachuca. Viajo tanto en autobús que he aprendido a escribir, sin que las letras se deformen, sobre cualquier vehículo en movimiento. Siempre estoy en movimiento: es mi condición vital.

Durante los viajes también invierto tiempo en leer. Cuando llego a mi destino, aprovecho para ser otra. Pero me estoy adelantando. Debo narrar con más orden para que nadie se equivoque. Es fácil despistarse cuando hay tanto movimiento: la gente común y corriente acaba por confundirse, por despertarse a media noche sin saber en qué lugar del mundo está. Mira detenidamente la habitación de hotel y como todas se parecen —la cabecera de la cama pegada a la pared, una ventana del lado contrario a la puerta, una televisión frente al lecho y un baño con mosaicos blancos—, cree que despertó en San Luis Potosí, en ese hotelito que está al lado del Templo del Carmen, cuando en realidad se encuentran en Playa Miramar, a diez minutos de Tampico.

Yo, viajera experta, siempre sé dónde estoy. El movimiento me alienta; lo que me confunde es la parálisis. Si viviera solamente en una ciudad, me sentiría atrapada en una jaula para canarios. Me asfixiaría poco a poco hasta morir.

Mi historia parecía muy simple: no podía decidir a qué quería dedicarme de grande. Cuando niña, deseaba convertirme en bailarina y pertenecer a alguna importante compañía de ballet. En la adolescencia dudaba entre modelo, arquitecta o actriz. Llegado el momento de la elección, quise volverme escritora para, entonces, poder serlo todo: la ficción permite poseer un sinnúmero de personalidades. Pero mi madre se burló de mis sueños y mi padre me convenció con razones concretas: te vas a morir de hambre; no se vive bien de las letras. Como no lograba tomar una decisión, busqué trabajo para descansar de los estudios, conseguir un poco de distancia y algo de objetividad. El papá de Elena, mi amiga, me dio la oportunidad de entrar al mundo de las ventas. Dije que sí inmediatamente, pues mis responsabilidades incluían continuos viajes por el centro oeste del país y, en ese entonces, una reciente y dolorosa ruptura con mi novio me empujó a apartarme. Quería estar lo más lejos posible de Mauricio para no caer en tentaciones y mantener mi orgullo intacto: las mujeres decentes nunca buscan a los hombres, repetía mamá, partiendo en sílabas la palabra *decente* para que durara más. En el fondo, lo único que quería era alejarme de la dueña y señora de nuestra casa.

Mi trabajo consistía en la promoción y venta de unos licuados dietéticos que el señor Gómez importaba de Venezuela. El sueldo era mínimo aunque la comisión alcanzaba para mis gastos. Ese empleo me dio la oportunidad de darme cuenta: lo que me gustaba era viajar continuamente por mi país. Lo que necesitaba era escapar de esa relación de humillaciones en la que nos habíamos encharcado mamá y yo. Con su aroma a perfume caro y una media sonrisa en la boca, era experta en criticar mi manera de vivir y mi aspecto, haciéndome sentir inútil y fea. Y yo era experta en afearme por segundos y en proponerle, a diario, una batalla distinta.

Cuando la empresa del papá de Elena cerró, el destino me hizo vendedora de medicinas y me subió a los autobuses que recorren México desde Tijuana hasta Chetumal.

En fin… todo esto lo explico para que entiendan mejor mi vida que, en realidad, son muchas vidas: sólo respiro en movimiento continuo, como el tiempo que no deja de trasladarse desde el futuro hasta el pasado, deteniéndose un brevísimo instante en el presente.

Regresemos a Puebla. En esa época, como ya se los había dicho,

acababa de convertirme en representante de una compañía farmacéutica. Así, comencé a recorrer la República vendiendo medicinas: de consultorio en consultorio, de hospital en hospital, lejos de casa. ¿Sabían ustedes que en México se consume más viagra que aspirinas? Pero ése es otro cuento.

El día al que quiero hacer referencia, yo estaba en una calle poblana, sola. Acababa de salir de un enorme hospital y me sentía muy cansada, aunque todavía era temprano. No me apetecía regresar al hotel, alejado del centro histórico. En mi maletín, junto a las muestras de medicamentos, siempre llevo un libro para que las horas que paso en las salas de espera no se conviertan en un desperdicio; los médicos nos reciben después de haber visto a todos los pacientes. Leo mucho y en cada libro me reinvento, me reencuentro, me recreo.

Esa tarde, precisamente esa tarde, había olvidado el libro en turno en mi habitación, creo que era una novela de Inés Robles. Sí, es probable. Noté mi error cuando estaba a punto de entrar a un café bastante concurrido que se encuentra muy cerca de la catedral, a un lado de la Biblioteca Palafoxiana. Nunca había visitado la Casa de la Cultura, y menos aún la biblioteca, a pesar de mis múltiples viajes a Puebla de los Ángeles. Al ingresar al recinto, abrí tanto los ojos que la encargada pensó que sentía temor. En realidad estaba maravillada ante el tranquilizante silencio, los lectores completamente metidos en los textos, la estantería de madera repleta de tomos. Si juntara todos los libros de mi casa, no llegaría a cincuenta ejemplares.

Mi impresión fue que nada podría interrumpir la paz del lugar, y eso me gustó. En casa de mis padres, la calma es casi nula. Mi mamá habla a gritos aunque no esté enojada; ella dice que por su herencia española, pero el caso es que se la pasa vociferando. Y mi hermano Kiko deja que su día transcurra pensando en sexo, mirando partidos de fútbol o carreras de coches, a todo volumen. El ruido de los motores, que a él le fascina, me desquicia. Por si fuera poco, papá tiene una distracción infernal, aunque efectivamente lo relaja: la carpintería. Así que entre gritos de ¡Gol! y un ¡Vengan a comer inmediatamente!, escucho lo que parece una guerra de martillos y serruchos.

La señora Reséndiz, así se apellida la bibliotecaria, se acercó al

fin, empujada por mis ojos un poco hechizados, un poco perdidos.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—Sí, quisiera un libro.

—¿De qué tipo? ¿Buscas algo especial?

—Me gustaría uno de esos libros que ayudan a entender, a pensar —le dije sin conocer la razón de mi respuesta.

—¡Ah! Filosofía. Mi tema favorito. Tengo una maestría en filosofía ¿sabes? —dijo acercándose a mi oído, como si fuera un secreto—. Adoro leer filosofía, por eso tomé este trabajo: me da el tiempo y el silencio suficientes para leer a Nietzsche, Wittgenstein, Heidegger…

—Esos nombres suenan difíciles. Yo quisiera algo más accesible.

—Si estás comenzando, te puedo prestar a Savater o ¡ya sé! *El mundo de Sofía*. Es más adecuado. Pero dime, ¿qué estudias? ¿A qué te dedicas?

—Voy a comenzar la licenciatura en Filosofía y quiero llegar preparada —mentí desde la inocencia de mis veinte años, tal vez para ganarme su afecto.

—¿En la Universidad de las Américas?

—Sí, claro —seguí con el juego. De pronto me sentí a gusto pensando que podía convertirme en una intelectual. De las que usan lentes y pasan la vida entera con la nariz metida entre páginas llenas de sabiduría. No conozco a ninguna intelectual más que, tal vez, a mi maestra de Literatura de la secundaria, miss Erma Cárdenas, pero siempre tuve atracción por esas figuras tan lejanas. ¡Ya imagino la cara de mamá si algún día pudiera graduarme de un doctorado!

La señora Reséndiz me explicó que los libros de esa biblioteca eran muy especiales y sólo podían ser consultados en el lugar, *son cuarenta y tres mil ejemplares. Frente a ti tienes la memoria del mundo: el acervo más importante de América Latina. Necesitas un proyecto de investigación avalado por alguna institución de educación superior y se te exige un grado de maestría o doctorado*, pero que ella me podría prestar algunos ejemplares de su biblioteca personal, *me das confianza, sé que los vas a cuidar y me los regresarás a tiempo*. De esa manera, una vez al mes, cuando me tocaba ir a Puebla, visitaba la Palafoxiana con el objetivo de ver a mi maestra y devolverle un libro para tener, entre mis manos, otro más.

Leí *Vita brevis*, de Gaarder, después devoré *El día que Nietzsche lloró* y la obra selecta de Savater. Cuando Ruth Reséndiz —para ese entonces éramos amigas y hasta la tuteaba a pesar de la diferencia de edad— consideró que estaba más preparada, me llevó, en un brinco hacia atrás, al mundo de los clásicos: Platón, los sofistas, San Agustín. Había conseguido el programa y las materias de la carrera de Filosofía porque ella continuamente me hacía preguntas en relación a mis supuestos estudios. Yo llegaba a la biblioteca con un cuaderno de apuntes y con muchas preguntas por resolver. Veía, en su mirada, que estaba orgullosa de mis logros.

Dentro de la maleta especial para Puebla, siempre cargaba el libro que debía regresarle a Ruth, un cuaderno de notas filosóficas y un par de lentes para leer de cerca que adquirí, por muy pocos pesos, en una farmacia; veía muy bien, pero me hacían lucir inteligente. Tiempo después, a partir del momento en que realmente nos tuvimos confianza, me atreví a confesarle que no era estudiante aunque pretendía que la filosofía ocupara un lugar primordial en mi vida. Ella agradeció mi sinceridad y siguió guiándome por el camino de los cuestionamientos que nunca acaban.

Cuando llegaba a la ciudad me sentía una persona interesante, contenta con mi mente y mi manera de pensar. Quería aprender mucho para demostrarle a mi madre que yo no era tonta, nada tonta. Atesoraba los conocimientos que había ganado con mucho esfuerzo, aunque me gustaban más todos los espacios vacíos, los renglones en blanco que tendría que ir llenando poco a poco. Ruth me había enseñado que tenía capacidad de contemplación, de asombro y entendimiento, que era válido plantearme todo tipo de preguntas, aunque no tuviera a la mano las respuestas. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo y a dónde voy? Me mostró que lo más divertido era convertir en un problema lo que parece obvio, no aceptar nada de inmediato y hacer lo posible para volver a construir el mundo después de haberlo deshecho a punta de interrogantes. Con ella, por ejemplo, aprendí a ser vulnerable. No estaba segura de nada, pero eso me satisfacía.

Al leer a los griegos, me di cuenta de que también les asombraba y les extrañaba el movimiento: las cosas son y no son; cambian permanentemente. Entonces, si las cosas cambian, ¿qué son en verdad, cuál es su esencia, su raíz inmutable? Si en Mazatlán soy

antojadiza y antojable pero en Puebla, una persona que se cuestiona y piensa, ¿quién soy realmente?

Me identificaba con el *apeiron* de Anaximandro: algo que no se puede contener, que todo abraza y todo gobierna. Ése era mi deseo: abarcar todas mis vidas posibles. Un ciclo continuo, una constante evolución.

Cada vez tenía más argumentos para tomar decisiones y más opciones para elegir. La vida se complicaba y yo me sentía extrañamente feliz en el centro de un gran embrollo sin salida. Me volví ontológica, mayéutica, irónica, cosmogónica y hedonista.

Comencé a dudar de mi religión y cuestionaba las reglas que impone la Iglesia Católica, a la que pertenezco más que por convencimiento, porque mamá nos obliga a ir a misa domingo a domingo.

Con las diversas lecturas se hacía evidente que Dios era un genial invento de los hombres: el mejor invento que jamás se pudo haber creado. Sirve para explicarse los hechos inexplicables, como la muerte o el origen del universo y de la vida. Los poderosos lo usan para controlar y manipular a través del miedo a sus enormes poderes y al juicio final. Los seres humanos comunes y corrientes lo utilizan para consolarse ante cualquier tragedia. Su mera existencia otorga esperanza y tranquilidad.

Dios dejó de ser aquel a quien le rezaba para pedirle algo o darle las gracias, y se convirtió en un producto del pensamiento, en una Idea, así, con mayúscula. Era claro que todas las religiones tienen más que ver con dogmas que con un sentido de la comprensión y, en Puebla, lo único que me importaba era dudar y entender.

El sol cada día es nuevo; todo fluye, dice Heráclito, y yo fluía desde la Plaza Villalongín, de Morelia, hasta la Plaza de la Independencia, en Mérida. ¿Cuál es la esencia del Yo?, se preguntaba Schopenhauer, respondiéndose inmediatamente: la voluntad de vivir. En realidad mi esencia parecía ser mi maletín, con las muestras de fármacos, que siempre me acompañaba. Un maletín de plástico imitación piel, duro, resistente y negro. Suficientemente amplio para contener cajas de orlistat, propanolol, naproxeno, rifaximina y clohidrato de diciclovérina en diversas presentaciones. Ese maletín era, también, el eterno retorno de lo mismo de Nietzsche: era mi sustento y el único objeto que me

permitía tender un lazo hacia la realidad de mi familia y mis amigos en la ciudad de México.

Llegando al territorio del Distrito Federal, el *dasein* de Heidegger, mi ser-ahí se instalaba otra vez en el esmog, el caos vial, el vacío de poder, los ataques entre partidos políticos y las estúpidas preocupaciones cotidianas de mamá que poco tenían que ver con la angustia que provoca experimentar la existencia como finitud. Mamá discutía con papá frente a mí, como si yo no estuviera en la habitación y ni siquiera tuviera opinión al respecto, sobre lo inquieta que estaba por mis ires y venires. *¿Así cómo va a encontrar un marido decente? ¿Cómo tendrá una relación estable si esta niña anda del tingo al tango?* Si supieran que yo, además de ocupar un lugar en el mundo, ahora pensaba, razonaba…

Escapaba a la sala, a sentarme frente a la televisión para compartir palomitas o chicharrones y el Gran Premio de Bélgica con Kiko, quien jamás quitaba la mirada de la pantalla, ni aunque le aventara la *Paideia* con la pasta dura y sus cientos de páginas.

Lo de Mazatlán es sabroso, digno de relatarse.

Siempre he sido un poco llenita; me parece que esto se los había contado antes. Me vestía y actuaba como gorda puesto que era imposible competir contra el cuerpo delgado y fino de mi madre. ¿Cómo remediarlo? Además, realmente me encanta la comida, pruebo de todo y en grandes cantidades. Si me dejan frente a una charola con bocadillos, los consumo en su totalidad en un abrir y cerrar de ojos. Con decirles que hasta dormida como; sueño con tlacoyos, flautas con guacamole y cualquier tipo de antojitos mexicanos. Es una especie de obsesión que me ha llenado de placeres… y de culpas. Contemplarme en el espejo era un suplicio: me deprimía, me enojaba, lloraba de rabia ante la imagen de un cuerpo sin formas definidas, gelatinoso.

Pero en Mazatlán, una tarde que estaba sola en un bar de la Plaza Machado, acodada en la barra mientras saboreaba una cerveza, un hombre atractivo se acercó a conversar conmigo. Me invitó un tequila y después otro. Casi escuchaba la voz de mamá, recriminándome: ¡Bien saben los hombres lo que buscan las mujeres que entran solas a los bares! Pero los ojos de Román eran de gatito tierno y nervioso. No sabía si darme o no la mirada. Cuando lo hacía, me recorría de arriba hacia abajo deteniéndose en mis

grandes caderas. “Las caderas: la estación más importante en ese viaje de gozos y sorpresas”. De pronto, me dijo que era la mujer más maravillosamente frondosa que había visto. Que mi cuerpo, portentoso, ofrecía un banquete espectacular que hacía palidecer a las flaquitas de moda. Que ser rolliza era la mejor de mis herencias.

Después de pagar la cuenta, me condujo a una cenaduría. Me sentía tan feliz, que probé de todo sin un ápice de remordimiento: aguachile, mariscocos, asado plaza, cauques y empanadas de marlin ahumado. Esa noche paseamos por el malecón, escuchando el ruido tenaz de las olas y aspirando el ambiente de sal y pescado. Nos detuvimos frente al monumento de los monos *bichis*, que me pareció horroroso, pero no lo comenté para no herir a ese mazatleco que hacía su mejor esfuerzo por seducirme.

—Aquí le decimos *bichis* a los que andan encuerados, desnudos pues —explicó, mientras sus ojos desvestían mi silueta.

Para mi galán mazatleco, Román, Romancito, no era gordis ni mucho menos, sino un premio excepcional que le regalaba la vida, un lugar cálido y cómodo para hundirse.

La primera vez que hicimos el amor o, para ser precisa, que tuvimos un encuentro sexual, él me preparó con paciencia. Ante mi negativa de darle una fumada a un cigarro de marihuana que sacó cuando llegamos a su casa, Román me regaló el humo con un beso en la boca. Un beso húmedo, delicioso, aromático, eterno. Siguieron varios, todos con sabor a hierba y deseo. Cierro los ojos ahora mismo y puedo sentir sus labios. De pronto yo, casi sin darme cuenta, dejé salir a un animal anestesiado, anhelante. Me desvestí con prisa, mientras me burlaba de los *boxers* de Román, color azul marino con figuritas de quién sabe qué cosa. Mi amante continuó con el rito y, antes de quedarse completamente desnudo, roció mi cuello, muslos y senos juguetones con un aceite que olía a naranjas.

No sé a quién darle las gracias, si al alcohol, a la mota o al aroma a naranja, pero se me olvidó todo: mi tradicional vergüenza, mi miedo a que se notaran la celulitis o las lonjas, las nalgas demasiado extensas, mi piel tan seca y sin depilar. Comencé a obedecer las órdenes que me dio con su voz firme e hipnótica. Adoré su lengua traviesa y sus manos expertas.

Ambos sabíamos que no había posibilidad de enamorarnos; no era necesario. Nada de compromisos ni promesas eternas. Ni

siquiera un “te quiero” susurrado al oído, ya en la calma que le sigue al orgasmo. No había riesgos ni peligros. Precisamente por eso el sexo era más disfrutable y la cama, de sábanas blancas, nos recibía desnudos, felices y libres. Enredándonos y desenredándonos sin más diálogo que el único necesario: el de dos cuerpos calientes y disponibles.

“Besarme completa, penetrarme en amores y perderse en mis carnes” se volvieron las actividades favoritas de Román. Y yo comencé a verme distinta: altiva y orgullosa frente al espejo, dejaba que mis manos recorrieran mis nalgas, mi vientre, los muslos que antes me parecían demasiado anchos. Empecé a admirarme y a apreciar las curvas rotundas. Dejé de odiar mis estrías y decidí observarlas como letras tenues; toda una historia impresa en la piel.

Cada vez que voy a Mazatlán —jamás quitaría a esa cuidad de mi ruta—, llevo una valija especial con ropa que no usaría en ningún otro lado. Camino segura por las calles, desde el teatro Ángela Peralta hasta el Valentinos, presumiendo un vestido ajustado, una playera sin mangas, una blusa escotada, una faldita que deja ver mis muslos y sandalias que regalan, a los transeúntes, mis pies y las uñas de colores atrevidos. Abordo una *pulmonía*, ese transporte público que sólo existe en Mazatlán, y todos los collares y pulseras que me cuelgo suenan con ritmo tropical. Voy a cualquier restaurante y consumo varios platillos, sin culpas, al lado de mi hombre que no deja de tocarme, como para garantizar que esa mujer cachonda está ahí, a su lado, sonriendo sin complejos, contando chistes, inventando que su cuerpo provoca envidias y deseos apasionados.

La de Mazatlán es una mujer alegremente frondosa, expansiva y hasta un poco descocada, de caminar rumbero. Soy feliz en esa ciudad, en la cama de Román, pero no puedo serlo siempre, así que empaco mi maletín, prometo regresar pronto y tomo un autobús a mi siguiente destino. Si no me traslado, me muero. ¿Ya se los había mencionado?

Tijuana fue el lugar perfecto para que mi felicidad dependiera de las tragedias ajenas. Es una ciudad fronteriza y violenta. Probablemente porque los que ahí habitan saben que tienen un mundo “rosa” del otro lado del río, el *american dream* al alcance de la mano y, sin embargo, deben conformarse con las calles

desordenadas y sucias; con la corrupción cotidiana. Se desplazan entre perros callejeros y polvo, tratando de venderle artesanías a los gringos que llegan de visita, casi siempre tras sexo o alcohol. Algunos, buscando drogas a precios accesibles.

Me gustaba ir a Tijuana pues tenía la fortuna de poseer pasaporte y visa, así que alguna mañana libre escapaba de compras hacia San Diego: un paraíso verde, higiénico. Maquillajes y cremas que me encargaba mi madre, pasta dental y calcetines para papá, artículos electrónicos para Kiko. Un mar de tonterías para mí.

En la esquina del hotel donde me hospedaba, trabajaba una joven flacucha y de mirada dulce. Esa huilita fue la responsable de mi primer encuentro con el morbo. Ya habíamos cruzado algunas palabras y nos caíamos bien, creo. Incluso, me había atrevido a preguntarle por qué siempre se ponen en las esquinas y no en medio de la calle. ¡Fácil!, me dijo, porque aquí atrapamos a los coches de las dos calles: ésta y ésta, respondió, señalándolas. Hubiera querido saber cuánto cobraba.

Una tarde bastante calurosa, al descender del taxi, ahí estaba, tirada, con la ropa llena de fango y mucha sangre escurriendo. El taxista arrancó de prisa. No había transeúntes en los alrededores, ni un testigo, así que la escena quedó libre para que la observara a mi antojo. Todavía no atino a explicar mi reacción: en lugar de gritar, pedir auxilio o correr hacia la administración del hotel, me quedé quieta, mirándola. No se movía, de hecho, no creo que respirara. El color rojo cubriendo el área del pavimento cercana a su cuerpo era casi carmín, como el lápiz labial que usaba. El cabello tapaba sus ojos, pero un rictus de paz se había apoderado de la boca. El tono de piel era oscuro y amarillento, desagradable. Aún así, había un toque de belleza en la escena, en sus piernas demasiado huesudas, la minifalda que apenas lograba cubrir su ropa interior, la blusa desgajada y algo, una masa grisácea y viscosa, asomando del vientre. Le tomé una foto. Sí. Con mi cámara le tomé, no una, sino varias fotos. Ese instinto morboso fue mi salvación. Cuando llegó la primera patrulla, los policías me confundieron con alguna fotógrafa de las que trabajan para periódicos sensacionalistas. *Moviéndose, moviéndose güerita,* fue lo único que escuché.

En mi siguiente visita a Tijuana, no crucé a los Estados Unidos. ¿Para qué ir de compras si podía pasar mis ratos libres en la sala de

urgencias de la Cruz Roja? Dentro: un conjunto de familiares acongojados, asustados, sumidos en la angustia. Afuera: ambulancias que iban y venían trayendo, como mercancías, heridos con arma blanca, baleados, atropellados. Poco a poco comencé a conocer a los paramédicos y trabé buenas amistades. Bertha, además de ser una mujer atractiva y con un cuerpo que no podía más que darme envidia, era la más animada: compartía, con una minuciosidad impresionante, los detalles de las heridas, los porqués del caso o las causas que habían orillado a la víctima a sufrir un accidente. Disfrutaba su trabajo. Yo la escuchaba, fascinada. La primera noche que me invitó a la ambulancia, me sentía como una quinceañera dirigiéndose hacia su gran baile con un amplio vestido color melón, flores de finos encajes, holanes. Estaba emocionada.

Llevé mi cámara y tomé acercamientos de huesos expuestos, rostros deformados, sábanas enrojecidas cubriendo un cuerpo que ya no podríamos llevar al hospital. Un hombre retorciéndose, pánico en la mirada, sus vísceras entre las manos, como si estuviera acariciándolas, acariciándose. Fotos dignas de ser publicadas. De hecho, todos pensaban que era reportera de notas policíacas. Comencé a coleccionar imágenes, a clasificarlas: casos de sobredosis, heridos en accidentes de tránsito, intentos de suicidio, agresiones, peleas en bares y antros, violencia familiar. Mis fotografías favoritas eran los *close ups* de los ojos de las personas unos segundos antes de morir; el último aliento. A veces creía adivinar la mirada castaña de mi madre, una mirada sin vida.

¿Se puede retratar la muerte? Sí se puede. Con el tiempo me di cuenta de que se debe retratar, casi como obligación moral, para que no olvidemos su existencia. Pero adquirí esa certeza años más tarde.

Los gritos de las víctimas y de sus familiares que llegaban a la escena me otorgaban instantes de tranquilidad. El horror ajeno llenaba de paz mi mente y me hacía sentir infalible. Ver sufrir a los otros y saber que yo estaba entera, sana, completa, me daba la energía suficiente para todo el año. Lejos de ver la fragilidad del ser humano, la evidente futilidad de la existencia, en Tijuana me creía intocable. El llanto de los demás y la sangre ajena, cargada de nutrientes, me alimentaban.

¿Culpas? Al principio eran más bien dudas. ¿Cómo puedo

disfrutar el dolor de hombres y mujeres? ¿De dónde viene este morbo? Tal vez había nacido con una especie de inmunidad ante las tragedias, con alguna característica común a los médicos y enfermeras de urgencias. Después, reflexionando y observando, se hizo evidente que la mayoría de la gente es bastante morbosa. Largas filas de automóviles bloquean avenidas cuando hay un accidente. ¿Por qué? Porque disminuyen la velocidad para observar, a sus anchas, el coche destrozado. Con una curiosidad que se podría calificar de malsana, atisban un pedazo de cuerpo, una mano sin vida que se asoma debajo de aquella chamarra. Quieren ver, ser testigos de lo que pasó. Si van a pie, se acercan a la escena. Espían. Preguntan. Opinan. Tratan de conocer los detalles para, posteriormente, contárselos a los vecinos. Tal vez sienten lo mismo que yo: un pequeñísimo brote de alegría, muy en el fondo, por no ser las víctimas. Los horrores les ocurren a los demás; eso tranquiliza. Alivia.

No, nunca me sentí culpable.

Mi encuentro con la religiosidad se llevó a cabo en Hidalgo del Parral, a tres horas de Chihuahua. Para los turistas hay mucho que hacer en esa ciudad que apenas llega a cien mil habitantes. Tal vez conocer el sitio en el que fue asesinado Pancho Villa un 20 de julio, visitar la mina La Prieta o alguno de los quinientos edificios con valor histórico.

Para los vendedores de medicinas también es una urbe prometedora: quién sabe por qué razón, cuatro de cada diez alumnos de la preparatoria eligen la carrera de Medicina. Muchos van a las universidades que ofrece la capital del estado; otros hacen sus estudios en el extranjero. Los que regresan a su lugar de origen, después de años de esfuerzo en las aulas y en sus internados, deciden abrir una clínica privada. Hay más consultorios de gastroenterólogos, médicos internistas, reumatólogos, otorrinolaringólogos y ginecólogos que tiendas de abarrotes. ¡Un verdadero paraíso para mi maletín negro que siempre está dispuesto a combatir una estenosis mitral, una gastritis granulomatosa o una leishmaniasis!

Acostumbraba alojarme en un hotelito pequeño y familiar de la calle General Maclovio Herrera e inevitablemente, en mis salidas o regresos a deshoras, me encontraba con la silueta de la Catedral de

Nuestra Señora de Guadalupe. Sus torres tan elevadas despertaban mi curiosidad, y si un 15 de octubre decidí entrar, fue para subir a ellas y saber qué tan lejos podía abarcar mi vista desde las espirituales alturas. En realidad, debo aceptarlo, llevaba algún tiempo sintiendo un gran vacío, tal vez por la reciente y dolorosa muerte de mi padre. Mamá estaba sorprendentemente desolada, pero no por eso había dejado de criticar las "fachas" con las que asistí al funeral. ¿Cómo te presentas así, tan desaliñada? ¡Ya pasas de treinta años y ni quien te invite a salir! ¿No te habías puesto a dieta?

Además, tenía dudas respecto a mi papel en este mundo y a veces no sabía cuál de mis personalidades era la que más convenía. Estaba un poco harta de los disfraces. Poco a poco me había dado cuenta de que mi pasión por el movimiento no era más que un escape de mí misma. ¿Pero acaso uno puede huir de quien realmente es? ¿Se puede rechazar la propia esencia? ¿Al cambiar mi nombre, hace ya varios años, había logrado influir en mi destino? Ana o Beatriz, da lo mismo, finalmente soy quien soy y ya es hora de encontrarme.

En el recinto católico había misa en ese momento y unas cuantas personas rezaban o recorrían la nave principal. Hincada frente a una banca de madera estaba una mujer delgada, muy blanca y de cabello rubio. Algo me invitó a sentarme cerca de ella, ¿su devoción, tal vez?

Sandra Frid, después de haber escrito una novela sobre Edith Stein y siguiendo su ejemplo, se había convertido al catolicismo cinco años atrás. Yo no sabía nada del judaísmo, pero por lo menos me quedaba clara una gran diferencia: ellos no creen en Jesucristo como el Mesías ni veneran a los santos. ¿Realmente es posible que una persona cambie de religión, así como así? Renunciar al pasado, a toda una cultura, a una forma especial de ver la vida, a la educación de años.

Sus ojos cerrados con fuerza llamaron mi atención, las manos pálidas, en postura de rezo, me fascinaron. Sandra comenzó a susurrar, muy quedito: *Santa Teresa, esposa virgen, especialmente amada del Crucificado, y doctora de la Iglesia, alcánzame que a imitación tuya prefiera cumplir la voluntad y ganar la amistad del Sumo Bien, antes que todos los goces de la tierra. Dame fortaleza para seguir*

*tu ejemplo de servir públicamente a Cristo con la perfección que Él pide, a pesar de todas las contradicciones. Y que con tu auxilio pueda superar las dificultades de esta vida y merecer el descanso sin fin del cielo*.

Después de decir *Amén* en voz alta, se persignó tres veces y se levantó. Retrocedió por el pasillo, sin dar la espalda al altar, dirigiéndome una mirada que parecía indicarme que la siguiera. Caminó varias calles sin hablarme, a pesar de que yo estaba detrás de ella, tan cerca, que le pisé los talones por lo menos dos veces. Con unas sandalias ligeras, parecía caminar descalza. Flotar.

Al llegar a una plazuela, se sentó en una banca y, con un gesto de la mano, me indicó que me sentara a su lado.

—¿Qué te pasa? Noto angustia en tu rostro.

—Todo me pasa, todo me angustia…

—Que nada te turbe, que nada te espante, pues todo pasa. Dios no se muda, ¿sabes? La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta: sólo Dios basta.

—¿Cómo?

—Es un poema de Santa Teresa de Ávila. De tanto repetirlo he acabado por recitarlo con mis propias palabras. Si pones tu vida en manos de Dios nuestro Señor, como yo lo he hecho, las cosas serán de otra manera. Todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Dios. ¿Eres creyente?

—Normal.

—¿Normal? Si no miráramos otra cosa que el camino, pronto llegaríamos. Debes concentrarte; una mente disipada no te lleva a ningún lado.

—No sé a dónde tengo que ir.

—La respuesta no la poseo yo: para encontrar lo que buscas, no debes conversar con los hombres sino con los ángeles. Santa Teresa hablaba con ellos y, a veces, también con Dios; se le aparecía y la reconfortaba.

—Pero yo ni siquiera sé lo que busco. O, más bien, no sé en dónde buscarme.

—Si te entregas a Dios, Él te guiará. Eres de Dios pues Él te ha criado y redimido. Eres suya, pues Él te sufrió, te llamó y te esperó. No te has perdido todavía, así que simplemente reza y pregúntale: ¿Qué mandáis hacer de mí?

—Hace tanto que no rezo de verdad. Dudo que Dios quiera

escucharme.

—Dios siempre escucha. Quien no entiende que está favorecido de Dios, es imposible que tenga ánimo para cosas grandes. Debes dejar actuar a Dios en tu corazón y luchar en contra de todo lo que te aleje del Señor.

—¿Cómo le hago?

—Empieza leyendo a Santa Teresa, la Cantora de Jesucristo, mi madre espiritual y la madre de todas las almas que aspiran a la perfección. Deja que Ella se convierta en tu Maestra de Oración. Era una mujer prudente, amable, caritativa. Amaba la soledad como yo la amo ahora. Ten —me dijo, extendiéndome un libro—, es un regalo. Si tienes dudas, búscame. Asisto a misa todos los días a las mismas horas.

—No vivo aquí, pero vengo más o menos seguido.

—Ya sabes dónde encontrarme. Déjame ayudarte. Santa Teresa decía que una persona inteligente es sencilla y sumisa, porque ve sus faltas y comprende que tiene necesidad de guía.

—¿Quisieras ser mi guía?

—Las palabras de Santa Teresa lo serán. El día que te convenzas de que vida verdadera la hay sólo en el cielo, te sentirás más tranquila. El amor mundano apega a esta vida. En cambio, el amor divino suspira por la otra vida.

Después de pronunciar estas palabras, tomó mi mano y se hincó frente a la banca. La plaza estaba casi vacía. Sólo un vendedor de algodones de azúcar nos miró, sorprendido. Me hinqué junto a ella. Unas piedritas se clavaron en mi rodilla. Iba a moverme, para evitar el dolor, cuando del interior de mi alma escuché una voz que susurraba: “O sufrir o morir”. Enseguida, Sandra colocó su mano sobre el crucifijo y me dijo, a manera de despedida:

*—En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo*.

Siempre que regreso a Hidalgo del Parral, además de ver a Sandra aunque sea unos momentos para escuchar sus palabras místicas, visito las iglesias y capillas. Me gustan porque son oscuras, frescas y por la tranquilidad que se respira. Rezo mucho y, aunque todavía no me encuentro, he logrado conseguir cierta paz espiritual. He aprendido, también, a buscarle una razón al sufrimiento. En mi maleta para Chihuahua llevo el pequeño crucifijo que me regaló

Sandra, la Biblia y la *Autobiografía* de Santa Teresa. Ropa cómoda pero recatada, de colores discretos y la tranquilidad de que alguien me cuida, me protege.

Si en Puebla era agnóstica, en Chihuahua me transformaba en una creyente puntual y metódica. La fe no admite dudas ni cuestionamientos. Mi descubrimiento más importante no fue creer en Dios, sino en una figura más cercana, humana, de mirada tierna y con suficientes poderes como para salvarnos de una condena cierta. Alguien que sustituyera a mamá, probablemente. Una santa nacida en la ciudad castellana de Ávila, en 1515, era perfecta para esos fines.

Más vale buscar la salvación y rogar por el perdón… pues uno nunca sabe.

En Tepic me convertí en hechicera. Bueno, más bien en curandera.

Pasó así: de tanto visitar ciudades periódicamente, ya tenía buenos amigos. La recepcionista del hotel donde me alojaba una vez al mes se convirtió en mi mejor amiga de Tepic. Tenía casi cincuenta años y era la parienta incómoda del dueño del lugar. De esas personas que no conocen la buena fortuna. No es que tenga tan mala suerte, me explicó un día, sino que al nacer hablé con Dios y le dije: Señor, si existe la reencarnación, yo no la quiero; con una vida me basta, así que de una vez mándame todos los sufrimientos de mis otras vidas, todos los que algún día me tocaría soportar y, así, desde ahora quedamos a mano.

Había sido la única niña de siete hermanos. Cuando comenzó a jugar como hombre, a hablar como hombre y a vestir como hombre, su madre se alarmó y su padre se enojó tanto que la golpeaba cotidianamente para limpiar sus malos pensamientos, para que el diablo la dejara en paz. Manuela terminó encerrada en una especie de internado psiquiátrico pues los médicos les garantizaron que la podrían curar de su grave "enfermedad": la homosexualidad. La pobre ingresó a los 14 años y salió a los 18 odiando a las mujeres… y a los hombres. Odiando al mundo. La culpa de querer vengarse de su padre la consumía pero, al mismo tiempo, se convirtió en el motivo que la mantenía viva: atreverse a asesinarlo un día que se levantara más encabronada que de costumbre. Su hermano mayor era el único que sentía compasión por ella: la dejaba trabajar y vivir

en su hotelito; eso sí, le pedía ser discreta y vestirse lo más femenina posible. Ella jamás había amado a nadie, ni hombre ni mujer. Nunca se había enamorado.

En esa época, yo ya había celebrado mi aniversario número cuarenta y me habían ascendido a Supervisora de Zona. Ganaba más y, por lo tanto, podía alquilar un pequeño apartamento en la Ciudad de México. Me había independizado de mi madre económicamente, y seguía tratando de hacerlo a nivel emocional. Por su parte, la empresa que mi hermano había fundado daba sus primeros frutos y pensaba en casarse, tener hijos, perros y una casa con jardín.

Como supervisora, contaba con más tiempo para mí. Ya no desperdiciaba tardes enteras en las salas de espera. Un día, mientras descansaba en mi habitación, Manuela tocó a mi puerta. Estaba malísima del estómago y quería saber si tenía algo en el maletín que pudiera ayudarla. Después de hacerle unas preguntas básicas, consulté mi libro de cabecera, *Medicina interna para internistas*, escrito por un gran médico, el doctor José Halabe.

Disolví en agua dos pastillas de claritromicina combinada con subsalicilato de bismuto y puse el líquido en un pequeño frasco que pedimos a la cocina. Dos horas después, Manuela estaba perfecta y comenzó a correr la voz, entre los empleados del hotel, de la poción mágica que yo había preparado. Los empleados contaron la anécdota de la "hechicera" a sus familiares, éstos a sus amigos, y éstos a sus conocidos y vecinos. El caso es que, dos días después, había recibido ocho llamadas de personas que querían verme. ¿Qué pierdo con intentar?, pensé. Si acepto sólo males menores y receto las pastillas adecuadas, no le haré daño a nadie. A veces la gente tarda meses en conseguir una cita en el Seguro Social. Manuela mandó comprar varios frasquitos con gotero y yo preparaba mis mejunjes en el baño de la habitación.

Para el reflujo recomendaba mantener una dieta baja en grasas, ácidos, especias y carbohidratos, evitar consumir alimentos dos horas antes de dormir, elevar la cabecera de la cama, eliminar el cigarro y la ingestión de alcohol. En el frasco diluía bloqueadores H2 e inhibidores de la bomba de protones.

Si sospechaba que uno de mis pacientes tenía bronquitis, le pedía reposo, ingestión abundante de líquidos y analgésicos. En el

frasco mágico ponía eritromicina o ampicilina.

Poco a poco fui perfeccionando mis técnicas. Me di cuenta de que gran parte de la curación de un enfermo depende de su mente. Si cree en la magia de la medicina que está tomando y en las manos milagrosas de quien la prepara, sana más rápido. En Tepic comencé a vestirme distinto, a hablar como cubana —ya que todos decían que era cubana, debía amoldarme a sus deseos—, a convertir mi consulta en un rito con rezos, velas, incienso, pirámides y cánticos que ni yo comprendía. Compré frascos de colores, importados de la India.

Manuela controlaba mis citas, me asistía si no había mucho trabajo en la recepción del hotel y cobraba una aportación voluntaria que nos repartíamos entre las dos. Con mi parte, yo pagaba los gastos de mi puesta en escena y ella depositaba su cincuenta por ciento en el banco, *un pequeño ahorro para la vejez*.

La "marimacha, desviada, tortillera y lesbiana" se había convertido en un personaje importante de la zona. La gente la trataba bien para conseguir lugar en la lista de espera. Se había transformado en *Doña* Manuela y, cuando la veían en la calle, inclinaban la cabeza en señal de saludo y respeto.

Ser hechicera tiene su encanto: posees el don de dar o quitar vida, de amoldar futuros. Alivias dolores, escuchas penas, curas almas. De pregunta en pregunta entras a la intimidad de las personas, las conoces y les das lo que necesitan. Muchos pacientes se aliviaban nada más al verme. Otros, al tomar gotas de agua pura y simple, contenidas en un frasco lleno de espejitos al que le había contagiado parte de mi energía vital cubriéndolo con mis dos manos, mientras rezaba en algún dialecto afroantillano: *¡Sakapta, divinidad de la enfermedades; Obtalá, guía de mis manos, escuchen mis ruegos! Ezili Kalikae Elu, Ala Loa Ki Red, Ezili U Madé Kocho, M'Ape Ba U Li*.

Con el tiempo, comencé a explotar mi creatividad y a inventar especializaciones. Una de las más socorridas era la domesticación de almohadas, con Manuela como asistente indispensable. Muchos pacientes estaban convencidos de que sus males se exacerbaban por las noches. Se les cerraba más la garganta, subía la fiebre, oían a su corazón latir precipitadamente y, lo peor, escuchaban a todo volumen sus voces internas, sus faltas, remordimientos y pecados

veniales o mortales. La culpa, entonces, debía ser de la almohada sin importar si era de pluma o sintética, delgada o ancha, blanda o dura. Así, los pacientes llegaban acompañados de su almohada y Doña Manuela las colocaba sobre un banco de cocina, al que había cubierto previamente por unas telas rojas con caracteres chinos pintados en negro. Entonces yo, la santera cubana, ponía ambas manos encima de la almohada, pero sin tocarla, cerraba los ojos y le hablaba en un idioma que nadie entendía. Mis manos se movían por la superficie cojinosa mientras murmuraba sílabas y vocales, igual que hacen los que meditan; lo había visto en algún programa de televisión. Ooooooooommmmmm, eeeeeeeeeeeee, aaaaaaaaaaa. Rápidamente entraba en un estado hipnótico y mi cuerpo, de la cintura hacia arriba, se balanceaba en círculos casi perfectos ayudada por el vaivén del humo del incienso, que invadía lentamente la habitación. Al final, descargaba mi ira golpeando la almohada con ambos puños. Para un mejor efecto dramático, imaginaba que estaba golpeando al padre de Manuela, a ese hombre que tanto la hizo sufrir y, claro, de paso, a mi madre. ¡Suéltalo, suéltalo! —gritaba como enloquecida—. ¡Déjalo ir! La sesión terminaba en paz. Yo estaba relajada, sin estrés y mis clientes salían felices, abrazando su almohada y susurrándole frases bonitas, para animarla.

Me sentía poderosa y, al mismo tiempo, sabía que hacía un bien en la comunidad que se movía alrededor del hotel estratégicamente ubicado en la avenida México. Algunos turistas también solicitaban mis servicios, pero difícilmente se convertían en clientes asiduos. Los más leales, a quienes recibía cada mes, eran los ancianos que llegaban con mil males a cuestas y dos enfermedades mortales: la soledad y el abandono. Es impresionante ver cómo el cuerpo comienza a adueñarse de las penas emocionales, las hace suyas y las manifiesta en intensos dolores de cabeza, inmovilidad de las piernas, sordera, rigidez en la columna, cáncer. El cuerpo se abandona, va rindiéndose poco a poco.

Una de mis viejitas preferidas tenía una magnífica salud, pero su mayor deseo era morirse: estaba cansada y sentía que la vida se repetía y se repetía. Sus dos hijos habían emigrado a Estados Unidos, así que nadie la visitaba. A lo mucho, recibía dos postales al año: en Navidad y en el día de las madres. *Nunca se han acordado de*

*mi cumpleaños*. Doña Mari llegaba a mi lado con la esperanza de que le diagnosticara una enfermedad gravísima, cualquier mal incurable. Cuando acudía a su revisión con el cardiólogo y éste le explicaba que su corazón estaba en perfecto estado, salía muy decepcionada. *¿Por qué dicen que el ser humano es libre* —se quejaba —, *si ni siquiera podemos decidir cuándo y cómo morir? Ándele* —insistía—*, déme algo que me haga dormir por lo menos una eternidad*.

Yo misma me convencía de tener un don, el de la curación, y me sentía feliz de poseerlo. Jugaba a ser una divinidad, pasajera, limitada, falible pero divinidad al fin. Además, tengo que presumirles que en los años en que viajé a Tepic jamás se me murió un paciente, bueno… sólo Mari. Tal vez me excedí un poco en la dosis que me pidió para calmarle un dolor de garganta. Manuela, que sabía de sufrimiento, me convenció. Eso sí, les garantizo que cuando Mari cerró los ojos fue, por fin, aceptablemente feliz.

Como del movimiento continuo no se puede salir inmune, hace unos años sufrí un accidente en la carretera de Toluca, apenas cinco kilómetros antes de llegar a la zona comercial de Santa Fe, a tan sólo quince minutos de mi casa. Uno siempre piensa que los accidentes suceden en parajes lejanos o de difícil acceso. ¿Se han dado cuenta de que cuando van a la tienda cercana no se ponen el cinturón de seguridad?

El chofer del autobús estaba demasiado cansado, ya que lo habían obligado a trabajar horas extra. Cerró los ojos solamente unos segundos; suficientes para que me volviera completamente insensible de la cintura hacia abajo. Fue un baile de coincidencias funestas. Cerró los ojos en el momento preciso en que el chofer de un tráiler de carga paraba su vehículo en el acotamiento. Pudo haberse detenido algunos metros antes, o haberlo hecho un minuto después y nada habría pasado. Nuestro conductor falleció, así como otros seis pasajeros. El destino siempre está ahí, al acecho. Lamentablemente, no se distrae ni comete errores. No es piadoso.

Si hubiera podido elegir, hubiera preferido la muerte a la inmovilidad absoluta. Mamá había fallecido dos años antes y una intensa paz se había instalado en mis días. Pero la suerte me regaló poco tiempo de tranquilidad. Yo, que jamás estaba más de diez días en el mismo lugar. Yo, que ya tenía todas mis vidas bien definidas, funcionando a la perfección: vidas complementarias, equilibradas y

tangibles. Yo, que podía permitírmelo todo dependiendo del espacio geográfico que ocupaba en cada momento. Yo, multifacética y multifeliz. Yo, mujer móvil y movible.

Antes llenaba mi valija, que se había convertido en un miembro más de mi cuerpo, de acuerdo a la ciudad a visitar: ropa exótica y atrevida, remedios milagrosos, libros sobre Santa Teresa, cuadernos de apuntes de filosofía, atuendos serios y recatados, cámara fotográfica… herramientas diferentes de mis distintas personalidades. Ahora la maleta está vacía, tal vez moribunda, al igual que la sensibilidad de mis piernas, de mis nalgas, de mi sexo, de mis pies.

¿Qué me queda? Nada. De mis sueños y planes, ni siquiera poseo el viento que los deshizo. Fierros torcidos, gasolina regada sobre el pavimento de la carretera, cristales rotos, un zapato perdido. Quejidos sordos, apagados por la lejana sirena de una ambulancia.

Cada quien crea su propio infierno, limbo o paraíso. ¿Mi sino era, acaso, terminar en una silla de ruedas cuando ni siquiera tengo la fuerza para echarla a andar? La vida es tan frágil que apenas se sostiene de un hilo. Una minucia, un detalle tal vez, tiene el poder suficiente para decidir nuestro futuro en cualquier segundo. Y lo peor llega con la certeza de que no hay oportunidad para volver atrás, repetir las escenas, arrepentirse, comenzar de nuevo, editar o borrar las fotografías más terribles. ¿Acaso hace falta sufrir para poder ver? ¿Han experimentado el vacío? Estoy viviendo en el infierno que, hace muchas páginas, Dante creó.

Nicolas Peyrac, un cantante francés al que escucho todo el día, dice: *Même s'il ne reste rien qu'il était une fois, je refait de ma vie ce qu'il fallait qu'elle soit*. Lástima que sólo sea una canción y no una promesa: rehacer la vida como debería haber sido. Es terrible conservar la lucidez. Una pena que todo esto no sea una pesadilla.

Sobrevivo gracias a las aportaciones de mi hermano y a los cuidados semanales de mi sobrina, Ana Paula, que viene a verme todos los martes. Me cuenta sobre su obra en turno —es actriz de teatro, bastante buena, por cierto— mientras ordena mi armario. Lee novelas en voz alta, le pega dos o tres gritos a la muchacha que me cuida y, sobre todo, me trae galletas, discos, una botella de tequila y películas pirata que nunca veo. Cuando me siente triste, saca las cartas de mi madre, aquellas con palabras bellas y eróticas

que le escribió su amante.

Si me encuentro sola, me entretengo observando las distintas habitaciones del hospital de enfrente: los ires y venires de enfermeras y familiares que visitan a los pacientes recién operados.

Sobrevivo, también, gracias a la memoria. ¿Hay algo mejor, en una silla de ruedas, que cerrar los ojos y recordar? Acariciar el maletín negro en el que cargaba las muestras médicas. Cerrar los ojos y contar dos, tres, cuatro… cien diferentes historias con la misma protagonista: Beatriz. Imaginar que vuelvo a ser todas las Beatrices y que puedo vivir todas mis vidas posibles, siempre en movimiento.

# Beatriz Nueve:
# Monólogo con su Ángel de la guarda

*Las pasiones ocultas se alimentan de la vida de las personas, se esconden dentro de ellas, como los tifones se esconden tras las ciénagas, los montes y los bosques*.
SÁNDOR MÁRAI

*Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día…* reza mi hijo en voz muy baja mientras yo recuerdo la figura protectora que elegí, en caso de que no haya sido Él quien me eligió a mí a su imagen y semejanza. Pienso en el monólogo interminable que estoy a punto de enfrentar —la única manera de hablar con una sinceridad aceptable—, al tiempo que le doy un beso de buenas noches a mi pequeño. Un beso no, varios: en la frente, las mejillas, la nariz. Entonces siento su piel lisa, suave, tersa, tibia. Buenas noches, sapito, le digo, y cierro la puerta de su recámara azul para correr a refugiarme entre las teclas negras de mi computadora y un buen vaso de vodka lleno de rocas. Son más de seis rocas brillantes, casi blancas en el centro, con algunas burbujas que quedaron atrapadas y sólo desean el contacto con el líquido para recuperar su incipiente libertad.

¿Será el alcohol lo que me ayude a repasar la historia, historia de sincronías y diacronías, para reconciliarme con todos mis fantasmas, con todas las posibilidades que se quedaron atrás, un tanto frustradas? El olor a alcohol es suficiente para que las neuronas comiencen a comunicarse con movimientos imperceptiblemente rápidos. Se mueven furiosas, locas por encontrar los pedazos de memoria que deben ir pegando. Se unen en una orgía salvaje, invadida de deseos… y eso que todavía no doy el primer trago.

Ayer lo vi tras casi once años de haberlo corrido. Antes pensaba que uno elige a su protector con pleno uso del libre albedrío y, con esa misma capacidad de tomar decisiones, puede deshacerse de Él en el momento más conveniente. Por lo menos eso intenté hasta que me di cuenta, al pasar los días, los meses y los años, de que lo tenía cincelado en algún lugar de mi cuerpo. Al revisar nuestro pasado

juntos —es un ejercicio que apenas comienza—, me doy cuenta de que nuestra película fue tomada con diferentes cámaras, desde distintos ángulos y que los encargados de la edición no se han puesto de acuerdo. Para Él, la última escena se llevó a cabo justo afuera del Centro Cultural San Ángel, el día de la presentación de un libro editado por la empresa que mantenía a la par de su trabajo en el gobierno. Al salir, tomé el camino de la derecha tras despedirme con frialdad (no lo recuerdo). Él, en cambio, se fue hacia la izquierda después de haber visto cómo se perdía mi figura entre la gente que caminaba por avenida Revolución. El piso estaba mojado y reflejaba el neón de las luminarias callejeras. *The End*. Se encienden las luces y las personas se levantan de sus asientos rojos. Algunos pisan palomitas que han quedado tiradas, provocando un peculiar ruido de maíz esponjoso aplastado. Salen muy despacio de la sala. Pocos hablan, porque las escenas de amores que terminan siempre incomodan o, en el mejor de los casos, provocan tristeza.

Mi película finalizó a la entrada de la casa donde vivía en esa época (un término que nos remite a otros tiempos). "Eso no se hace", sentenció. En un intento por protegerme cerré la puerta de madera dura, durísima (la traición lo endurece todo) para sentirme momentáneamente feliz y a salvo. Preferí la tranquilidad de otras promesas. Cerré la puerta pensando que Él quedaría afuera, para siempre.

……

Estás equivocada. Estás equivocada y sólo el paso de los años te concederá esa certeza. Las puertas no son inviolables. Nunca lo son. Hay rendijas —tal vez juguetonas, tal vez traicioneras— que dejan pasar recuerdos, sueños, posibilidades. Los deseos negados siempre consiguen filtrarse. Pero vayamos a los hechos; de lo contrario, las otras Beatrices no podremos ser las juezas que deseas. ¿En dónde lo conociste? ¿Cómo? ¿Acaso lo recuerdas con detalle? ¿En qué momento, a qué deshoras de la noche decidiste que su figura transformadora se encargaría de permanecer en ti para siempre? ¿Cuándo te diste cuenta de que Él se convertiría en tu motor, en todos tus motivos?

Y, por último, ¿no te aterra perderlo o, más bien —seamos sinceras— saberlo perdido?

……

Es mejor que les cuente lo que comimos ayer en el restaurante que elegimos para el reencuentro. Él, salmón, como siempre. Yo, un filete a la pimienta verde que apenas probé. Vino tinto y tres bolas de helado de mango que compartimos. ¿O prefieren que les narre, con lujo de detalles, el vacío en el estómago, el cosquilleo que sentía en las entrañas cuando se acercaba la hora de la cita? Cualquiera diría que son reacciones químicas exclusivas de la adolescencia. Pero mi nuca se estremecía y mis manos rezaban, por sí solas, para darme el valor de decirle aquello que había plasmado en un guión: la orden del día.

Bajo los acordes de la *Fantasía para piano, coro y orquesta. Opus 80*, de Beethoven, decido comenzar por el principio. Si aceptamos que las historias de amor tienen principio, ya no pueden ser eternas ni infinitas. Lo que comienza necesariamente acaba, ¿cierto?

Tomo un largo trago de vodka muy frío, diluido en el agua que se ha derretido de los hielos. En la ficción no hay lugar para las mentiras. ¿Cómo narrar una historia que me he inventado? ¿Por qué la necesidad de reconstruir un pasado del que sólo quedan sobras, a saber: algunas cartas, páginas de mis diarios, facturas de hoteles, restaurantes y tiendas, pocas fotografías, un paquete de kleenex rusos, imágenes de ciudades como Portsmouth, Toronto, Londres, Moscú, Río, Budapest y dos o tres notas bastante cursis, como los recados que envían quienes se saben enamorados?

La historia comenzó hace varios años. No recuerdo el mes y, además, no tiene importancia, a menos que quisiera construir una escena perfecta, en cuyo caso necesitaría describir el clima: un frío muy seco o el calor impío de una ciudad de pavimento. ¿Qué más da? La primera escena se llevó a cabo en su oficina. *Interior*. Él tenía la edad que yo tengo ahora y me entrevistaba como candidata a un puesto que le urgía cubrir.

Su despacho lo decía todo por el perfecto orden que reinaba y la falta de objetos personales, familiares: me estaba enfrentando a un posible jefe neurótico-obsesivo.

En la toma de *su* cámara, en la edición de *su* película, yo aparezco como una joven presumida, autosuficiente, insoportable. Todavía no me explico por qué fui contratada si ésa es la imagen que se hizo de mí. El destino es mucho más sabio que nosotros, tiene más experiencia y nunca se hace responsable ni se siente

culpable. ¡Bendito destino!

Salí de la cita sin esperanzas. No vislumbraba posibilidad alguna y, en caso de que me llamara, ¿querría trabajar con un hombre poseedor de tales características? ¡De ninguna manera!

……

¿Te das cuenta de que hace algunos días te dedicabas a redactar el plan de medios de una nueva marca de cereales orgánicos y, de pronto, estás dedicada a describirlo?

……

¿A quién?

……

A Él. Tal parece que lo ves como a un Dios…

……

¿Por qué creer en Dios si puedo creer en un hombre? El paraíso está donde está Él, pienso, parafraseando a Voltaire. O por lo menos, mí paraíso, que es el único en el que creo, en el que confío. ¿De qué está hecha la vida sino de amores y esperanzas?

……

¿Acaso su presencia te es indispensable?

……

Me es vital, aunque Él no lo sepa. Me da la fuerza para sacar lo mejor de mí y la indiferencia para sacar lo peor. Me obliga a atreverme.

Tomo otro trago de vodka y escucho, por tercera vez esta noche, los coros de Beethoven en alemán. ¿Puede haber algo que me acerque más a la espiritualidad? (y no entiendo una sola palabra). Comienzo a teclear mis ideas, los recuerdos que no dejan de fluir, siguiendo el ritmo del compositor. Su rostro, esculpido en bronce, me atormenta. No pienso en su sordera ni en su genialidad, sino en su cabello desordenado, descuidado, moviéndose mientras dirige alguna de sus sinfonías.

El cabello de Él es muy lacio, muy suave (lo supongo, pues hace mucho tiempo que no lo acaricio). Ya tiene algunas canas que enmarcan sus orejas y muchos problemas que rondan sus ilusiones. Pleitos legales y una desilusión amorosa que lo obliga a abrazar la soledad y creer que está satisfecho con ella. A pesar de eso, sigue buscando a la mujer perfecta. Una mujer que, en el fondo y aceptando mi completo egoísmo, no quisiera que llegara.

Entre las cosas que ha aprendido, hay una que presume como la más importante: no confía en nadie. Su calidad de personaje público, de hombre de poder, fama y recursos, lo obliga a sentirse utilizado. Y lo explica de una manera sencilla e ilustrativa, tal vez por su costumbre de convertirlo todo en algo comprensible. Después de masticar un camarón, me dice que cuando uno va a un restaurante, el mesero tratará de ofrecerle un platillo costoso, el *sommelier* de convencerlo de las bondades del vino más caro y el capitán de vender su amabilidad para conseguir una buena propina. Pero uno lo sabe y está dispuesto a pagar la cuenta: es un simple intercambio. Sin embargo, con las personas que se acercan, supuestamente desinteresadas, nada está claro. ¿En qué momento me dejarán ver sus verdaderas intenciones? ¿Qué van a pedirme? ¿Cómo saber qué hay detrás de sus palabras amables, dulces o hasta románticas?

Esto comenzó con la que fue su esposa y sigue siendo la madre de sus tres hijos. Desde el principio, Él se sintió utilizado. Mientras platica y sigue comiendo aguacate y camarones, quisiera preguntarle si cree que en nuestra época yo tenía un interés más allá de quererlo… pero no me atrevo. Nunca hay que preguntar algo si no estamos preparados para escuchar la respuesta. Si no me creen, consulten con Edipo.

Trato de ser sincera. ¿Acaso obtuve ventajas? Su nombre, reconocidísimo, no debía pronunciarlo. Su poder sólo se encargaba de complicarlo todo. Su situación de político famoso dificultaba nuestros encuentros. Nada más podíamos actuar como “nosotros” dentro de cuatro paredes herméticas, o en el anonimato de los viajes (siempre y cuando no fueran viajes de trabajo, pues teníamos que escondernos de sus asistentes y secretarios, además de los reporteros que cubrían la fuente internacional).

……

A estas alturas de tu texto creemos que deberías dejar el vodka, aunque no lo hayas terminado. Acto seguido, te sugerimos que apagues la computadora y que vayas a la cama con tu marido. Ya está dormido, pero el calor que de él emane te recordará que no estás sola, que eres una mujer protegida, querida y apoyada. Que además de ser tu compañero, es el padre de tu hijo. Que no puedes concebir la vida sin su presencia y, sin embargo, no puedes

conciliar el sueño sin rezarle a tu imagen protectora, a tu ángel adoptivo, al hombre que un día entró a tu vida con la convicción suficiente y la firme necedad de no salirse nunca.

……

Dagmar se llamaba su primera esposa y la conoció en Frankfurt. Fue un matrimonio corto, de desencuentros. Él no le soportaba siquiera el humo de los cigarros que ella fumaba uno tras otro: en su juventud era un hombre intolerante. Al poco tiempo, a su mujer le descubrieron una enfermedad degenerativa que terminaría con su matrimonio: espondilitis anquilosante.

Después vino una segunda relación con una analista que llegó a ser muy conocida por la calidad impresionante de sus previsiones económicas. Fue una relación tormentosa, enfermiza, de dependencia absoluta. Un amor que rayó en la locura. Mi ángel guardián terminó con una grave depresión y ella, desquiciada. Él tuvo que refugiarse en un hotel de Tepoztlán para reencontrar la paz y olvidar los episodios en los que ella, por la madrugada, salía en camisón de la casa que compartían para vagar, cual alma despeinada, por las calles de la ciudad.

……

¿Quieres que Él se convierta en tu corrector de estilo? Te lo proponemos sin mucho meditarlo, porque te leemos y nos damos cuenta de que necesitas otra voz, otro "alguien" que haya sido actor en esta historia y que tenga las calificaciones suficientes para opinar, apoyarte o desmentirte.

Ahora bien, puedes ser más ambiciosa y pedirle que se convierta en tu corrector de vida, en caso de que el pasado pueda corregirse.

……

A veces me preguntaba si tendría la misma dignidad que tuvo Napoleón para asumir su soledad de hombre vencido. No se pueden ganar todas las batallas. De hecho, hay quienes no ganan ninguna. En ese entonces tenía la esperanza —que se está convirtiendo en una certeza, en el mundo de ficción que me ocupa— de ganar la lucha más importante: la que me haría poseer su imagen y su recuerdo para siempre (aunque Él no lo sepa ni lo apruebe; es lo bueno de las figuras protectoras: no hay que pedirles permiso).

¡Cómo me hubiera gustado enfrentarlo para haberle dicho lo que se me hizo costumbre callar! ¿Por ejemplo? Dame un centímetro de

tu piel… y no te imaginas lo que haría con él. Dame un minuto de tu vida… y no te imaginas de qué manera la transformaría. Dame un pedazo de tu futuro… y no te imaginas lo que construiríamos.

¡Cuánto hubiera querido atreverme a ofrecerle ese cuerpo, fresco y ágil, de mis veintiséis años! (aunque no lo aceptara). Lo maravilloso de ese amor es que se saciaba aun sin ser correspondido.

……

¿Estás hablando en serio o le das libre salida a tus deseos? Creemos que ya llegó la hora de que apagues la computadora y te duermas. No lo pienses mucho. ¡Ah! Y ese vodka que sobra, no lo bebas. Podría envenenarte.

……

*Ángel de la guarda,*
*dulce compañía,*
*no me desampares*
*ni de noche ni de día,*
*hasta que me entregues*
*en los brazos de Jesús, José y María* rezo antes de dormirme en una recámara que no es azul y en la que se escucha, además de mis murmullos, la respiración profunda y pesada de aquel que me ayudó a cerrar la puerta de madera dura, durísima (la traición lo endurece todo) para sentirme feliz y protegida.

……

Lamentamos la interrupción. Te suplicamos que te durmieras, pero ahora te pedimos que antes de roncar sobre tu almohada vieja, demasiado blanda e invadida de ácaros, nos prometas que mañana contarás la historia como se cuentan las historias: "Había una vez". Y júranos que, a partir de ese "había", respetarás un orden cronológico, racional y comprensible.

Prométenos también que por la madrugada, mientras intentas conciliar el sueño, pensarás si estás dispuesta a sacrificarlo todo por preservar su recuerdo. Hay recuerdos peligrosísimos, pues anulan el presente e invaden nuestras posibilidades. Hay pasados que armonizan con el presente, ya que tienen una consecuencia lógica, están hechos del mismo material, pero otros significan una ruptura total, se convierten en una terrible amenaza. Son pasados que paralizan y, si les das permiso, destruyen.

……
¿O reconstruyen?
……
Duérmete y promete.
……
Está bien, lo prometo: mañana será otro día.
……

Me gusta cumplir mis promesas. Mañana es otro día. Ya es otro día. ¿Martes, jueves? ¿Cuántas noches, cuántos sueños han pasado? Cuando lo vi, en ese restaurante de la colonia Del Valle, le confesé que lo soñaba muy seguido. Lo sueño muy seguido; una vez a la semana. Por algo es mi figura protectora, una especie de ángel guardián con una relación de por vida. Intenté correrlo hace muchos años, cierto, pero no lo he logrado: algunas cosas o personas llegan a tu lado para permanecer. Ésa es su condición: la permanencia.

En fin, regreso a lo cronológico: una vez que fui contratada, que alguien me asignó mi escritorio, mi línea telefónica y me dio lápices, una libreta amarilla para tomar notas y varios tips para tratar al jefe irascible, explosivo y perfeccionista, acepté mi rutina. En esa época estaba casada con un hombre recién egresado de una maestría en Economía que apenas comenzaba su vida profesional. Ahora, al parecer, es muy reconocido en su especialidad: la econometría. Habíamos contraído matrimonio muy jóvenes, sin conocernos, dos años atrás. Nos equivocamos, pero nos tomó casi cinco años aceptarlo. ¡Qué tercos son los errores y qué caro cuestan! ¡Qué culpable me sentí cuando todo terminó, qué traicionera!

En mi oficina, aprendí mis tareas profesionales con rapidez: contratar a expertos de los temas esenciales para formar un reconocido grupo de asesores, analizar la prensa internacional buscando noticias relativas a México, llevar a cabo proyectos especiales, apoyarlo con cuanta ocurrencia pasara por su mente (y pasaban demasiadas). Un año después comencé a tener responsabilidades fuera del contrato: extrañarlo, imaginarme a su lado, leerle el pensamiento, contar las horas para llegar a mi trabajo, seguir sus juegos, sentir el temblor de mis piernas cuando me llamaba a su oficina, interesarme en su vida personal, tratar de investigar qué tan feliz era, desear sus ojos, sus manos.

Imagino que Él también empezó a desearme y, por lo tanto, a apropiarse de mí, pues los objetos de nuestro deseo se convierten en parte de nosotros. Había signos que lo evidenciaban: su manera de observarme y algunos detalles. Por ejemplo, un día fue a uno de sus desayunos de trabajo en su restaurante-sede. Antes de salir, se acercó a mi escritorio y me preguntó si se me ofrecía algo.

—Claro —le respondí, bromeando—: quisiera unos chilaquiles verdes sin cebolla (a Él tampoco le gusta la cebolla), pero con muchísimo queso.

Una hora y media después, sobre mi escritorio estaba un recipiente blanco de ese material que aísla la temperatura (no tengo enciclopedia ni diccionario a la mano), con chilaquiles adentro. ¿Es posible emocionarse tanto por un conjunto de tortillas aguadas, bañadas en un líquido verdoso y ya frías? En realidad es posible emocionarse con casi todo.

Si no pongo atención en lo que estoy escribiendo, corro el peligro de que se convierta en una historia de amor y traición más, en una de tantas. Los lugares comunes siempre se esconden, se disfrazan: son eternas amenazas de la literatura. ¿No se han escrito ya suficientes historias de infidelidades? Aunque —lo acepto— tener un amorío con nuestro ángel de la guarda no es cosa de todos los días.

……

Hablar de un ángel guardián es caer en lugares comunes. Por lo menos la escritora Marta Guerrero inventó uno que se convierte en perro. Finalmente (y aquí también caeremos en algo que se ha dicho un millón de veces), no hay nada nuevo bajo el sol.

……

*Ángel de la guarda,*
*mi necesaria e imprescindible compañía,*
*no me abandones ni te escondas en el olvido.*
*No me desampares, porque desamparada soy débil, temerosa.*
*No renuncies ni permitas que te despida.*
*No dejes que tu imagen se borre*
*porque de tus recuerdos construyo mi vida.*

……

Y de sus recuerdos construyes tus días. De sus recuerdos alimentas tus sueños. Con sus recuerdos decides tus metas. ¿No

puedes dejarlo de lado, aunque sea un rato? O mejor todavía: ¿no puedes regresar a redactar el texto publicitario que tienes que entregar a finales de la semana, en lugar de insistir con algo que no te atreverás a publicar nunca?

……

Hasta el momento tenemos una historia de una mujer joven que se enamora de su figura protectora (en esos días, nada más era su jefe); ambos están casados. *Big deal?* No. Es más común y cotidiano de lo que quisiéramos. ¡Qué fácil se le abre la puerta a la fatalidad!

Viven con la ilusión de verse todos los días. Se dan cuenta de que tienen varias cosas en común: gustos gastronómicos, inclinaciones políticas, preferencias climáticas, pasión por los viajes, odio al cigarro. No comparten el pensamiento religioso, gustos decorativos ni literarios. Pero lo más importante: tienen la convicción de que desean compartir la vida y comienzan a trabajar en ello. Entonces, tal vez porque las cartas astrales no pueden ponerse de acuerdo o las líneas de sus manos no embonan, se desencadenan pequeñas tragedias: la esposa se entera, el esposo sospecha, hay separaciones por partida doble, el enorme peso de los hijos lo limita, desatinados cálculos de tiempo, fines de semana vacíos y una pregunta constante: ¿quién decidió, y a qué hora, que los seres humanos tenemos que negar alguna de nuestras posibilidades para que otras se realicen? ¿Por qué se nos obliga a elegir? ¿Cuál es la necesidad, la necedad de tomar una decisión?

Una carta astral es un riesgo. A Él se la regaló una amiga cuando tenía apenas 22 años. Todavía la conserva y la consulta: posición del Sol, cuadratura, trino, sextil, quinta cúspide, latitud y longitud del nacimiento. Terrible error: todo indica que su vida, en el tránsito entre los 56 y los 57 años, estará bombardeada de problemas intensos y que terminará en una muerte trágica. Él cree en el destino, en algo o alguien que decide nuestros pasos. Yo no creo en Dios, pero sí en la fuerza de la ficción (sobre todo cuando es una ficción enamorada). También creo en los sueños, aunque no tengo ese poder adivinatorio de su hija menor que ya ha predicho, entre otras cosas, dos muertes cercanas. Tal vez la heredó de su abuela paterna, un poco hechicera. Una mujer a la que, a los ochenta años, su hijo le cumplió su más caro deseo: visitar la tumba de su padre en un cementerio de Varsovia.

En fin, angustiado por su destino, aunque me confiesa que comienza a aceptarlo, consultó a dos expertos. Ambos coincidieron en un dato esperanzador: esa muerte que revelan los astros no es física; significa un cambio radical en su modo de vida, un giro abrupto. Él, por lo tanto, se está preparando. ¿Entraré yo en sus planes? ¿Aparezco, acaso, en su carta astral?, me pregunto, y enseguida me respondo: imposible e indeseable. Pruebo otro poco de helado de mango y revuelvo mi capuchino sin azúcar. Jugueteo con la espuma y recuerdo a mi hijo robándomela, soplándole, riéndose.

Al ver a mi ángel frente a mí, el mismo rostro, la misma forma de vestirse, las mismas manos, la misma mirada, me engaño pensando que no ha pasado el tiempo. Cuando le trajeron el menú, ya sabía lo que Él iba a ordenar. Sé que debajo de la manga tiene un reloj caro, que trae una pluma de marca que forma parte de su colección (esta pluma, por cierto, es horrorosa). Recuerdo que le gustaba regalarme plumas, disfrutaba llenarme de sorpresas, detalles: radios portátiles, relojes despertadores, bufandas, cajas para guardar secretos, cepillos de dientes enormes. Quería cuidarme, protegerme. Si cerrara los ojos, podría sentir el sabor de sus labios… pero el mesero me interrumpe para saber si la señorita (¡señorita!) desea otra cosa.

Oscurece. La comida se ha alargado y no hemos dejado de hablar un instante. Sólo cuando fui al baño y Él se quedó leyendo el libro de recuerdos. ¿Sentirá algo todavía? ¿Queda un pedazo mío en algún lugar de su mente? No lo sé, pero hace unos dos o tres años, cuando nos encontramos por casualidad en un centro comercial, me dijo muy claro: te quiero mucho. Tal vez estaba un poco borracho, aunque Él nunca ha bebido en exceso (los ángeles de la guarda no se pueden dar ese lujo, se distraerían).

¿Me quieres? ¿De verdad me quieres?

……

¿Quieres que te siga queriendo? ¿Te sirve que te siga queriendo? ¿Le es útil a Él? ¿Le sirven de algo tus confesiones, aunque te las haya agradecido? ¿Qué obtiene de esta historia? Ahora mismo se encuentra en su empresa de asesoría, retirado de la política. Ya no tiene las mismas esperanzas en México: las ha perdido. La experiencia se ha encargado de demostrarle que no hay salida, que

los políticos (sin importar apellidos, partidos, ideologías) son iguales. No actúan en función del país. Los ha conocido a todos, se ha sentado a sus mesas, los ha invitado a su casa, formó parte de ese grupo “privilegiado”.

Ha olvidado la ilusión por luchar desde su trinchera de la misma forma en que te ha olvidado. Eres un nombre más. Peor todavía: ni siquiera apareces en su directorio. Cada vez que te ve, saca una tarjeta blanca con su nombre impreso en tinta azul en la parte superior y anota tus datos. Antes de que acabe el día, los pierde a propósito y te olvida.

¿Tu texto le ha servido de algo?

……

Para sentirse querido, tal vez. Me da la impresión de desencanto, como si estuviera destruido por dentro. Sólo confía en un número muy limitado de personas (en su familia, supongo, incluyendo a su hermana a la que tiene que cuidar, pues está muy enferma). No tiene pareja. Le gusta estar solo: viajar solo, comer solo, pasear solo, disfrutar su enorme casa de Miami solo.

……

¿Le gusta estar solo o no se atreve a confesar la verdad? Que la soledad le pesa terriblemente, sobre todo los fines de semana. Que odia llegar a su casa para encontrarla vacía. Que sus hijos lo adoran, pero tienen vidas independientes. Que lleva dos meses sin tocar su cama, pues se queda dormido viendo la televisión en el sillón de su estudio. Que no hay que temerle al fracaso, sino al éxito. Que sabe que la mejor vida es la de pareja, pero no ha logrado encontrar a la mujer que quiera compartirlo todo con Él.

……

Además, como bien lo has dicho, ya no cree en la viabilidad de México: los políticos son una porquería; los empresarios, corruptos; los periodistas sólo buscan notas que vendan; los ciudadanos se conforman. Nuestro país no tiene remedio, repite. Antes, cuando la nación le pertenecía a un solo partido, podíamos tener esperanzas en la oposición. Ahora que la oposición ha demostrado ser igual o peor, no encontramos dónde colocar las ilusiones.

Mi ángel de la guarda se siente perseguido: de sus fracasos todos son responsables, excepto Él. Sus empleados son una bola de ineptos; el presidente y los secretarios de Estado, unos vendidos.

Cuando la prensa lo menciona, lo hace de manera parcial e injusta.

Su situación me da tristeza, y hay tantas cosas que me obligan a recordarlo, que siento tristeza muy seguido.

¿De dónde sacamos las obsesiones? Porque esto no puede ser más que una obsesión inexplicable, sin objetivo, ni fin, ni sentido. Tengo el teléfono de su casa y podría marcarle todo el tiempo. Me resisto, puesto que mi razón todavía funciona; sigo con los pies en la tierra. Se supone que los Tauro conservamos los pies en la tierra. ¿Servirá de algo?

Él continúa hablando; el helado ya se derritió. Ordenamos más café, un poco de agua, un refresco de dieta. Me comparte lo que le ha pasado y lo hace de manera sincera. Le entusiasma platicarme. Yo también quiero contarle cosas. Que una gran amiga se casó por primera vez el año pasado, recién cumplidos los 62. Se impresiona y casi me pide la dirección de internet en la que encontró al que ahora es su esposo (un día soñé que te casabas, le digo). Están enamorados y lograron la magia de inventarse, nuevamente, un mundo por delante. Le cuento también que mi abuela, a los 82 años, consiguió realizar un añejo sueño: tocar el piano. Toma clases dos veces a la semana y, aunque dice que se le olvida todo por su edad avanzada, es un privilegio escuchar a Bach salir de sus manos. Sus ojos, profundamente azules, estrenaron un nuevo brillo. Le platico que me quitaron el apéndice, que soy pre diabética. Le muestro varias fotos de mi hijo; en todas sale guapísimo y Él se enternece: lo veo en su mirada. Tengo tantas cosas que decirle, pero cada minuto que pasa está más oscuro afuera. El restaurante se ha vaciado. Los meseros, que lo han reconocido, no dejan de murmurar. Entonces recuerdo la mirada del mesero del Viejo Almacén, en Buenos Aires. Fue uno de los días más emocionantes de mi vida: el verdadero principio de esta historia terminada.

El Viejo Almacén está abarrotado de turistas. Tal vez porque los *concièrges* de los hoteles y muchos taxistas reciben una buena propina si lo recomiendan a los clientes. Tal vez porque es uno de los lugares más conocidos de Buenos Aires para disfrutar el tango.

……

¿Acaso a los seres protectores les gusta el tango?

……

No sé si a Él le gustaba antes, pero comenzó a gustarle a partir

de ese día.

*Y todo a media luz,*
*¡qué brujo es el amor!,*
*a media luz los besos,*
*a media luz los dos…*

Fue la primera vez que mi ángel de la guarda y yo nos besamos.

……

Bien dice Sándor Márai que cada beso humano es una respuesta a una pregunta que no se puede formular con palabras.

……

Nuestra mesa estaba pegada a la pista y, entre beso y beso (besos desesperados, profundos, inquietos, palpitantes), podíamos ver los cuerpos de los bailarines: carne y músculos en movimiento. Dos cuerpos que se comunican como si hubieran estado juntos toda la vida. Se hablan, se cantan, se acarician. Venas y arterias laten al mismo ritmo y con idéntico objetivo. Se funden y se confunden. Se tutean y se insinúan. Se citan. ¿De qué está hecha la vida sino de cuerpos que se dicen cosas y se prometen eternidades?

El camarero iba y venía de una a otra mesa. No puedo recordar lo que tomábamos, vino tal vez, pero tengo muy presente la mirada del mesero, un hombre mayor que se emocionó con nuestras sensaciones primerizas y hasta se dio el lujo de invitarnos un par de copas.

Pasamos la noche juntos, sin culpas. Parecía que estábamos reencontrando un lugar perdido, un espacio inmenso entre las sábanas en el cual los dos nos sentíamos seguros. Pero eso fue hace tanto…

……

¿Te pesa el paso del tiempo? ¿Lo percibes? ¿Acaso escuchas el tic tac de los segundos?

……

Sí. El otro día me di cuenta de que estoy envejeciendo. Fui a un salón de belleza a que me arreglaran porque tenía un compromiso importante. Invertí una hora y media en peinado y maquillaje profesional. Al finalizar, me gustaba la imagen que proyectaba el espejo. Me sentía bien *dans ma peau*, pero el desastre llegó cuando la maquillista me prestó uno de esos espejos que amplifican los horrores: la piel del rostro comienza a colgarse y las arrugas ya

hicieron de mi cara su habitación permanente. No es algo pasajero como pensé al principio. ¡Y la papada! ¿Qué decir de mi papada? Es un lastre adherido a mi mandíbula. Tengo algunos kilos de más, pero adelgazar no me va a quitar los años.

……

Prepárate para lo que te espera.

……

¿Su crueldad es necesaria?

……

Por lo menos es realista.

……

Una crueldad realista es lo que menos necesito hoy. Quisiera consuelo y la promesa de una belleza eterna y etérea. Con esto en mente, corro a buscar *nuestras* fotos, aunque en realidad hay muy pocas de nosotros juntos.

En la primera, estamos en el estudio de Radio Programas de Perú, Lima. Mi cabello es ondulado. Estoy vestida con un traje de lino verde seco, viendo al frente. Él me mira, con un micrófono muy cerca de su boca y sus lentes que siempre le han servido para tomar cierta distancia del mundo.

En otro, estoy sola ante un piano de cola. ¿Tocando *Para Elisa* de Beethoven?

……

Podemos garantizarlo, es la única pieza que sabes.

……

Las ignoro y continúo: estamos (porque Él está ahí, observándome, aunque no salga en la foto) en Radio Moscú, a punto de iniciar una entrevista satelital que le hará un conocido periodista mexicano. Es un espacio tan grande que parece estudio de televisión y no de radio. No sé si fue la noche en la que le compramos caviar a algún vendedor ilegal, en la oscuridad de una calle. O la noche en la que el frío me enfermó de una terrible gripa. Él corrió a comprar unos pañuelos desechables que todavía conservo.

En otra fotografía lo miro a Él, es decir a la cámara, y detrás de mí aparece el Pan de Azúcar, imponente. Me veo joven, con una piel sin imperfecciones, bien adherida a mis huesos, sobre todo a los pómulos. El día anterior nos habían asaltado dos veces, justo

después de que Él se había encargado de decirle a los reporteros que cubrían su gira que Río de Janeiro no era una ciudad tan peligrosa como aseguraban los medios extranjeros. Al salir del hotel había desaparecido nuestro coche con todo y chofer, incluyendo un suéter que yo había olvidado el día anterior. Fue un escándalo: "Le roban su automóvil al ministro de Relaciones Exteriores de México". Por la tarde, cuando logramos escaparnos de la agenda oficial y del personal de seguridad que lo cuidaba, mientras Él y yo caminábamos solos por Copacabana, varios chiquillos corrieron hacia nosotros y uno de ellos, con un movimiento rapidísimo, metió su mano en la bolsa delantera del pantalón para robarse… ¡unas pastillas de hierbabuena y miel! Los ladrones, decepcionados por su botín sabor a miel y limón, nos aventaron los caramelos y nos gritaron tres o cuatro insultos en portugués.

Hay fotos con Alfonsín, Fujimori, Schevardnadze, con Gorbachev en la Plaza Roja de Moscú, presenciando el desfile del Día del Trabajo, frente al Palacio de Gobierno de Odesa, o dentro de alguno de los restaurantes alemanes en los que siempre pedíamos lo mismo: *tomatensuppe* y *wienershnitzel*.

Al fondo del baúl de los recuerdos (es un decir, pues no es un baúl sino un sobre amarillo tamaño enorme) descansa una foto que me tomó en Rusia, mayo de 1991, poco tiempo después de la caída del muro. Apenas se me ve un ojo y el resto de mi rostro se esconde detrás de la portada del Newsweek: *Secret Warriors / Gorbachev appeals for help*. Todavía no tenía arrugas y mis uñas están pintadas de un tono rojo. Es mi favorita.

Después encuentro instantáneas de Él junto a la casa en la que vivió en Portsmouth. Sus pantalones son de pana, en tono marrón oscuro. Su camisa azul le sienta bien; en cambio, cuando se viste de amarillo no me gusta. En la comida del reencuentro, del perdón (pedido mas no otorgado), llevaba una camisa rosa y una corbata oscura, muy oscura, con flores también rosas. Durante el camino de Londres hacia la costa escuchamos a Barbra Streisand y no dejamos de platicar.

Hay otras tomas más en la entrada de su departamento de Londres, frente al edificio en el que los Rolling Stones se reunían a diario para ensayar su música. *I can't get no satisfaction*, aunque trato y trato y trato. Él salía por esa puerta y se dirigía a la

universidad donde estudiaba su postgrado en Relaciones Internacionales. Algunas tardes tomaba una cerveza con un muchacho que no se imaginaba que un día sería el más breve secretario de Gobernación de la República Mexicana. Dos futuros secretarios de Estado, brindando juntos.

A Él no le gustaban los *pubs*, prefería regresar a su departamento, a sus actividades favoritas: leer libros de política exterior y escuchar la radio de onda corta. ¿Tendrá capacidad, por lo tanto, de escuchar mis pensamientos a pesar de la lejanía?

Me gustaría decirle que me busque: por favor, búscame, pues en algún lugar de ti he de estar todavía. Encuéntrame y regrésame a mí misma. Te lo ruego: regrésame a mí misma para que vuelva a ser simplemente otra Beatriz.

**Imaginería 1**. Como no te veo, no te toco y no te escucho, (por necesidad de supervivencia), sólo me queda imaginarte. Encender deseos, cual veladoras siempre prendidas frente a un santo o a una virgen de cualquier iglesia, y esperar a que se me cumplan. O, tal vez, si lo pienso con calma, rogar porque no se cumplan: no quiero correr riesgos.

La primera imaginería es tan simple que apenas me atrevo a escribirla. Pero aquí va: cierra los ojos y escucha.

Es un sábado o domingo. La ciudad está en calma y hace un calor ligero. Prefiero caminar por la sombra, mientras mi hijo brinca a mi lado tratando de no pisar las rayas del pavimento. ¡El que pise raya se casa con la araña! Yo no me puedo casar con nadie pues ya estoy casada con tu papá, le explico, con tal de ahorrarme los saltos. Sigue brincando, corriendo, jugando. De pronto, al atravesar la calle que nos lleva al parque, aparece un taxi londinense: un típico taxi londinense en plena ciudad de México. Un espectáculo extraño que obliga a los transeúntes a voltear. A mí me produce cosquillas en la nuca y una emoción difícil de explicar. Sin pensarlo, le hago la parada, te hago la parada. Y tú, también sin reflexionar, te detienes. La gente encargada de tu seguridad se pone nerviosa.

—Mira —le digo a Fernando—, así son los taxis en Londres. ¿Te quieres subir?

—Sí, mamá, sí —grita emocionado.

Nos subimos cuando abren la puerta y te saludo como si te

hubiera visto ayer, hoy, mañana.

—¿Quieren dar una vuelta?

—Sí —responde Fer mientras se acomoda, hincado sobre un sillón para no perderse el paisaje. Le sorprenden lo espacioso de la cabina, los sillones que se suben o se bajan a voluntad. Le sorprende el chofer, tan bien vestido… pero no le sorprendes tú. No pregunta quién eres, ni cómo te llamas. Lo único que le interesa es recorrer la avenida Reforma en ese extraño coche negro.

Sin que mi hijo se dé cuenta, rozas mi mano con la tuya. Un roce tan leve que temo haberlo imaginado. Me miras y sonríes.

Cuando llegamos al hotel, tú bajas primero. Desde la banqueta le pagas unas cuantas libras al taxista y le das un billete de más: eres bastante generoso con la propina. Entramos al hotel, de la mano, caminando aprisa. ¿Nos urge tanto llegar a la habitación? Debajo de la puerta, atoradas, te esperan cientos de hojas de fax enredadas unas con otras: parece un rollo interminable de papel de baño. Odio esos faxes que "tienes" que leer y, después, las eternas llamadas telefónicas a la oficina; das órdenes, giras instrucciones, reclamas.

Pero entonces me doy cuenta de que no estamos en Praga, sino a punto de llegar a la Alameda. Hay varios vendedores de globos y Fernando me pide uno, aunque sea pequeño. Le compras un globo grandísimo, con forma de nave espacial, que cabe perfecto en el espacioso taxi londinense recién importado. Así que cuando regresamos al parque de Polanco, se baja un niño de casi ocho años, con un cohete hacia la luna y una enorme sonrisa. Me bajo yo también, con las ganas frustradas de no haberme despedido de ti con algo más que un sencillo beso en la mejilla. Pero me consuelo al pensar que no importa; al fin y al cabo únicamente es otra de mis imaginerías.

El segundo encuentro con mi ángel, desde que estoy escribiendo estas memorias inventadas, fue apenas hace quince días. No estaba tan nerviosa como la primera vez, aunque confieso haber pensado durante un buen rato el tipo de ropa que me iba a poner: elegí unos jeans para verme informal, pero acompañados por un suéter negro, elegante, y una chamarra de piel color duelo (uno debe vivir preparado para despedirse de su ángel de la guarda en cualquier momento).

Nos citamos en un pequeño restaurante italiano de la colonia

Roma. Tengo los recuerdos tan frescos que narraré en presente. Cuando llego, diez minutos tarde, ya está sentado en la mesa. Trae una espantosa corbata morada que me obliga a preguntarme qué tenemos en común este hombre y yo. Le comento, por ejemplo, que voy a ir a la India, un país que me encanta, y me pregunta, casi enojado, a qué voy a ese basurero. Mis viajes, me explica con tono irónico y altanero, son a puros lugares pavimentados. No entiende, tampoco, mi amor por París, y yo no comparto su afición por coleccionar vinos carísimos que atesora, guarda y cuida como si fueran verdaderas obras de arte. No estoy segura de que coincidamos en la forma en la que vemos la vida, de qué manera vivirla. ¿Dedica tiempo a escuchar música clásica de vez en cuándo? ¿Disfruta las canciones de los Beatles, The Who, los Rolling Stones? ¿Es capaz de pasar una hora completa sin pensar en su trabajo? ¿Puede consumir docenas de quesadillas de masa sin contar las calorías? ¿Lo conmueve alguna pintura, un autorretrato de Lucien Freud o Egon Schiele?

Llovía. En una suerte de monólogo platica los sinsabores de los últimos días, aderezados con los chismes políticos de muchos años.

…….

Estabas escribiendo en presente. Ya que no hay coherencia en tu discurso, por lo menos respeta los tiempos verbales.

…….

Llueve. Me platica, en una suerte de monólogo, los sinsabores de los últimos días, aderezados con los chismes políticos de muchos años.

Lo observo mientras devoro mis *gnocchi* con salsa de queso gorgonzola. ¿Por qué me gustará todo lo que engorda y por qué, en cambio, tú serás tan disciplinado y sólo pides platillos sanos?

Habla de los sucios amasiatos entre prensa y Estado que existen desde que el poder es un claro objeto de deseo (es decir, desde hace toda la vida). Omito detalles, pues esto no pretende ser un libro de denuncia y no quisiera que me persigan. Pero me pregunto, ¿hay algún dueño de medios de comunicación, algún comentarista, político o empresario con la conciencia tan limpia como para tirar la primera piedra?

Corromper y dejarse corromper es condición humana. Los enormes placeres del dinero fácil le permiten a un conductor de

televisión comprar un yate de millones de dólares, callando ciertos temas y mencionando otros bajo un guión preciso. ¿Y los secretarios de Estado que cobran un jugoso regalo, mes a mes, en los grandes monopolios que no deberían existir? Me bastó ver cómo se le cuadraba un secretario de Estado a un prominente empresario en las comidas en las que hemos coincidido para comprobar los rumores. En fin, mejor me quedo callada y lista para eliminar el párrafo anterior el día que se publiquen estas memorias.

……

¿Es el poder de la autocensura o tu falta de valentía?

……

Se llama supervivencia: el instinto natural de cualquier especie. Voy a ignorarlas un momento y dirigirme a Él, si no les importa.

……

Haz lo que quieras; ésta es tu novela. Nosotras nada más anotamos, apuntamos, comentamos y criticamos. Acusamos un poco, siempre y cuando estés de buen humor.

…….

A pesar de todo lo que dicen de ti, sigo creyendo en tu intachable honestidad. De lo contrario, no te hubiera elegido como ángel de la guarda, mi dulce compañía. Tu nombre se menciona en las reuniones a las que voy: hablan de tu soberbia, del castigo que te impuso tu propio partido, de tu discurso de renuncia a la política (convocaste a todos los medios), de los errores que has cometido y del dinero que supuestamente has sacado del país. Que te han visto en éste o aquel restaurante, besando con descaro a una mujer muy joven. Hablan de ti como si te conocieran de años, como si supieran tus secretos más íntimos. Opto por morderme la lengua, quedarme callada: mis palabras no serían objetivas. Me sabe mal no defenderte, no hacer nada por ti, por los proyectos que se te están yendo de las manos. ¡Tenías tantos! Pero me sabe peor no poderte odiar como te odian los demás: bastaría con que me fueras indiferente. Sin embargo, tu imagen me pesa, me transforma cotidianamente. Tu recuerdo me moldea y tiñe mis ojos, con cada sueño, de un color distinto.

Todo esto, es obvio, lo escribo en mi computadora, en un estudio que estoy estrenando: *mi habitación propia*, decorada con un cuadro de un ángel guardián, del pintor Luis Carpizo. Lo describo:

en un primer plano, del lado inferior izquierdo, hay una jeringa —¿de heroína?— con el número 16; del lado derecho, un brazo muerto con un corazón, flotando, que mancha la extremidad de sangre muy roja. Arriba, a la izquierda, recargado sobre un bote de basura, veo al ángel con alas grises enormes, caídas, tristes. Ha fallado y esconde, abatido, el rostro entre sus brazos. ¿Qué pasa, me pregunto al ver el lienzo, cuando un ángel se equivoca? El joven heroinómano muere de una sobredosis, la pequeña niña es atropellada al cruzar la calle, Dulce fallece a los treinta y tres años, Alfredo tiene un terrible accidente en la motocicleta, aquel individuo cae en el alcoholismo.

¿Qué pasará si mi ángel de la guarda no me cuida de la manera más adecuada? Por si acaso, sobre mi escritorio, muy cerca de mí, tengo una cajita verde y naranja. Contiene el regalo más práctico que he recibido jamás: mi propio micro angelito de la guarda. Es simpático. Tal vez tiene cinco años y está vestido de pantalones azules, camisa a rayas amarillas y blancas. Sonríe y reza. Sus alas son pequeñas pero bien formadas, pintadas en blanco y azul. Todavía no lo he visto volar. ¿Será tímido? ¿Podrá cuidarme si mi ángel de la guarda se pone en huelga o se niega a pertenecerme?

…….

¿Sabe que te pertenece? Ya es hora de que se lo vayas diciendo. Porque, mira, tu mini ángel está precioso, es muy bonito pero, a pesar de que te lo regaló Javier, ese abogado que se las sabe todas, el pequeño tiene cara de inocente. No creemos que pueda cuidarte de tus miedos, de tus secretos, de tus tentaciones y de cuanta confesión pasa por tu cabeza. Mejor pídele al abogado que te compre el perdón eterno (me parece que tiene influencias en el más allá) y la garantía de que tu ángel de la guarda no seguirá obsesionándote.

…….

Pues tener un mini ángel sobre mi escritorio basta para hacerme la ilusión de que “algo” me cuida. Es la desventaja de ser atea: no puedes depender más que de ti misma, no tienes a quién pedirle favores ni a quién rogarle un milagro.

Silencio.

…….

¿Ya terminaste?

…….

¿De qué?

…….

De narrar esta historia. …….

No, pero estoy cansada. ¿Por qué no se van por ahí, lejos, y me dejan reposar un rato?

…….

¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Regresamos mañana?

…….

No. Mejor denme unos meses. Requiero lejanía y un poco de paz para saber a dónde voy exactamente.

…….

Adelante. Toma el tiempo que quieras; ya nos llamarás. Lo que nos sobra es paciencia. Cuídate.

…….

Adiós y gracias.

…….

Silencio.

…….

¿Ya se fueron?

…….

Silencio.

…….

Sin esas voces, que escucho tan dentro, puedo hacerles una confesión. Sí, a ustedes, a los que ahora leen estas páginas. Es hora de que sepan la verdad: mi ángel de la guarda no me protege; probablemente ni siquiera se acuerda de que existo. Utilizo su imagen por una íntima necesidad de seguir pensándolo a deshoras: no se puede andar por la vida sin una pasión recurrente. Los recuerdos de nuestros tiempos juntos me asaltan y le doy gracias a quien tenga que dárselas por haberlo conocido. Eso sí, también agradezco que ya no esté conmigo.

En algún armario de la casa de mi madre todavía existe el vestido que planeaba utilizar si nos casábamos (¿o tal vez ya lo metió al baúl de los disfraces?). ¡Es horrible! Pasado de moda y, sin embargo, no puedo tirarlo. Mi hijo tiene el mismo vicio: guarda unos zapatitos de sus dos años y no hay poder humano que lo convenza de regalarlos. Ya no le quedan, pero su natural sabiduría

le indica que no puede, ni debe, deshacerse de esa parte de su pasado que todavía le habla al oído, que todavía le dice cosas, que aún lo conmueve. Fer quisiera conservarlo todo: ir acumulando objetos queridos en un cajón sin fondo. No sacrificar el pasado para poder adueñarse del presente. Tener, para siempre, las cosas que le han pertenecido desde el día de su nacimiento: la cuna al lado de su cama de niño, el mameluco talla cero junto con su enorme pijama a cuadros, sus preguntas y sus certezas pasajeras. Todo en el mismo minuto, en el mismo mueble, sin dejar nada de lado.

Ahora pregunto: ¿por qué tenemos que abandonar un camino si elegimos otro? ¡Cómo quisiera tener dos pares de piernas, muchos brazos, docenas de ojos, manos de sobra! Cómo quisiera que el tiempo me alcanzara para vivir todas mis vidas posibles.

Recen conmigo:
*Ángel de la guarda,*
*dulce compañía,*
*déjame seguir*
*abrazada a tu imagen*
*el resto de mi días.*
*No quites tu nombre*
*de mis labios.*
*Permite que te siga soñando,*
*a tu imagen y semejanza.*
*Escúchame cuando te rece*
*y búrlate con disimulo,*
*para no sentirme ofendida.*

**Imaginería 2**. Voy conduciendo mi coche y escuchando música. Comienza a atardecer en la gran Ciudad de México. El tránsito, como siempre, está imposible. Puedo revisar mi agenda, hacer algunas llamadas, cambiar el disco, tomar un poco de agua, distraerme. De pronto suena el teléfono. Es Paola, su hermana. Su voz suena insegura y no atina a decirme lo que me tiene que decir. Cómo pedirme lo que me tiene que pedir.

Él está muy grave en un hospital privado. No saben bien qué pasó (me explica algo de un desmayo), pero no despierta y sólo dice mi nombre. Es la única palabra que repite desde hace dos días: Beatriz.

Cuelgo. A pesar de que hago todas las señalizaciones posibles,

ningún coche me deja pasar. El Distrito Federal es una selva en la que sobreviven los más salvajes. En el mundo animal ganan los más fuertes, los que mejor se adaptan a los cambios del medio ambiente. Entre los seres humanos, entre los que habitan esta enorme y caótica urbe, sobreviven los menos civilizados, quienes responden a sus instintos primarios sin que intervenga la razón, los que conducen sin sonreír, sin volverse hacia ningún lado (saben que dar la mirada puede resultar fatal), los que se sienten poderosos porque los protege un enorme camión de no sé cuántas toneladas; los gandules.

Le aviento el coche al primer distraído y salgo hacia la lateral. Trato de pensar cuál es el camino que me llevará a su lado. Me dirijo al sur del Distrito Federal. A través del parabrisas veo la silueta del Ajusco dejando pasar los rayos anaranjados de un sol que se esconde. Esa montaña, que ahora luce oscura, me lo recuerda. Cada febrero, cuando el Ajusco todavía tiene un poco de nieve en su cima, Él viaja a Interlaken como invitado especial del Foro Socioeconómico Internacional. Antes me llamaba a diario desde esa ciudad suiza y blanca. Mi celular sonaba tres veces al día. Su voz a larga distancia me provocaba una rápida sonrisa y muchas ganas de que llegara para contármelo todo: las últimas tendencias y varias proyecciones expertas de lo que nos depara el futuro. De regreso, me entregaba el material y me pedía que le hiciera resúmenes y fichas.

Ahora está en el mismo hospital en el que nació mi hijo Fernando. Estoy tan nerviosa que las manos me sudan; las manos nunca me sudan. Cuando me anuncio, su hermana sale a recibirme. No sé qué significa la expresión de su mirada; tal vez no quiero saberlo. Sin mayores explicaciones, me entrega una tarjeta para que me permitan pasar al T9 y me dice que ella estará en la sala de espera. Las salas de espera de terapia intensiva son antesalas del infierno. Como en una convención forzada, se reúnen los miedos, los presentimientos, la impotencia y no le dejan mucho espacio al consuelo. Se convierten en un laboratorio de la conducta humana, donde se pone a prueba la fortaleza de los individuos y de las familias. Las relaciones entre hijos, hermanos, padres pueden dañarse para siempre.

Se viven las peores escenas. Imaginemos dentro de la

imaginería: entran varios médicos todavía vestidos con sus verdes batas de cirugía y un tapabocas que ahora cuelga de su cuello. Las distintas familias tratan de adivinar a qué lugar de la sala se dirigen. Conforme avanzan, se hace obvio que van hacia la esquina del fondo, junto a la televisión que transmite un programa de concursos. Ahí está una mujer que tiene cara de viuda desde el primer día en que llegó al hospital. La rodean sus hijos. Todos observan al doctor que parece ser el más importante del grupo; sin embargo, no se levantan de sus asientos, como si conservar una prudente distancia con los galenos retrasara la mala noticia. El hijo mayor (creemos que es el hijo mayor) por fin se pone de pie y pregunta algo. Desde la esquina opuesta difícilmente podemos escuchar. Además, las malas noticias siempre se dan en voz baja, con el tono que se utiliza en la intimidad. La viuda cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás; así se queda un tiempo casi eterno. El hijo mayor cubre su rostro con las dos manos y se sienta. Una hija comienza a sollozar y termina gritando:

—No, no puede ser, díganme que no es cierto. ¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo ya! No puede ser cierto.

Su hermana trata de calmarla, pero acaba siendo vituperada, maldita víbora cuánto tiempo esperaste este momento ya estarás contenta, ¿eh?, ¿eh?

Los gritos histéricos que todavía suenan en mis oídos me obligan a dar el paso. Llevo algunos minutos frente al T9 sin atreverme a entrar. Dos guardias de seguridad flanquean la puerta y no saben cómo sacarme de la indecisión. Entro.

Entro y veo un cuerpo tendido bajo una sábana, junto a dos monitores y un aparato que emite un bip cada tres segundos. Biiiip… biiiip… biiiip

¿Qué debo hacer frente a este hombre con rostro adolorido? Frente a un ángel de la guarda que ya no tiene alas y cuyo pulso cada vez es más débil. ¿No se supone que Él debería cuidarme? ¿En dónde se ha escuchado que los ángeles protectores acaben en terapia intensiva? Ha envejecido. Ha envejecido diez años en dos o tres días.

De pronto, de esa garganta reseca sale mi nombre: Beatriz, Beatriz, Beatriz. Repite con una voz ronca que no reconozco. Beatriz, Beatriz. Bonita, dice, con los ojos cerrados. Entonces me

acerco y, entre mis manos, tomo la suya. Parece dormido. Me doy cuenta de que está soñando. Sus ojos se mueven enloquecidos debajo de sus párpados, de un lado al otro, sin orden aparente: arriba, izquierda, en círculos, derecha, arriba, abajo, izquierda.

Beso su mano, acaricio su brazo casi lampiño. La caricia sube hacia el rostro: luce tan raro sin lentes, con las mejillas hundidas, su frente helada. Sigo acariciándolo durante mucho tiempo, pero no me atrevo a pronunciar palabra. No acerco mis labios a su oído, no susurro palabras de consuelo y mucho menos de amor. No trato de que "regrese" al mundo de los vivos, a la zona de la conciencia. Sólo lo acaricio, intentando que ese momento dure muchos momentos más.

De pronto, sonrío. Me siento tan poderosa como el hombre que manejaba un enorme camión de no sé cuántas toneladas. Este ángel de la guarda todavía piensa en mí, tiene mi nombre en mente, me necesita, me quiere, formo parte de su memoria, me ha convertido en su monólogo, en la única imagen en la oscuridad de su destino.

No voy a despertarlo, es definitivo. Tiro el pase de la habitación T9 al bote de la basura, junto a dos jeringas y algunas gasas. Le digo buenas tardes a los dos guaruras y me voy con una discreta sonrisa en los labios, no sin antes cerrar cuidadosamente la puerta.

El Distrito Federal amaneció muy soleado y frío…

…….

¿Soleado y frío al mismo tiempo?

…….

Regresaron.

…….

Sí, puesto que estás escribiendo nuevamente.

…….

¿Puedo continuar?

…….

Claro.

…….

El Distrito Federal amaneció muy soleado y frío. Así me gustan los días. Disfruto todo lo que tiene que ver con el clima frío; pero, al mismo tiempo, el sol y la profundidad de un cielo azul me alimentan. Los pueblos de la antigüedad tenían razón: el sol es un dios, la luna una diosa, el agua, las estrellas, los poetas, la

naturaleza, el mar y la fuerza de sus olas… todos somos un poco dioses.

…….

Te van a excomulgar.

……

¿Por alguna razón en especial?

…….

Por todos los pecados cometidos y tus malos pensamientos.

……..

No me importa. Recuerden que si no creo en Dios, tampoco creo en el infierno. Hasta el ateísmo tiene su lógica. Además, estoy feliz y enamorada.

……..

¿De tu ángel de la guarda?

……..

¡Claro que no! Del mismo hombre que he amado desde hace bastantes años. De mi marido.

……..

¿Qué tomas? ¿Vodka otra vez?

……..

No. Café con leche. ¡Son las 10 de la mañana.!

……..

¡Ah! Estás sobria.

……..

Y así, sobria y un poco racional, he decidido renunciar a mi ángel guardián. Las obsesiones están bien para la literatura, pero son absurdas en la vida cotidiana. No volveré a llamarle, no lo buscaré ni siquiera el día de su cumpleaños. ¿Saben? El tiempo de lejanía me otorgó la objetividad para darme cuenta de que hay otros ángeles de la guarda disponibles.

……

Ahora resulta que, a ti, los ángeles te sobran.

…….

Mi abuela, por ejemplo. Ella estuvo conmigo muchos años antes de que Él apareciera. Murió en 1975 y desde entonces sé que estoy protegida. Podría regresar a los terrenos en los que ella ejercía el poder para volver a sentir sus manos guías. Pensar en su rostro me tranquiliza.

O puedo elegir a Dolores. He escrito sobre ella para tratar de curarme y no lo logro. Me hace falta. ¿A quién se le ocurre morirse a los diecinueve años? ¿De dónde voy a sacar a una amiga que llene su vacío? ¿Una amiga con la que pueda esconderme en una cueva, como lo hacíamos en la preparatoria, a elaborar una teoría filosófica sobre el punto? Un día conoció a mi ángel de la guarda, comimos los tres en un restaurante del sur de la ciudad, pero no hubo buena química. A pesar de eso, Dolores apoyó cada una de mis decisiones.

……

Mejor escoge a tu abuela. La experiencia es buena consejera. Pero ¿finalmente qué te llevó a tomar esta decisión?

……..

La foto que apareció en la portada de la revista *Mundo*. ¿La vieron? Es terrible: luce pálido con breves manchas rosas, los ojos empequeñecidos (el desencanto disminuye la mirada) y las mejillas hinchadas. Papada, piel caída, los dientes desalineados y amarillentos. Mirada dura, un traje que le queda grande. Corbata azul Francia con flores y un mechón de fleco que se escurre hacia su ceja derecha. Tiene algunas canas aunque conserva el color de cabello que recuerdo. Al verlo supe que este hombre, acabado a fuerza de errores propios y durísimos golpes de extraños (empresarios, políticos, periodistas, amores, amigos), ya no tiene capacidad para ser mi ángel de la guarda.

…….

¡Vaya que eres cruel! Lo guardas en un cajón, lo sacas cuantas veces te da la gana y, cuando ya no te sirve, decides tirarlo.

…….

Se llama supervivencia. Si insisto en conservarlo, acabaré por echar a perder mi vida. Las obsesiones son asesinas que se arrastran hacia su objetivo sin desviarse, son pasiones de sangre fría.

…….

Entonces, necesitas practicar un exorcismo. Normalmente sólo un sacerdote autorizado por un obispo puede exorcizar, pero éste es un caso urgente. De otro modo, no creo que logres sacarlo de tu cuerpo, puesto que lleva mucho tiempo poseyéndote.

……

Eso del exorcismo no existe más que en las malas películas de

terror.

……

Te equivocas: es un rito aceptado por la religión católica y por otras religiones, como la judía. ¡Hasta los chamanes exorcizan! Eso sí: ha sido modificado con los años. La última versión del ritual fue publicada por el Vaticano en enero de 1999. Se diseñó para liberar a los creyentes de las acechanzas del demonio, pero te servirá para independizarte de tu ángel guardián. Déjanos guiarte y te prometemos que la acción invisible que su imagen ejerce sobre ti irá remitiendo.

*Credo in unum Deum*,

*Patrem omnipotentem*,

*factorem coeli et terrae*,

*visibilum omnium et invisibilium*…

……

¿Se podrían callar un segundo? Me ponen nerviosa. ¿Qué hacen?

…… Ayudándote. Eso sí, tú también debes cumplir ciertos requisitos: rezar un misterio del rosario, confesarte…

…… Llevo todo este texto confesándome. ¿Acaso no se han dado cuenta?

……

Confesarte, decíamos, leer el Evangelio, ir a misa con frecuencia, colocar en tu casa un crucifijo bendecido y una imagen de la Virgen María, santiguarte con agua bendita por las mañanas, cumplir los diez mandamientos, hablar con Dios aunque sea durante unos instantes.

……

Deténganse y olviden esta locura del exorcismo.

……

*Señor, Dios todopoderoso, misericordioso y omnipotente*.

*Padre, Hijo y Espíritu Santo, expulsa de esta Beatriz toda influencia de su ángel de la guarda*,

*rompe toda cadena que ese demonio tenga sobre ella*.

……

¿Se están volviendo locas?

……

*¡En el nombre de Jesús, ordenamos que su ángel salga para siempre!*

*Por su flagelación, por su corona de espinas, por su sangre, por su resurrección, ordenamos a todo espíritu maligno que salga de su carne, de su mente, de su imaginación…*

……

A quien voy a sacar de mi imaginación y de esta conversación es a ustedes…

……..

(Se escuchan unos acordes.)

……..

¿Qué es eso? ¿Pusieron música religiosa?

……

¿No lo reconoces? Es el Mesías de Haendel, tu compositor favorito.

*¡Hallelujah, Hallelujah!*

……

Por favor cállense, no me dejan escribir.

……

*¡Hallelujah, Hallelujah!*

……

Realmente están locas, son un conjunto de Beatrices desquiciadas.

……..

Un poco.

*Ojalá y te me borraras de mis sueños y poder desdibujarte*.

Tra la la…

*Ojalá y se me olvidara hasta tu nombre*. Mmm…

……..

¿Y ahora qué cantan?

……..

Una canción de Maná.

……..

¡Dios mío! ¡De Haendel a Maná! Si se calmaran, si pusieran los pies en la tierra, si releyeran este texto desde el principio, se darían cuenta de que me he exorcizado a través de la literatura. La palabra cura, transforma. Cada letra me reconstruye.

He llegado a una certeza: no necesito ningún tipo de ángel de la guarda que me proteja. Me bastan los enormes y mágicos poderes de la ficción, los mundos que construyo día a día, la mirada de mi

hijo y la presencia constante de un hombre real, tangible, concreto en mi cama. Un hombre sin alas de plumas blancas (es alérgico a las plumas) que me ha acompañado a todos los paraísos.

## Beatriz Uno

Nadie quiso ir con ella, así que viaja sola. En el avión, su asiento está junto a la ventanilla. Siempre pide ventana, pues es amante del firmamento, de los espacios abiertos. A través del cristal un poco sucio observa las nubes, gigantescas, y una puesta de sol que promete durar mucho tiempo. Al parecer, un crayón enorme pintó el cielo. La mesita de enfrente alberga sobras de un fetuccini con crema y el pastel que no se comió. En el bolso de mano trae una grabadora, a pesar de que el reglamento indica que no podrá introducirla al reclusorio. Consiguió la visita en su carácter de amiga del preso, y no de periodista; hacerlo de esta manera hubiera sido más lento y complicado. Una cantidad enorme de trámites y requisitos que no sabía, siquiera, si podría cumplir a tiempo. La fecha para la ejecución de William puede llegar en cualquier momento.

Sus conocidos se dividieron en dos grupos antagónicos: unos opinaron que esa visita era una idea genial, los otros, que era un suicidio. Finalmente estarás frente a un hombre que mató, por lo menos, a dos mujeres. ¿No te mueres de miedo? ¿Y si te hace algo? Su esposo se opuso y trató de convencerla. Es una locura. Te lo prohíbo. Espera no arrepentirse. ¿Ver a Coday y hablar con él cambiará su vida?

El hotel luce típicamente gringo. Sin personalidad pero accesible, cómodo, limpio. De su maleta, saca una foto de William con un traje naranja, aquella que bajó de internet. Está en un marco de madera; gracias a eso consiguió una fuerte discusión con su marido. ¡Sólo me falta que te enamores de *tu* asesino! Dijo furioso, poniendo un acento irónico en la palabra tu.

La mirada de Coday es bondadosa; no parece un hombre capaz de matar. Aunque es cierto que muchos criminales, especialmente sádicos, le dan una palmada cariñosa a un niño cuando pasan por un parque, minutos después de haber torturado a su víctima. Otros se compadecen de un pequeño gato pardo que se lame una herida en la pata derecha. Con las mismas manos con las que ahorcaron

hace rato a un anciano, levantan al animal, lo protegen y se lo llevan para curarlo. Son capaces de una gran ternura.

Beatriz está segura de que William y ella se convertirán en buenos amigos cuando se vean frente a frente. Se han escrito más de diez cartas y él siempre ha sido muy respetuoso. He ahí una razón más para alimentar sus culpas: esa relación obsesiva que ahora ha hecho suya, con un hombre que se convirtió en una bestia: acabó con la vida de dos mujeres inocentes y le cambió el destino a los familiares que todavía las extrañan. Coday canceló varios futuros de un tajo.

Los padres de Lisa Hullinger, la joven asesinada en Alemania, asistieron día a día al juicio. Cuando lo condenaron, abrazaron a la madre de Gloria, que lloraba. Mientras tanto Roger Laverde, el novio de la colombiana, levantaba su mano en señal de victoria. Otras personas aplaudieron.

Beatriz está nerviosa y tiene menos de 24 horas para tranquilizarse. Decide tomar una pastilla para dormir. Prescinde de su lectura nocturna y ruega, a quien sea que la escuche, por no tener pesadillas.

La luz del amanecer es tenue, demasiado. Afuera llueve a cántaros. Lluvia tropical que provoca encharcamientos y tráfico lento. Debe salir antes si quiere llegar a tiempo. Coday la espera a las once de la mañana, pero la recomendación del reclusorio, sobre todo si es la primera vez, es presentarse al menos con una hora de anticipación. El requisito principal, que el preso acepte la visita, ya ha sido cubierto. Ante su propuesta, Coday rápidamente dijo que sí. Incluso le escribió que sería un gran honor conocerla. El encuentro será breve, en una sala de visitas de alta seguridad, con vigilancia continua. No podrán quedarse a solas.

William le encargó novelas en español. Le dio la libertad de que ella hiciera la selección. “Le suplico que no sean más de cinco. Temo decirle que el paquete será revisado cuidadosamente. Personal bilingüe hojeará cada novela para verificar que el contenido esté permitido dentro del reclusorio, por lo que le pido elija novelas filosóficas, existenciales. Nada de terrorismo, asesinatos o violencia. Tal vez un libro de poemas”.

Beatriz se viste con algo sencillo: jeans, zapatos bajos, cómodos y una blusa blanca tipo hindú, suelta. En realidad, la blusa le queda

enorme. No desea presentarse con ropa ajustada. Revisa el contenido de su bolso y deja una lima de uñas de metal y su grabadora sobre la mesa de noche.

Cuando se baja del taxi, comienza a dudar. No se atreve a dar el primer paso y permanece anclada en el pavimento, frente a un conjunto de edificios enorme y totalmente gris. Así se imaginaba las prisiones, no hay otro color posible.

Finalmente camina hacia el edificio de visitas. Ahí, una mujer bastante amable verifica que su nombre aparezca en la lista de visitantes aprobados y, enseguida, llama a un guardia. Beatriz es escoltada, a través de dos gruesas puertas de cristal, hacia un edificio distinto. En la sala de espera pasa una media hora, hojeando revistas y tratando de no arrepentirse. ¿Qué hago aquí?, se pregunta varias veces. Nunca le habían sudado tanto las manos ni había sentido su corazón latir tan deprisa. ¿Todo esto es por culpa de mi nombre o de este karma que, sin dejarme descansar, intenta unir mi vida a la de Coday? Yo es otra, había concluido hacía unos meses, pero en este momento yo es yo y está asustada. Una cámara la vigila, dirigiéndose hacia los dos extremos de la habitación. Hay una máquina para comprar café, pero lo que necesita es un té tranquilizante. Además, no trae monedas. Su mano derecha está manchada de negro; es la tinta de la revista que se le quedó pegada por el sudor.

Vuelve a sentir culpa. En lugar de estar aquí, debería haber ido con los familiares de Lisa y Gloria, darles mi pésame, ser solidaria aunque hayan pasado tantos años desde sus asesinatos.

Cuando llega un custodio, no puede evitar un sobresalto. Ese hombre, enorme y de músculos muy marcados, le indica que le pase sus zapatos para revisarlos. Beatriz entiende las instrucciones pero permanece quieta, no reacciona. El guardia le repite las instrucciones en un casi perfecto español. Quítese los zapatos y vacíe los bolsillos de su pantalón. Muéstreme el contenido de su bolso de mano. Enseguida, le pide que se quite aretes, pulseras o cualquier tipo de joya y levanta un inventario de sus posesiones. Al salir de esa área, pasan por un detector de metales que se queda completamente mudo. Beatriz tampoco ha emitido sonido alguno, sólo sigue al custodio a través de una serie de puertas de metal y rejas que se van cerrando tras ellos. El siguiente celador la conduce

por un pasillo larguísimo que intimidaría al más valiente. Finalmente llegan al edificio P, el de los condenados a muerte. Ahí, la seguridad es mucho más visible. Rejas, puertas, muchos guardias, cámaras. Le señalan la entrada a un cuarto que semeja una pequeña cafetería y le piden que se siente en el lugar que desee. Hay varias mesas cuadradas, cada una rodeada por cuatro sillas. Todo es de plástico. Elige una mesa cerca de aquella ventana cubierta por barrotes, pero después se levanta y escoge la de la esquina; ahí se siente más protegida. ¿No habrá un cristal entre William y yo?, quisiera preguntar. ¿Nada que guarde la distancia? Pero ha olvidado su vocabulario en inglés y ni siquiera le sale la voz en su propio idioma. Siente ganas de ir al baño; no se atreve a preguntar por los sanitarios y no hay ningún señalamiento específico. Espera. Cada vez que consulta el reloj nota, inquieta, que apenas han pasado unos minutos. Espera. Imagina las escenas que se viven semana a semana en esa habitación. Hijos y esposas visitando a sus presos, abrazándolos, mostrándoles fotos y enseñándoles algún diploma. Las madres que acarician a quien hace poco era todavía un niño de escuela; un muchacho que le pedía permiso para salir a jugar a la calle con sus amigos. Espera. Oye voces que vienen de afuera, pasos. Instrucciones y gritos. Nada. Espera mucho tiempo.

# Beatriz Diez:
# Encerradas

*No puedo entender que no exista en el mundo la magia suficiente para salvarlo a uno de las pesadillas*.

XAVIER VELASCO

Ésta es la hora del día que más me gusta: cuando llega Myrna, con su nombre bondadoso, a darme masaje. Sucede un poco antes de que traigan la bandeja con caldo de pollo y gelatina, o cualquier otro platillo desabrido. Desde la almohada observo su delicadeza al retirar la sábana de mis piernas: siempre comienza por los pies. Cuidadosamente desliza hacia abajo las calcetas ortopédicas, se frota las manos para calentárselas y, después de untarse aceite, deja que sus dedos hábiles recorran mi piel. Cierro los ojos y me fijo en sus movimientos y en las sensaciones que provocan. Trato de recordar mis lecciones de meditación: la vela, el cuerpo que se convierte en piedra, concentrarme en un pedazo de piel, ése que es acariciado ahora. Imagino unas manos masculinas y me sorprendo: todavía soy capaz de erotizarme, de tener fantasías. En casos como el mío, el masaje diario no es un lujo sino un bien necesario e imprescindible, igual que los medicamentos que me obligan a tomar y las terapias de mañana y tarde.

Nunca me imaginé que, algún día, actividades tan rutinarias como rascarme, ir al baño, peinarme o cepillarme los dientes se iban a convertir en misión imposible. Recuerdo a Toño, un amigo de la preparatoria al que la vida le cambió de un día a otro, de manera abrupta. Antes, cuando lo veía, me impresionaba su mirada tan profunda, su sonrisa a prueba de todo. Ahora, en esta cama, no me explico cómo podía seguir sonriendo y contagiando paz cuando un accidente lo había dejado parapléjico antes de cumplir veinticinco años: dos vértebras rotas con lesión de médula espinal. Jamás volvió a caminar pero reconstruyó su vida con una valentía admirable. Quisiera que me contagiara un poco de su fortaleza. La necesito.

¿Mi diagnóstico? La señora Beatriz Trueba de Rivas padeció

meningitis bacteriana como consecuencia de una prolongada hospitalización en terapia intensiva a causa de un derrame cerebral. Al parecer, es muy frecuente que los pacientes se contagien en esas áreas de los nosocomios. En mis términos: estoy encerrada en este cuerpo que otrora supo darme tantos placeres. ¿No era Platón quien afirmaba que el cuerpo es la cárcel del alma? ¿O sería otro filósofo? No me acuerdo. Por lo demás, recuerdo mi vida entera y eso me salva: una sabia memoria y esa extraña tendencia a la nostalgia. A Marina, mi psicoterapeuta cuando yo todavía era capaz de hablar, le sorprendía mi afición por el pasado, por quedarme anclada en diversos momentos, la obsesión por personajes de otros tiempos que ya no ocupaban un espacio real en mi vida. Abres ciclos, inicias relaciones, comienzas a trazar círculos y nunca los cierras, decía. Ahora, esa manía me mantiene viva, pues lo único que poseo, que funciona bien aunque tal vez nadie se dé cuenta, es el cerebro y, por lo tanto, los recuerdos.

Los días en que mis hijos vienen a visitarme, tengo inmensas ganas de sonreírles, de responder al beso que me dan en la frente, de apretar sus manos al acariciar la mía… no lo logro. En mi rostro apenas se distingue una mueca y no puedo contestar sus preguntas. ¿Cómo amaneciste hoy? ¿Te duele algo? ¿Quieres que le cambie el canal a la tele? ¿Tienes sed? Silencio total: parece que todo me es indiferente. Alex, siempre acompañado, platica en voz baja con su amigo o amiga en turno. En cambio Emilio llega solo, hojea alguna revista, lee el periódico o mira el televisor. Después de un rato termina por ignorarme y lo entiendo: hablar con una palmera es más divertido, por lo menos se mueve junto con el viento, baila y, enojada, puede aventar cocos.

Mi cuerpo siente: a veces tengo frío, calor o dolores terribles en la espalda. Estoy incómoda, quiero dormir volteada hacia la derecha, pero las órdenes que da este cerebro no viajan por el camino adecuado. Nada fisiológico explica la falta de movimiento.

Myrna llega con una grabadora y pone música especial, digamos que se parece a las que usan en los *spas* para relajar a los clientes. Melodías zen, budistas, orientales, con efectos de la naturaleza: pájaros, cascadas, el viento. Escucho cada nota. Me concentro, tratando de adivinar cuál es el instrumento que produce tal o cual sonido. Una flauta dulce, el violonchelo, aquella cítara.

Cuando mi hija era pequeña y tenía algún evento importante, su impaciencia crecía por segundos. Para tranquilizarla, yo afirmaba que el día tan anhelado llegaría mañana. Entonces, me preguntaba desde su cara inquieta: Mamá, ¿falta mucho para mañana? Por cierto, ¿dónde estará mi hija? ¿Por qué no ha venido a verme? Ahora, a diario me gustaría preguntarle a Myrna si falta mucho para mañana, para otro masaje, para sentirme viva y poner a funcionar mis recuerdos.

Ésta es la hora del día que más odio: cuando viene Fabiola a darme terapia de estimulación eléctrica. Llega arrastrando la máquina de la que se desprenden varios cables. Sin saludarme ni mostrar ningún signo de amabilidad o delicadeza, me desviste y coloca unas placas, con terminaciones eléctricas, en brazos y piernas. Si está de buenas, las llena de gel para que no me duela. Después, sólo aprieta botones, regula la temperatura, la intensidad y se dedica a dormitar a mi lado. Comienzan a brincarme las extremidades inferiores y superiores como si vivieran de manera independiente; los músculos trabajan. Siento cosquillas, toques demasiado intensos, y no puedo quejarme. Trataré de que una lágrima escurra para que esta mujer se apiade de mí. ¡Lágrimas! Un recuerdo llega a visitarme: el de mi amiga Yolanda. Al divorciarse, sus hijos todavía estaban pequeños. Ella, que siempre ha sido muy sensible, tenía necesidad de llorar todo el día: su vida estaba rota. Por las mañanas, con los niños en la escuela, se dejaba ir. Pero en las tardes no podía; no quería lastimarlos. Iba al supermercado a llorar; al salón de belleza a llorar. Entonces, decidió que le hacía falta buscar un lugar adecuado para permitirle a sus ojos mojarse tanto como les viniera en gana. Encontró la solución ideal: una funeraria a tan sólo seis cuadras de su casa. Se vestía de negro, encargaba a los niños con la sirvienta y elegía una capilla al azar; ni siquiera se fijaba en el nombre del muerto. Ahí lloraba a sus anchas, sin que nadie la mirara de manera extraña. Muchas veces recibió abrazos de condolencia. Sentimos mucho su pérdida, señora… y ella lloraba aún más.

Los seres humanos tenemos una cuota de sadismo, pero Fabiola exagera: estoy segura de que le encanta verme sufrir. ¿O acaso creerá que no entiendo nada? ¿Que mi cerebro es una lechuga?

Lo que me frustra, pienso mientras mi mano salta sin control, es

la posibilidad tan cercana de no ser vieja. Mi vejez estaba completamente planeada: la extraño. A mis 59 años tengo nostalgia de esa anciana que no podré ser. ¿Les parece ridículo? No lo creo: añoro esos días, que tal vez no estén en mi destino, en que las ilusiones sólo son recuerdos y fotos en un álbum. Ya no hay planes, pendientes, ni una lista interminable de cosas por hacer. Hubiera querido llorar en público sin sentir vergüenza. Ser exótica en mi manera de vestir y comportarme. Darme muchos permisos; la edad los otorga todos. Tener completa seguridad en mí misma por los años y las experiencias acarreadas. Comer sin preocuparme por la figura.

Reflexiono: los viejos no salen de sus casas cuando no quieren. Nadie critica a una persona mayor que asiste únicamente a las reuniones familiares, que selecciona sus citas, sus amistades y rechaza cualquier invitación por compromiso. La vejez es la excusa perfecta para llegar tarde o para no llegar. También tienen el permiso de dormirse muy temprano sin que los acusen de flojos o acostarse de madrugada, con la excusa del insomnio. Pueden despertar tarde, pasar toda la mañana en pijama, leer un buen libro hasta la hora de la comida, disfrutar sus platillos favoritos con calma y sin contar las calorías. Expresan lo que sienten, dicen lo que se les da la gana, manifiestan su opinión sin vergüenza o complejos. Poseen la prerrogativa de no aceptar lo moderno ni las costumbres que no son “de su época”, pero asimismo, si lo desean, logran estar de acuerdo con el matrimonio entre homosexuales, y no se escandalizan, o son el mejor apoyo moral para una nieta que vive en unión libre o que se está divorciando. Los que ya entraron a la senectud no sienten ni tienen la obligación de conocer la tecnología de avanzada. Ninguna persona los va a condenar por no saber utilizar internet, ni encender una computadora ni manejar el control del televisor. También es comprensible que una anciana no vista a la moda, no sepa los éxitos musicales del momento ni esté informada de las últimas noticias. Nadie la critica si está panzona o regordeta. Puede tomarse una o dos copas de su bebida favorita, con la disculpa de que es una recomendación médica. Ya sabe qué le gusta y qué no disfruta, así que no pierde el tiempo experimentando. Vive con la seguridad de conocer su camino, de saber cuáles son sus cualidades, sus debilidades y defectos. Ve la

vida de otra manera, con una especie de filtro que todo lo atenúa, hasta la más terrible de las tragedias. Goza sus días con distinta perspectiva. No vive con prisas, aunque sabe que ya no le queda mucho tiempo, y eso la hace disfrutar de todos los minutos que le restan. ¿No es injusto, entonces, que me nieguen la vejez?, quisiera preguntarle a Fabiola al terminar el tratamiento. Con una toalla rasposa me quita el resto del gel mientras se burla de mi cuerpo flácido, celulítico, estriado, dice, pronunciando las palabras lentamente. Pero el golpe maestro viene al final, cuando arrastra la máquina hacia la puerta. De pronto se detiene y se vuelve, para mirarme. Por fin va a despedirse, pienso.

—Ay, de veras, señora Rivas —sonríe—, se me había olvidado comentarle. Creo que ya sé por qué su hija no ha venido a verla. ¿Quiere sabeeeer? ¿Sí? Pues porque, al parecer, está muerta. ¿A poco usted no sabía que a su hija la asesinaron cuando andaba investigando sobre las muertas de Juárez? Eso escuché por ahí. ¡Válgame Dios! Por lo menos logré sacarle unas lágrimas. Bueno, me voy, que siga mejorando, ¿eeeeeeeh? Y pórtese bien…

Éste es el momento que más temo: cuando me acosan mis fantasmas, cuando quisiera llorar y no soy capaz de hacerlo por temor a ahogarme en lágrimas profundamente desoladas. No puedo respirar. Abro la boca con desesperación, ya que el aire que inhalo por la nariz no es suficiente. Mi presión se destapa y la máquina, siempre aburrida, comienza a emitir una alarma. Entra una enfermera caminando pero, al ver los números del pequeño monitor, corre por ayuda. Finalmente el médico de guardia me inyecta algo que me hace sentir muy cansada.

Dormito unos minutos o unas horas pero, de pronto, la imagen de mi hija me obliga a abrir los ojos de manera repentina. ¿Mi Beatriz muerta? ¡Imposible! Eso explicaría su ausencia, pero me resisto a creerlo. Seguramente sigue de viaje y no han podido localizarla. Los hijos son eternos, deben sobrevivirnos, envejecer hasta que nosotros nos hayamos transformado en ceniza. Fabiola está mintiendo. Goza al mirarme sufrir. Mañana, cuando llegue, no le daré ese gusto: voy a concentrarme, a realizar mi mejor esfuerzo para que me vea sonreír, aunque sea una sonrisa tenue, desdibujada. Fabiola miente. Es obvio.

Mi hija siempre ha sido inquieta. Vaya que le costó trabajo

encontrar su vocación: el periodismo. Antes, se dedicó a mil cosas. Fue hippie pasajera y fuera de lugar, pues John Lennon ya había sido asesinado, Roger Daltrey había confesado que era gay y la hija de Mick Jagger se convertía en modelo. Impulsada por un amigo músico, José Antonio Pérez, Beatriz tomó clases de canto y se dio cuenta de que *do re mi fa sol* no eran más que sílabas sin entonación, sentido ni ritmo. También se sintió atraída por la filantropía y se ofrecía como voluntaria en cuanto lugar del mundo se presentase algún caso de miseria humana. Pasó dos años en las Islas Canarias tratando de hacer algo por los africanos que llegan deshidratados, después de burlar a su destino entre las olas. Ellos, esos hombres y mujeres, buscan engañar a la muerte y yo, si es cierto lo que dijo Fabiola, quisiera que me encontrara, que me llevara lejos para no pensar. La muerte: lugar absoluto donde te topas con la Verdad, con mayúscula. Remanso de anestesia. Urgencia de la Nada. Total despojo de los sentidos: no veo, no siento, no escucho, no huelo y, por más que muevo mi lengua entre los labios, no encuentro gusto alguno. Dulce en la punta, amargo al fondo: enseñan los maestros en la primaria. No hablo. Mi marido decía que nuestra hija tiene voz de terciopelo. ¿Y si nunca puedo volver a oírla? No, Fabiola miente.

Sigo inmóvil, paralizada. Antes pensaba que el olvido y un buen whisky podían curar cualquier pena. Pero no la desaparición de una hija. Nos prometimos morir al mismo tiempo, el mismo día, en idéntico segundo. ¿Y si jamás vuelvo a ver a Beatriz? Muñeca mía, ¿recuerdas los cuentos que te contaba por las noches y las veces que preferías platicar con tu imaginación? ¿Te acuerdas de lo mucho que te gustaba escuchar anécdotas de mi infancia? Travesuras, miedos.

Falta de distracción: de eso me acusaba mi hija durante su adolescencia. “Mamá, estás en todo —todavía escucho sus palabras —: deberías distraerte un poco cuando adivinas que estoy diciendo una mentira o cuando llego tarde por las noches, cuando me pongo la ropa que odias o cuando Federico me da un beso de lengüita…” Y reía, burlándose de mi rostro supuestamente indignado. Añoro mi juventud: los besos de verdad. Aquellos que nos hacen temblar y llaman, de inmediato, a la humedad.

¿Mi Beatriz muerta? Imposible. ¡Que Fabiola se pudra en el

infierno! ¡Carajo! Está mintiendo. La presión se destapa otra vez… el médico da órdenes… la jeringa… tengo sueño, mucho sueño…

Ésta es la hora de la mañana que más me entretiene: cuando la luz del amanecer me permite espiar las actividades cotidianas que se reanudan en el conjunto de departamentos de enfrente. Por mi ventana logro observar un edificio de clase media en el que no han invertido en un buen rato. La fachada está marcada con humedades y pintura quebrada. Los tendederos de la azotea semejan una corona asimétrica y la ropa, que cuelga de los mecates, diversas piezas colocadas a capricho: las sábanas blancas podrían ser diamantes, esa blusa roja, un rubí luminoso, la playera verde, una valiosa esmeralda.

Observo algunas escenas y el resto lo imagino. Invento y, con estas historias, me entretengo.

Mis ojos van de la pareja de recién casados al matrimonio del piso cinco que tiene más hijos de los que debería. Son departamentos que, calculo, miden menos de setenta metros cuadrados. ¿Cómo es posible, entonces, que duerman en ese espacio siete personas y dos perros? Ahí desayunan, comen, hacen la tarea, ven la tele, se pelean y finalmente se reconcilian.

Algo me llama la atención arriba: en la ventana de la anciana del piso siete cuya vida está tirando por la borda mi teoría sobre la vejez. Seguramente sus seres queridos la animan, la alientan a seguir luchando cuando lo único que ella quisiera es desaparecer de una vez por todas: está muy cansada. La vejez le duele, le molesta, la maltrata. No escucha bien, ha perdido el hambre —¡con lo que le gustaban los postres!—, ver la televisión le cansa y, en general, considera que la vida se repite. La mayoría de sus amigos ha fallecido. Se aburre durante todo el día: del sillón a la cama, de la cama al sillón. Imagino que su entretenimiento es formar sus píldoras en hilera y por colores. Los familiares se turnan para cuidarla. Supongo que lo más doloroso llega cuando le cambian el pañal, un pañal blanco y enorme, idéntico al que yo tengo que usar ahora. La piel cuelga de los huesos. Sobre la cama sólo hay un cuerpo disminuido, enjuto, arrugado y un camisón rosa preparado para protegerlo. Ya que no podemos decidir nuestro nombre, en qué lugar del mundo nacer, con qué padres, en qué época, ¿no podríamos, al menos, tener el derecho de gobernar nuestra muerte?

¿Elegir el momento exacto en que dejemos de respirar? ¡Y todavía hay quienes piensan que existe la piedad divina!

Dios se ha olvidado de esa anciana, me ha descuidado a mí y le ha jugado una mala pasada a otra señora que se asoma, igual que yo aunque desde el lado opuesto, a espiar el hospital que ahora habito. Una mujer que andará rozando los cincuenta, condenada a una silla de ruedas. Cuando nuestras miradas coinciden, me sonríe y ha llegado a levantar la mano, tal vez para saludarme… pero no logro responderle. En las tardes lluviosas acaricia un maletín parecido a los que utilizan los médicos, aunque éste es más grande, como si todas las medicinas del universo tuvieran que caber entre sus paredes de piel negra. Los lunes o martes —no me he concentrado en ese detalle— llega una joven a leerle en voz alta, a servirle una copa, a hacerle la vida amable. Desde su silla, anclada al piso, sueña mucho, sueña con los ojos abiertos o probablemente recuerda, igual que yo.

Las tres nos parecemos: encarceladas por el tiempo, en cuerpos que no responden. En nuestro encierro, las noches se alargan, los días se hacen infinitos. El futuro no envía señales, como si no existiera o se hubiera trasladado hacia un lugar más prometedor. Vivir muriendo pero sin morir del todo: así transcurren nuestros minutos.

Éste es el día de la quincena en que me siento normal durante media hora: cuando llega una manicurista a arreglarme pies y manos. Lima las uñas, redondeándolas. Empuja hacia atrás la cutícula, hidrata mi piel, utiliza un barniz transparente. Con unas pinzas, me depila dos o tres bigotes rebeldes. Ahora me llega la imagen de mi madre. Lo que más le inquietaba era que, durante su vejez, nadie se ocupara de depilarla. En qué cosas más raras se fijaba. ¡Qué bien me haría estar con ella ahora! Era la encargada de traducirme la vida, de explicármelo todo… o casi todo. Las mamás nos convertimos en artículos necesarios e imprescindibles.

Debo reconocer que la manicurista trabaja con rapidez pero sin ganas, aún así, agradezco su visita: me hace sentir una mujer normal. ¿Ya lo había dicho?

¿Qué es la normalidad? Aunque los médicos no sepan lo que registra mi cerebro, tengo tanto tiempo para pensar que trato de llegar a conclusiones filosóficas: la rutina y el cambio. Lo cotidiano

y la transformación. El movimiento (¡qué ironía!). Pero también lo normal es la muerte: presencia constante.

¿Qué es lo esencial? Lo que tenemos frente a los ojos y nos hemos acostumbrado a no observar: amores apasionados, alguna travesura en el horrible cuarto de un motel, ratos con amigos, conversaciones disfrutables, compartir secretos, sentirnos queridos, la caricia de un hijo, salud, algo de tranquilidad en medio de la marea, darle libertad a nuestros sentidos para que gocen. Recordar nuestro primer viaje astral, el que cambió la manera de ver hacia fuera y hacia adentro: la postergación permanente del deseo, ser conscientes de que nada/ todo importa. *(I try to say goodbye and I choke, I try to walk away and I stumble.)* Estar realmente vivos.

¿Qué es la Verdad? Los segundos que pasan con una rapidez impresionante, perseguidos por la necesidad de avanzar sin detenerse. Los recuerdos que nos construyen y trazan el camino. Los planes: encargos del futuro. También, y en gran medida, la ficción: el mundo de lo imaginable, de lo deseable o el lugar en que se esconden nuestros peores miedos. Vernos reflejados en algún personaje o consolarnos cuando nos comparamos con este otro. Mamá, la mentira es la neta, me decía mi hija al salir del cine, después de ver una película que nos había cimbrado. Por algo tanta gente gasta su tiempo frente a la televisión, sufriendo las telenovelas o alimentando su morbo con los *reality shows*, desperdicia sus días leyendo novelitas rosas o asistiendo a los templos de una religión que tiene tantos adeptos como el cristianismo, el judaísmo y el islamismo juntos: el engaño de Hollywood.

La manicurista se despide con un simple “Buenas tardes” y va en busca de otro paciente. Los pasillos de los nosocomios son fríos y tristes; eso es lo “normal”. Las luces blancas los hacen lucir más desolados todavía. Algunos pacientes, acompañados por un familiar, los recorren de un lado al otro: caminata obligatoria para que el intestino vuelva a funcionar. Las camillas de los recién operados también transitan por ellos, empujadas por enfermeros que no saben el nombre del enfermo.

Mis uñas brillan, disparejas. En un salón de belleza cercano a mi casa hay una mujer —se llama igual que yo— quien, previo pago, sueña deseos ajenos y logra realizar algunos. No consiguió cumplir

el mío. ¡Mándenme a Bety, por lo que más quieran! ¿Alguien me haría el favor de traerla? No puedo hablar, no puedo moverme, no logro que mis ojos expresen un sentimiento concreto… pero necesito uñas bien limadas, cutícula recortada, *manicure* francés y la magia de que sueñe a mi hija para que venga a mi lado, aunque yo siga en esta cama, aunque yo continúe inmóvil y muda para siempre.

Ésta es la tarde de la semana en la que surgen más preguntas: cuando viene Lourdes, una amiga de la infancia, a visitarme. No sabe de qué platicar, no logra descifrar mi mirada, así que ha decidido leer en voz alta. Primero llegaba con el periódico y algunas revistas de chismes o de moda. Después se aburrió, nos aburrimos, y recordó mi pasión por la literatura y por un libro en especial, así que dio un giro a lo clásico: Dante. Gracias a la Beatriz que el poeta amó, escogí el nombre de mi hija. Junto con mi esposo, recorríamos las líneas de esa obra maestra, las dejábamos descansar para volver a ellas algún tiempo después. Al leer a Dante, admiré el profundo amor por su ángel guardián, por esa Beatriz dulce y etérea. Así es mi Beatriz, mi niña linda: dulce y eterna.

Mis padres eligieron mi nombre por una novela de Balzac que nunca leyeron: *Béatrix*. Es una mujer odiosa y eso me ha hecho rechazar que el nombre defina nuestro destino. El personaje del escritor francés es mediocre y se va degenerando, tanto física como moralmente, a través de las páginas. De hecho, nunca pude acabar de leer el libro. Béatrix de Rochefide representa la tentación de los peores sentimientos del corazón. Encarna la inteligencia y la elegancia; también al orgullo y al egoísmo llevado a sus extremos. Dama fascinante, pero sórdida: la mujer responsable de una tragedia.

¿Hay algo que nos distinga? ¿Las diferentes Beatrices tenemos una característica en común?

La semana pasada Lourdes comenzó a leerme *La sombra del viento*. También hay una Beatriz en esas páginas. ¿Y qué tal la Béatrice d'Hirson, de *Los Reyes malditos*? Dama de compañía de la Condesa Mahaut d'Artois, era una hechicera encantadora. Experta en la preparación de venenos mortales: *belle empoissoneuse*. Instrumento eficaz para deshacerse de aquellos personajes que estorbaban en las historias de poder de una Francia en plena Edad

Media. Esta Béatrice sabe deslizarse entre las sombras con la habilidad de un felino, conoce la fuerza de la seducción y de la alquimia. Caliente y traicionera, terminó enamorada de su peor enemigo. Pienso: el resto de las mujeres lo hacemos al revés. Primero nos enamoramos y después, con el transcurrir del matrimonio, nuestro esposo se va transformando en el enemigo más temido, como si una brujería nos cobrara deudas milenarias. En pleno siglo veintiuno seguimos pagando las culpas de Lilith y Eva. Yo, lo confieso, prefiero a Eva. Cuando hacía el amor con mi esposo, él buscaba las posiciones más arriesgadas: súbete, bájate, levántate, date la vuelta, ponte de ladito. Lilith hubiera estado encantada: la mujer arriba, tomando las riendas. Pero a mí me gusta sentirme poseída, frente a frente, cómodamente recostada. Receptiva. Mi marido siempre estaba caliente… y lo digo en todos los sentidos. Su temperatura era deliciosa. En las noches frías me pegaba a su cuerpo y disfrutaba la tibieza que emanaba de esa especie de bóiler personal. Para el sexo, estaba eternamente dispuesto. Aún después de veinte años de casados, me dejaba notas en la casa que, al principio, me llenaban de fantasías y, al pasar los años, de flojera: "Cubre de luto tus partes íntimas. En la noche les quitaré el duelo con mi boca". La cotidianidad es la traidora que más víctimas ha cobrado desde que el hombre fue expulsado del paraíso.

Comprender… ¿será cierto que la literatura nos lleva a entender el misterio de la vida y del hombre o, por el contrario, nos sume en una ficción que encadena y predispone a sueños inaccesibles? ¿Comprender no es una acumulación de equívocos, como dice Murakami en uno de sus libros? Nadie puede afirmar que entiende la muerte: su significado, ni el golpe seco, feroz, para los que nos quedamos.

Recién ahora, aquí, en la cama, me doy cuenta de la importancia de los pequeños acontecimientos. Extraño despertarme y sentir la boca pastosa. Caminar dormida hacia la regadera y dejar que escurra el agua tibia. Un beso de buenos días. Café con leche y pan dulce. Ser mamá, amiga, esposa. Ahora soy un *esto, ésa, ésta*. Beatriz acostumbraba burlarse de mi desmemoria y, desde pequeña, aprendió a interpretar las palabras olvidadas. Llenaba mis espacios en blanco, me leía entre líneas. Tráeme un platito de *ésos* para

poner uno de *éstos*. Ya vete a la *d'esa* para que no te digan… *eso* que siempre te dicen. Quítate *eso* de la *d'esa* o te vas a lastimar el *d'ese*. Soy una *ésta* en un cuarto de hospital.

Sigo en mis reflexiones, mientras Lourdes lee la novela con voz floja. No cabe duda de que mi soledad se intensifica ante la falta de una promesa. ¿O es que acaso alguien podría prometerme que volveré a ver a mi hija? Si Fabiola me está engañando, ¿por qué Beatriz no ha corrido a este hospital para estar conmigo?

La ausencia es un objeto concreto, tangible, con un peso específico. Ocupa un espacio tristísimo, lo invade todo congelando las sonrisas. Se puede medir, cuantificar. Duele.

Tal vez la muerte sea el vacío total. Sangre y sacrificio. Instinto. Retorno a lo animal.

Divago…

Lourdes sigue leyendo a Ruiz Zafón. Por el momento, no recuerdo a otra Beatriz literaria. Estoy incómoda. ¿A qué hora viene la enfermera a cambiarme de lado? Comienzo a desesperarme.

Lourdes se da cuenta de mi aburrimiento o, más bien, tiene algo que hacer y ya no puede continuar. Se despide dándome un beso en la frente y, antes de salir, deja encendida la televisión. Odio la televisión: parece una caja de tragedias. Es un noticiero estadounidense en el que una conductora mira a la cámara como si alguien le hubiera dicho que su deber es seducirla. Con marcado acento latino, lo mismo lee noticias políticas que policíacas con voz candente: *Un antiguo bibliotecario, que estaba en el pabellón de la muerte, murió ayer en su celda donde esperaba se cumpliera su sentencia por haber asesinado, a martillazos, a su novia. William Coday, de 51 años, murió desangrado en la penitenciaría de Raiford. Su abogado dijo que tenía amplios antecedentes de suicidio y declaró que…*

¿Cómo se pudo atrever a robarse una vida? Un enfermero apaga Será cierto que mi hija el televisor está muerta cuando entra Cómo la habrán a tomarme asesinado la presión Revisa mis pupilas La toma varias veces No puede estar muerta Es mentira Sale de la habitación La extraño apresurado La necesito y entra con un médico ¿También murió a martillazos? Me inyectan algo Tengo frío Estoy sudando Siento la mano de mi niña Todo está negro Su abrazo Beatriz no está muerta

Ayer pasé por el peor momento de mi vida: mi hijo mayor,

hablando por teléfono y creyendo que estaba dormida, cometió una indiscreción. ¿Se puede llamar indiscreción? ¡No! Una indiscreción es revelar la edad de una mujer mayor, tratar de averiguar el peso de alguien, comentar sobre la amante de algún conocido. Lo que hizo Emilio, aun de manera involuntaria, no tiene nombre. Su interlocutor no sabía dónde poner los objetos personales de mi hija, sus cartas, sus apuntes, su ropa. ¿Donar lo que esté en buen estado a una institución de señoritas de bajos recursos? ¿Quemar sus diarios?

Algo pasó conmigo, pues estoy en terapia intensiva nuevamente. ¿Un infarto, otro derrame cerebral o la certeza de la peor noticia que puede escuchar una madre?

Apenas hace dos días había soñado con mi niña y, por la mañana, la vi en mi habitación, o por lo menos, sentí una presencia cercana y tierna. Beatriz, llévame contigo, le hubiera pedido.

Quiero demandar a Dios: su crueldad me tiene impactada. No hay consuelo posible. Quiero exigirle a Dios, pedírselo de rodillas: me la debe, siempre fui su fiel seguidora. Desconfiaba de los que, cínicamente, presumían de ser ateos. Asistía a misa los domingos y, dentro de lo posible, evité cualquier pecado. Cooperé con mi iglesia. Viajé al Vaticano, como buena católica, y recibí la bendición del Papa. Ayudé a los enfermos y donaba ropa y alimentos para un orfanato. Ahora yo soy peor que huérfana: no tengo hija, no quiero tener vida.

Una de dos, Dios mío, o me la regresas viva o me llevas al lugar en que se encuentre.

¡Ahora! Te lo ordeno. Te lo suplico. ¿Acaso habré vivido bajo la religión equivocada? ¿O es mi nombre, Beatriz, quien me ha puesto esta trampa? ¿Podré reconciliarme con Dios y conmigo misma?

Por favor, quien sea, quien me esté escuchando, regrésenme a mi hija…

O dejen que yo muera.

*Incha Allah*,
que Alá lo desee,
que Dios lo quiera,
que Buda lo consienta,
que Cristo lo haga posible,
que mi Ángel de la guarda lo sueñe,
porque lo único cierto es lo que la ficción,

y todas las vidas posibles, nos permiten.

## Beatriz Uno

Un guardia entró apresuradamente y le pidió que se fuera. Sígame, le ordenó. Beatriz no quiso hacer preguntas. El guardia tampoco dijo nada; su mirada era tan dura. La señorita de la salida le explicó que había surgido un imprevisto, algún tipo de urgencia administrativa, que seguramente el abogado del preso se pondría en contacto con ella para darle razones. Lo siento mucho, dijo y, con esas palabras, le señaló la puerta de salida.

Caminando hacia la avenida donde existía la posibilidad de encontrar un taxi, Beatriz se sintió aliviada. Se deshacía de una carga innecesaria. Los músculos se relajaron. Mientras su cuerpo se llenaba de una tranquilidad amable, su mente decidió ya no averiguar nada. Dejar la historia de *su* preso atrás, olvidarla. Enterrarla.

Tres semanas después, en su estudio de la ciudad de México, recibe una carta de Coday fechada el mismo día de su frustrada visita. Deja un momento la novela que está escribiendo, aquella sobre las Beatrices que comenzó a redactar con la intención de evadirse y que, poco a poco, ha transformado la visión que tiene de sí misma. No lo había notado hasta ese momento: se ha reconciliado con su nombre. Ha comprendido lo que al principio parecía incomprensible: no puede seguir huyendo de la vida cotidiana, hundiéndose en el mundo de la culpa y rechazando sus deseos. Ya no necesita exorcizar a su ángel de la guarda ni inventarse vidas posibles. No hay soluciones eternamente válidas, pero ha lanzado las preguntas adecuadas y ahora otros vendrán a atrapar las respuestas. Sonríe.

Abre el sobre y lee el texto de pie, frente a la ventana, observando un raro espectáculo: el aire transparente de una de las urbes más contaminadas del mundo deja ver las siluetas de varios edificios lejanos y, al fondo, la imagen de los dos volcanes erguidos, orgullosos, en paz.

el 28 de agosto, 2008

Estimada señora Rivas,

Siento mucho no llegar a nuestra cita. ¿Cuántas veces hablamos de la culpa en nuestra correspondencia? Creo encontré la manera de alejarme de los remordimientos de forma definitiva. Espero que Usted lo logre y quiero que pueda perdonarme. Saber que hoy la vería, me da valor para poner fin a la espera. El placer que promete su visita da el privilegio de ser yo y nadie más quien decida el momento de mi muerte.

Le agradezco mucho por todo y vuelvo a desearle suerte y éxito en su carrera. Sé que logrará acabar la novela que está escribiendo.

Reciba un respetuoso saludo de,

William Coday

*Ciudad de México, septiembre de 2008*

# Agradecimientos

A Franz, mi marido, gracias por TODO, así, en mayúsculas.

Mi profundo agradecimiento a los que me apoyaron con documentos, libros y, sobre todo, a los que leyeron la novela y me dieron su sincero (a veces doloroso) punto de vista:

Inés Robles, Fernando Rivera Calderón, Miguel Cossío Woodward, Ramón Córdoba, Marisol Schulz, Alfredo Elías Calles, Marina Castañeda, Erma Cárdenas, Adriana Abdó, Sandra Frid, Bertha Balestra, Ana Díaz, Rebeca Orozco, Javier Sunderland, María Teresa Carral, Máries Ayala, Cuka Ochoa, Ana Paula Rivas, Enrique Rivas Zivy, Lorena Balvanera, Beatriz Graf, Ruth Reséndiz, Alberto Buzali, Edna Jaime y Juan Alberto Vázquez.

Gracias a todos los personajes de mi pasado y presente que, sin saberlo, me prestaron su nombre:

Minerva Perales González, Araceli Zepeda Mejía, María López Mejía, Octavio Sámano, Dulce María Parra (q.e.p.d.), Rafael Sprowls, Iván Cruz de Echeverría, Federico Traeger, José Antonio Pérez, Alejandro Suárez, Emilio Tavernier, Mauricio Finkelstein, Pablo Llorente, Elena Gómez Toussaint, Dagmar Erdmann, Ana Páramo, Dolores Blanco, Myrna Rocha, Lourdes López, Toño Uvalle, Román Revueltas, Marta Guerrero, Luis Carpizo, José Halabe, Yolanda Contreras, Isadora Sánchez Rojas, Mónica Buenfil, Begoña Bardales, Estela Acosta, Connie Dorado, Claudia Férez y María Eugenia Ramos Francia.

D. R. © 2011, Beatriz Rivas
D. R. © De esta edición:
Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-1415-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

**Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana**

**www.alfaguara.com**

**Argentina**
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

**Bolivia**
www.alfaguara.com/bo
Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

**Chile**
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

**Colombia**
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

**Costa Rica**
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

**Ecuador**

www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

**El Salvador**
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

**España**
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

**Estados Unidos**
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

**Guatemala**
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

**Honduras**
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

**México**
www.alfaguara.com/mx
Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

**Panamá**
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

**Paraguay**
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

**Perú**
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

**Puerto Rico**
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

**República Dominicana**
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

**Uruguay**
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

**Venezuela**
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51